

803.57
2

A. CASTILLA.—EDITOR.

EL ODIO

DE

UNA MUJER,

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

DOÑA PATROCINIO DE BIEDMA.

MADRID:

LIBRERÍA DE ANTONIO CASTILLA,
Espoz y Mina, núm. 36.

—
1876.

Reg. n.º 7.786

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.

Imp. de M. Minuesa, calle de Juanelo, núm. 19.

I.

De cómo el hombre propone y Dios dispone.

En la habitación principal de una de las más hermosas casas de la Habana, tenía lugar una tristísima escena que, á pesar de sernos á todos muy conocida, á todos nos causa espanto y terror.

Agonizaba un hombre; y esa lucha entre el alma que se va y la materia que se acaba, es siempre de una importancia suprema, no solo para el que la sufre, sino para el que la contempla.

La humanidad suele mirar con interés todo aquello que le toca de cerca; ¡y la muerte nos interesa tanto bajo ese punto de vista!

El hombre no era viejo, pero estaba envejecido: su rostro enjuto y de un amarillo denso,

denotaba una larga enfermedad. Sufria una horrible crisis en el momento en que lo conocemos. Sus manos crispadas estrujaban los encajes de las sábanas con una convulsion aterradora; sus ojos giraban con estravío por la estancia; su pecho se agitaba violentamente, como si sus pulmones no recogiesen el aire que necesitaban.

Un jóven de gallarda figura, y un negro de alguna edad, le contemplaban tristemente. Los hermosos ojos negros del jóven brillaban con reflejos de lágrimas, contenidas acaso en su corazon para no añadir una gota más de hiel á aquella agonía desesperada.

El enfermo acababa de recibir los auxilios espirituales, y como habia declarado que deseaba quedar solo con su hijo, el médico, el sacerdote y los amigos, habian abandonado la estancia.

—Abre esa ventana,—murmuró entre el estertor que le ahogaba;—¡que entre aire!...

El negro obedeció en silencio.

Un hermoso rayo del sol de Octubre iluminó la cama con sus reflejos dorados.

Por aquella ventana abierta se veian las copas de los árboles, y se aspiraba un fuerte olor á flores; debia haber un jardin cercano.

La tarde caia y el canto del vengalí y el sinsonete parecian despedir aquel dia que para siempre pasaba.

La calma, la luz, la armonía del exterior, formaban un triste contraste con la lucha horrible que en lo interior de aquel cuarto tenia lugar.

Siempre sucede lo mismo.

La naturaleza no participa de las nebulosidades de nuestro espíritu.

—Camilo, hijo mio,—dijo el moribundo con un esfuerzo á su hijo,—¿estamos solos?

—Joaquin está aquí.

—Dile que se retire, tengo que hablarte.

El jóven hizo una señal, y el negro desapareció.

Camilo tomó un vaso en que habia un cordial, y lo acercó á los lábios de su padre.

—Hijo mio, mi vida se acaba, y quiero confiarte un gran secreto, que pesa sobre mi conciencia.

Camilo nada dijo, pero prestó atencion á las palabras entrecortadas de su padre.

—Toma mis llaves,—murmuró este,—y busca en el cajon de aquella mesa una cartera de piel que tiene mi cifra en oro.

Camilo obedeció en silencio y volvió con la cartera.

—¿Es esta?

—Sí, hijo mio, mi adorado hijo, guárdala, y júrame, por ese sagrado Sacramento de la Eucaristía que acaba de dar vida á mi alma, que cumplirás mi voluntad.

—Lo juro, padre mio.

—Ahí,—dijo el enfermo, cuya vista se estraviaba y cuya voz era tan débil, tan débil que apenas se percibía,—en esa cartera están las pruebas... la mitad de lo que tú tienes es suyo... búscala y ámala... es tu...

Una tos convulsiva cortó la palabra al enfermo.

Sus labios se cubrieron de una espuma sangrienta, y sus manos se crisparon de nuevo.

Camilo, yerto de terror, quiso llamar, pero su padre le hizo una señal negativa.

Bebió un poco del cordial que habia tomado antes, y prosiguió:

—Apenas me hayas cerrado los ojos, embárcate para España... en Madrid... ¡ellas están en Madrid! Dí á Margarita que me perdone, que yo la he amado siempre, y á ella, á ella...

El enfermo guardó un silencio penoso; parecia que su voz no podia ya producir un sonido.

—Padre, por Dios,—dijo Camilo;—un esfuerzo más... ¿cómo se llamaba esa mujer?... dónde buscarla?

—¡Se llamaba... Margarita!

—¿Y qué más? ¡por Dios!...

—Su hija, mi hija, Margarita, tiene un medallón como ese...—y señaló el que Camilo llevaba

en la cadena de su reló...—tiene diez y ocho años...

—¡Padre, padre, el apellido de esa mujer! ¡Es imposible hallarla así!...

—Margarita debe llevar tu apellido... ella es Alvarez de Leon, porque... ella... ¡es mi hija!

—Dios mio, prolongad su vida,—murmuró Camilo,—hasta que yo lo sepa todo.

—Padre,—dijo luego con acento suplicante;—¿cómo se llamaba la madre de Margarita?

—Tú le darás la mitad... de tu fortuna... ella debe ser muy pobre.

—Toda se la daré si usted lo quiere; pero su madre, cómo se llama?

—He prometido, por mi honor...—dijo el enfermo con estravío,—guardar secreto... pero ahí, en esa cartera...

Señaló con un dedo la que Camilo tenía en la mano, y su cabeza cayó profundamente hácia atrás.

Camilo guardó la cartera en su pecho, y procuró reanimar á su padre.

Habia jurado cumplir su última voluntad, y apenas sabia lo que debia hacer, interrumpida por la muerte aquella narracion.

¡Ah! el hombre no aprende nunca que la última hora no es la de arreglar cuentas con la conciencia, que ese saldo debe estar hecho cada dia; por-

que bien mirado, nadie sabe cuál será el último.

El rostro del enfermo expresó esa huella de muerte que es como un sello fatal sobre la forma humana.

Solo un respirar ronco y agitado demostraba que habia aun un soplo de vida en aquel ser mortal.

Camilo, aterrado, se lanzó á una campanilla y llamó con fuerza.

El negro apareció.

—Pronto! el doctor,—exclamó:—¡mi padre se muere!

La estancia se llenó de gente.

Camilo fué separado de allí por los amigos que le rodearon.

Momentos despues, el doctor anunciaba que el señor don Mauricio Alvarez de Leon acababa de morir.

II.

De cómo puede robarse una cartera á la sombra de una tempestad.

—¡Oh! ¡Cómo silba el viento entre las jarcias! ¡Iremos á tener tempestad?

—Mucho lo temo.

—Para mí es un espectáculo nuevo en alta mar, y no me pesaria de ello.

—¡Pardiez! ¡Vaya un gusto extraño! Llévese el diablo vuestros deseos; pues á mí no me inspira ningun entusiasmo la idea de ir á visitar á los tiburones.

Esta conversacion tenia lugar entre Camilo Alvarez de Leon y Luciano Gonzalez, pasajeros ambos del vapor correo *A. Lopez*, en cuya cámara de popa jugaban con el capitan una partida de tresillo.

Era á fines de Noviembre de 1870.

El hermoso buque mercante hacia la travesía desde la Habana á Cádiz con un tiempo bonancible y un viento favorable.

En esta noche el mar comenzó á picarse ligeramente; el movimiento oscilatorio del barco se hizo más fuerte, y las velas, tendidas para recoger el viento, se agitaron con violencia.

Los expertos marinos, al sentir las primeras ráfagas, comenzaron á tomar sus medidas para el peligro que se anunciaba.

El segundo de á bordo habló algunas palabras con el capitan; pero éste, sin duda por no alarmar á los pasajeros que en la cámara jugaban ó conversaban, siguió jugando tranquilamente hasta terminar la partida.

Al oir á Camilo hablar de tempestad, nada contestó; pero despues, dirigiéndose al jóven, le dijo bromeando:

—¿Con que usted, señor Alvarez, no teme que naufraguemos?

—Con tan buen capitan el temor seria absurdo.

—¡Oh! ¡Cuánto siento tener que quitar á usted esas ilusiones, que tanto me honran! Pero, á la verdad, amigo mio, que contra el mar y el viento no siempre valen ni la ciencia ni la experiencia, y yo carezco de ambas.

El capitán podía tener razón, porque era joven, y la ciencia y la experiencia, esos dos grandes ejes en que la inteligencia gira, que la completan y la avaloran al par que la apoyan, solo se adquieren á cambio de nuestra vida, es decir, que, aprendiéndolas en nosotros mismos, solo la práctica personal nos la enseña; pues si la ciencia puede aprenderse sin que la razón la comprenda, no puede apreciarse.

—Yo creo,—dijo Gonzalez con esa pedantería del que cree que lo sabe todo,—que el movimiento del mar no indica tempestad, sino que vamos á entrar en el endiablado *Golfo de las Yeguas*, y percibimos ya el suave piafar de esos animalitos.

—No, caballero,—contestó el capitán:—afortunadamente, no llegaremos al golfo antes de dos días, si el viento nos ayuda; y digo afortunadamente, porque la tempestad en él sería más temible.

—Segun eso, ¿habrá tempestad?—preguntó Camilo.

—Pudiera ser.

En aquel momento un fuerte golpe de mar les hizo saltar de los taburetes en que estaban sentados; y el viento, al retorcerse con fuerza entre las vergas, azotó las cuerdas que de ellas pendían, arrancando algunas con el mástil en

que se arrollaban, y produciendo sobre el puente un estrépito infernal.

—¡Oh! ¿Qué es esto?—murmuró el capitán:—dejemos, señores, la partida para mañana: ya veis que no podemos continuar.

Como para dar la razón al marino, todos los objetos que servían para la mesa, y que se guardaban suspendidos del techo de la cámara, produjeron el rumor de un choque continuo; la lámpara osciló también como si fuera á apagarse.

Casi todos los pasajeros se levantaron para subir á cubierta, excepto algunos que, asustados ó mareados, se fueron á los camarotes.

Cuando el capitán se levantó para salir, Camilo se levantó también.

—Voy á ver el mar desde el castillo de popa, —dijo:—¿viene usted, Gonzalez?

—¿Qué aficiones más borrascosas tienen estos cubanos, tan dulces en la apariencia!

—¿Viene usted ó no?

—Vamos, con mil diablos, porque no me llame usted cobarde; pero no entiendo la belleza que pueda encontrarse en contemplar al mar con un viento que hiela.

Tomaron sus abrigo y se dispusieron á salir.

—Mucho cuidado, señores, y asirse á los pasamanos: es muy expuesto andar por el buque en

Aquella inmensa ondulacion de águas, que se empujaban, se perseguian, como si hubiera una lucha de muerte empeñada entre ellas ; aquella oscilacion de reflejos ; aquel horizonte vago, indeterminado, azul como lo infinito, que se perdía á lo lejos en una nebulosidad sin contornos; aquellos mil rumores que se unian para formar una sola y grande armonía, producian en su jóven y entusiasta naturaleza tal admiracion, que su pensamiento, como saturado de aquella rica poesía, no sólo la contemplaba, sino que, si se nos permite la frase, la aspiraba.

—Camilo,—dijo Luciano,—¿piensa usted estar aquí toda la noche? El viento hiela, y no creo que esto sea muy divertido.

—¡Bah! No hace frio : venga usted aquí, y verá cuán hermoso es esto.

—Gracias : lo veo perfectamente desde aquí, y maldito el mérito que le encuentro ; además, yo á los dos minutos de ver un paisaje, lo sé de memoria, y me cansa.

—¡Lo bello no cansa nunca!

—¿Qué es lo bello?

—Aquello que sorprende nuestros sentidos con su novedad, su grandeza y su armonía.

—Pues yo no puedo sorprenderme á la vista del mar, que he visto mucho, y que me ha cansado siempre.

—¡No sabe usted lo que dice!...

—Ya lo dirá usted á mi edad.

—¡Oh! Creo que jamás tendré esa frialdad de alma que usted demuestra.

—Eso se dice siempre ; pero cada año trae un poco de nieve de esa montaña helada en que la condensa el desengaño, sobre nuestro corazon, hasta que le envuelve por completo.

—Mi padre ha muerto de cincuenta años,—dijo el jóven con pena,—y aunque triste, su carácter era apasionado y entusiasta.

—¡Dichoso él! Yo, en vez de corazon, llevo un *mont blanc* en el pecho.

—¿Inaccesible?—preguntó riendo Camilo.

—De todo punto á las ilusiones, pero no á las realidades.

—¿Qué entiende usted por realidad?

—Lo positivo, lo que se palpa: por ejemplo, el dinero, que todo lo compra, desde el amor hasta la vida!

—¡Oh! ¡El dinero!—dijo con repugnancia Camilo.

—¿Qué! ¿No le gusta á usted?

—No niego que pueda facilitar muchos goces en la vida, pero no le doy un poder tan absoluto.

—Hace usted mal: las alas de este pobre insecto, que llamamos hombre, y que gira cons-

tantamente alrededor de lo desconocido que le atrae, ó son de oro, ó son de polvo.

—Pero aún sin el oro, el alma tiene sus alas... según usted...

—Que siguiendo la ley común, polvo son y polvo se vuelven; nada, nada, amigo mío, el oro es omnipotente.

—No lo creo así.

—Permítame usted que lo dude, y que tenga la convicción de que daría usted, como todos, las mejores ilusiones, por la más pequeña ventaja positiva.

—Se engaña usted.

—¡Pardiez! Quisiera yo verle arrojar el dinero por conservar cualquier sentimiento.

—Pues es muy fácil: ahora mismo llevo una cartera en mi pecho, que solo con arrojarla al mar me haría ganar algunos millones, y lejos de eso la guardo cuidadosamente.

—¡Mal año para ese cuidado! ¡Yo la habría arrojado ya!

—No lo habría usted hecho tampoco.

—¿Por qué?

—Por honor y por deber.

Luciano se encogió de hombros y no dijo nada; después preguntó de nuevo:

—¿Y qué contiene esa dichosa cartera, que puede dar millones?

—Simplemente unos papeles.

—¡Pues arrojar esos papeles simples á los peces, que la ocasion no tiene más que un cabello!

Camilo se echó á reir y volvióse á mirar el mar.

Una oscura nube se iba formando, y avanzaba amenazando envolver la luna.

El viento era cada vez más fuerte, y las olas chocaban ya con fuerza en el vapor.

Se oían las voces de mando de los oficiales, el ruido de las velas que se izaban y el rugido lejano del oleaje.

Comenzaba á oirse el tableteo del trueno, y los relámpagos brillaban.

De repente el mar quedó en la oscuridad.

Luciano se levantó y se aproximó á Camilo.

—Vaya un gusto endiablado,—murmuró.

—Si usted quiere bajarse, puede hacerlo,—dijo el jóven ;—en cuanto á mí, no me voy : quiero ver al viento azotar al mar con su terrible látigo asido por una mano invisible ; y á este bramar de rabia, arrojándole espumas de coraje, como un caballo indómito al jinete que le escita.

—Y yo quiero hacer una prueba con mi entusiasmo, á ver si despierta con la tempestad.

Ambos guardaron silencio, asiéndose fuertemente á la orla del buque para resistir sus violentas sacudidas.

Un trueno largo, aterrador, retumbó en el vacío; despues, como una rasgadura de aquel velo de nieblas que ocultase un resplandor de fuego, brilló un relámpago.

El barco saltó sobre las crestas de las olas como un juguete que éstas se arrojasen; pero el choque fué tan fuerte, que algunos marineros rodaron sobre cubierta.

En aquél mismo instante, Luciano, como para buscar apoyo, asió fuertemente á Camilo, que cayó de espaldas, yendo á chocar su cabeza con el pié de hierro del ligero barco.

El rugido de la tempestad apagó el ¡ay! de dolor que se escapó de sus lábios; despues no se oyó nada.

La luz de un relámpago le iluminó desmayado, y con la frente ensangrentada; é iluminó asimismo á Luciano, que al levantarse de junto á él llevaba en sus manos una pequeña cartera.

III.

De cómo Dios los cria y ellos se juntan.

—¡Otra vez el mar, y el buque y la tempestad. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!... veo, mi pobre Luciano, que si en ese semi-naufragio has conservado la vida, has perdido el poco juicio que te quedaba!

—Pues, señor; ¡hé aquí lo que son las mujeres!... ¡Preguntan, y se burlan de que se las conteste!

—¿Y qué tiene que ver mi pregunta con el viento y las olas?

—Tiene que ver mucho; como que ese jóven pulido, gallardo, simpático, con una cicatriz en la frente, ha hecho el viaje conmigo desde la Habana, y le he conocido entre el viento y las olas!

—¡Ah! ¡cuéntame! ¡cuéntame todo lo que de él sepas!

Antes de seguir adelante en esta conversacion, bueno será advertir al lector que tiene lugar en el elegante dormitorio de una linda casa de la calle del Barco, en Madrid; entre una hermosa mujer que se llama Regina Gomez, y el pasajero del vapor *A. Lopez*, que de tan buena manera se nos dió á conocer.

Regina está en su lecho, un precioso mueble por cierto, velado de encajes y flores; y Luciano sentado en una pequeña butaca que hay á los piés de él.

Son las once de la mañana, y esta diosa del Olimpo galante, nunca se levanta antes de mediar el dia, permitiendo, sin embargo, á los seres privilegiados la entrada en el santuario de su cuarto.

Luciano era uno de ellos; no porque gozase en aquellos momentos de gran influencia con la dama, sino por un privilegio de curiosidad.

Regina habia visto la noche anterior en el teatro de la Opera, á un jóven que le pareció sumamente interesante. Supo que era americano, y un yankée ó un inglés, es el sueño de oro de ciertas mujeres, que buscan constantemente esos hijos pródigos que abandonan su patria para deramar sus tesoros en la agena, con el mismo do-

naire cōn que Buckingham, el famoso favorito de Carlos I de Inglaterra, derramaba las perlas en la corte de Francia, sin dignarse volver la vista hácia ellas, y desdeñando recogerlas.

Tuvo, pues, un gran deseo de conocer al americano, deseo muy fácil de realizar desde que vió á Luciano estrechar la mano de aquel jóven, y hablarle con la confianza de una amistad íntima.

Luciano habia sido, ya hacia tiempo, cortesano asídúo de esta reina de la moda, y aunque alejado de su puesto, no dejaba de conservarla esa amistad que podemos llamar de costumbre, pues ningun otro sentimiento interviene en ella. Al volver de Cuba tuvo buen cuidado de visitar á Regina, contándola algunos episodios de su viaje, y aunque otros los ocultó con esmero, estamos tentados á creer que fué más bien por no fastidiarla con aventuras exentas de gracia, que por un pudor que no conocia.

Regina, pues, no tuvo otra cosa que hacer para ver á Luciano, que escribirle una tarjeta en que habia escrito:

„Te espero mañana, lo antes posible.“

Luciano, sorprendido por aquella órden entre amable é imperiosa de la más graciosa de las soberanas del placer, se apresuró á cumplimentarla, presentándose á las once en casa de Regina, que le recibió al punto.

La bella abordó el asunto sin rodeos, y Luciano, lisonjeado de poder satisfacerla á tan poca costa, lo cual ¡ay! era la primera vez que sucedia, quiso hacer una narracion en regla de su viaje, lo cual le valió la interrupcion burlona que acabamos de escribir.

Regina, como esperando aquellas noticias que pedia, se incorporó en el lecho, arregló con indolencia los encajes de su elegante chambre, y comenzó á pasar sus dedos largos y finos por entre los bucles suaves de sus cabellos castaños, que se escapaban en rica profusion de su gorrita de batista.

—¡Coqueta!—dijo Luciano;—¡estás ya muy bella y no necesitas embellecerte más!

Regina, como si quisiera poner á prueba el poder de sus hechizos, fijó la ardiente mirada de sus negros ojos en Luciano, con una expresion tan voluptuosa, tan apasionada, que este se puso de pié de un salto, murmurando sorprendido:

—¡Regina!

Ella se echó á reir y le tendió su mano.

—Hablemos formalmente,—dijo.

Luciano besó los dedos rosados de aquella bonita mano, y volvió suspirando á la butaca.

—¿Qué es lo quieres saber?—preguntó.

—Quién es y cómo se llama ese jóven que anoche saludaste en el teatro.

—Es cubano, y se llama Cámilo Alvarez de Leon.

—¿Alvarez de Leon?— preguntó Regina con extrañeza y agitacion;—¿estás seguro?

—Completamente seguro.

—¿Será posible?...

—¿Qué? ¿Conoces á ese jóven?

—A él no.

—¿Su nombre?...

—¿Su nombre puede que sí! pero necesito que me digas todo cuanto de él sepas.

—Poco es.

—¿No importa! Dí...

—Acaba de perder á su padre, que era toda su familia...

—¿Y sabes el nombre de su padre?—preguntó Regina con creciente interés.

—Creo que era Mauricio...

—¡Ah! ¿Qué dices?—exclamó sentándose violentamente en la cama, y dejando marcarse por entre las finas ropas que cubrian las gallardas proporciones de su cuerpo, como señalan las estátuas griegas la perfeccion de sus formas á través del ámplio ropaje que las envuelve; ¡Mauricio! ¡Mauricio Alvarez de Leon!...

¡Oh! ¡al fin le encuentro!

—¿Pero si ha muerto! exclamó Luciano, que no comprendia una palabra de cuanto Regina decia.

—¡Qué importa! ¡Vive su hijo!

—Pero, Regina...

—¡Oh! ¡sigue! Yo te lo ruego.

—Poco puedo añadir... he oído decir á ese jóven, aunque te rias de que vuelva al mar, cuando estábamos á bordo del vapor *A. Lopez*, que venia á Madrid á cumplir una promesa hecha á su padre en su lecho de muerte.

—¡Ah!...

Regina, para oír mejor, se inclinó, apoyando el codo en la almohada y entre sus dedos su graciosa barba.

Su espalda redonda se marcaba así, y alrededor de su cuello robusto y gallardo, cruzado por venas azules, caían sus cabellos como las ondas de un collar de seda.

—¡Oh! qué hermosa estás así,—dijo Luciano.

—Y bien,—dijo con impaciencia Regina, sin cuidarse de contestar á esta exclamacion,—¿qué sabes más de ese jóven?

—Mucho te interesa sin duda.

—Mucho,—afirmó ella.

—Pues, siento saber tan poco... ¡Ah! dijo como quien recuerda,—otra cosa sé, además.

—Veamos.

—Los documentos que el jóven traía relativos al asunto que le encargó su padre, venían en una cartera que se ha perdido!

—¿Dónde?

—¡Pardiez! ¡no lo sé! Debe ser en el mar.

Regina movió la cabeza en señal de duda.

—No se pierden,—dijo,—papeles que importan tanto; lo que suele suceder es que...

—Acaba.

—Que se roban.

Luciano se encogió de hombros.

—Puede ser,—dijo.

—Y bien: lo que se pierde parece.

—Si se busca bien.

—Desde luego: y con dinero no suele buscarse mal.

—Es verdad.

—¿Cuánto crees tú que puede costar el encontrar esa cartera?

—No puedo decirlo; para mí es asunto algo caro.

—Pues bien, encárgate de buscarla, y yo pago las diligencias...

—¿Has hallado algun filon, hija mia?...

Regina hizo un gracioso gesto y no contestó.

—Puesto que tú te empeñas, se hará lo posible, pero es difícil.

—¿No sabes tú cómo se perdió esa cartera?—preguntó con malicia Regina.

—Imprudencias de jóvenes: figúrate que decia

que la llevaba consigo siempre, y que valia millones...

—¡Ah!

—Esto sin duda despertó la codicia de alguno de los que le oían.

—Sin duda que eso fué: ¿y cuándo la perdió?

—Una noche subió conmigo al castillo para admirar esa maldita tempestad que á poco nos envía á dar de cenar á los peces del Atlántico: yo no sé cómo fué que, á un golpe de mar, ambos caímos... Camilo se hirió en la frente, y se desmayó; en tanto, yo, medio muerto de angustia, pedí auxilio... No sé lo que sucedió despues; pero Camilo, al siguiente día, buscó en vano la cartera.

—¡Oh! ¡Bien decia yo!

—¿Y qué es lo que tú decías?

—Que te será muy fácil encontrarla.

—Puede ser, si me conviene.

—Desde luego; pero yo, antes de buscarla, necesito saber lo que contiene...

—¡Oh! Papeluchos de familia, pero que pueden hacerse pagar á muy alto precio.

—¿Tan interesantes son?

—Así como actas de reconocimiento de una hija perdida... testamentos á su favor; cartas patéticas de arrepentimiento, etc., etc.

—Sí, sí: eso debe ser... Veamos ahora cuánto quieres por la cartera.

—¡Bah, bah!...

—Hagamos un trato.

—Veamos.

—Puesto que nos conocemos, es inútil buscar rodeos.

—Creo lo mismo.

—Pues bien: si yo enamoro á ese jóven y hago que una parte de su fortuna pase á tus manos, ¿me darás la cartera?

—Seguramente que sí; pero ¿cómo ha de hacerse esta traslacion maravillosa?

—En mi casa se juega... y tú presentarás á ese jóven...

—Perfectamente pensado.

—¿Crees tú que llegue á enamorarse de mí?

—¡Dios de Dios! Tú hubieras hecho imposible la fama de Caton, de haber vivido en su época.

—¿Es decir, que se enamorará?

—Como un loco.

—Dime algo de su carácter.

—Espiritual, romántico, soñador.

—¡Magnífico!

—Además, completamente neófito en esa religion encantadora que tiene corazones por altares y por cálices lábios de rosa.

—¡Sublime!

—Apasionado, entusiasta por la virtud, la inocencia y todas esas bellas inutilidades á que tú y yo llamamos tonterías.

—¡Soberbio! ¡Inmejorable!... Creo que pronto tendrás que entregarme la cartera.

—No deseo otra cosa.

—Pues bien, mañana doy de comer á mis íntimos; enviaré una invitacion á Camilo, y tú le presentarás: ¿dónde vive?

—*Hotel de Embajadores*; pero tiene luto.

—¡Bah! Tú le dices que se trata de una reunion de confianza; y ahora, adios. Hazme el favor de llamar, que me voy á vestir.

Luciano quiso robar un beso á aquella preciosa boca; pero ella se retiró con ligereza, y le alargó la mano, diciéndole:

—Hasta mañana.

Luciano, despues de tirar del cordon de una campanilla, salió llevando en sus lábios esa sonrisa de satisfaccion del que acaba de hacer una jugada de fortuna, y Regina quedó tambien satisfecha.

—¡Ah! ¡Madre mia, madre mia!—murmuró,—al fin voy á ver cumplidos mis deseos...

Al sonido de la campanilla presentóse una anciana criada que se acercó á su lecho con familiaridad.

—Dame una bata, Casimira,—dijo ella alegremente.

—Voy, hija mia, voy; creí que no se marchaba nunca ese pájaro de mal agüero.

—No digas eso, Casimira: ha sido una visita muy útil.

—¡Hum! ¡Puede ser! Pero maldito si me gusta ese cuervo...

IV.

De cómo puede una taza de café cambiar una resolución.

Luciano, al dejar á Regina, se fué á buscar á Camilo.

Aunque en breves momentos llegó á la Puerta del Sol, nos sería muy difícil explicar todos los pensamientos que en este corto espacio le asaltaron. Y, á la verdad, que sería una tarea tan inútil como enojosa.

Momentos hay en que, á ser trasparente el cerebro del hombre, ese laboratorio de la idea, daría miedo.

Por fortuna, es impenetrable en su interior; y en cuanto sus creaciones llegan á ser visibles, nosotros mismos nos encargamos de disfrazarlas con el ámplio ropaje de las apariencias.

¡Oh! La cultura del siglo no permitiría la desnudez ni á la verdad misma.

Si la abeja, que labra un delicado trabajo, empaña la colmena para hacer impenetrable á las miradas su dulce obra, el hombre, que no siempre se ocupa de tan inocente manera, con mucho más motivo debe ocultar las suyas!

Y aun así, los ojos ávidos de la sociedad quieren penetrar á veces los velos en que la crisálida *idea* envuelve á la *mariposa* creacion. Hay que conceder algun mérito á ese trabajo individual de resultados generales; porque el presentar aceptable, fácil y hasta simpático lo que acaso, acaso, pareciera repugnante y asqueroso, es, ó debe ser, una de esas reglas de *moral universal* que nuestros modernos regeneradores quieren plantear sobre las ruinas de la moral cristiana.

Y á fé, á fé que, bien mirado, no les falta razon.

Esta moral prescribe el bien como ley, y su práctica es difícil.

Aquella ordena ocultar el mal con una grata apariencia, y esto es fácil y llano para cualquiera que sabe vivir.

Una vez dorada la superficie, ¿quién será tan cándido que quiera sondear el fondo para revolver el cieno?

¿No es un trabajo inútil depurar el sentimiento al crisol de la razón y la verdad, antes de admitirlo?...

Recordando una parábola divina, podríamos preguntar: ¿quién se atrevería el primero á culpar esas concesiones que hace la honradez al vicio, y que le quitan su fuerza moral lentamente, porque toda concesión es una debilidad?...

¿Qué hombre de corazón no ha llamado alguna vez amigo al que supone completamente infame, si bien sea la infamia en alta escala, que tanto monta; y qué mujer honrada no ha estrechado sin rubor la mano de otra mujer, que sabe que es despreciable?

¿Quién no se ha aprovechado un poco de esa indiferencia, para hacer pasar por las puertas del deber, tan mal guardadas por cierto, un contrabando más ó menos peligroso?...

Pues si todos tenemos algo de culpa, todos debemos sufrir las consecuencias.

¿Pero á dónde nos lleva nuestra exaltación moralizadora?...

¿Qué supone una gota de agua dulce en un océano amargo?...

Volvamos á Luciano: afortunadamente el lenguaje, haciéndose cómplice de la general indiferencia ante el mal, crea palabras con las cuales se puede hablar de un vicio, de una infamia, ó

de un crimen, sin incurrir en excomunion social.

De ese modo, podemos decir que el ex-empleado en Cuba, el ex-amante de Regina,—y aun pudiéramos poner otros muchos *ex* que suprimimos,—daba vueltas en su pensamiento á un soberbio *negocio* sobre la base honorífica de la cartera *sustraída* á su compañero de viaje.

Se trataba, segun él, de una ganancia segura.

Las promesas de Regina le parecían muy vagas.

No dudaba que su linda amiga podia muy bien fascinar y enloquecer á un jóven tan sencillo como el cubano; pero lo que no podia creer era que la encantadora *gatita madrileña* tuviese la generosidad de cederle á él una rica presa, aprisionada entre sus rosadas uñas.

Regina, conservando *al hombre* y cediendo los millones, no era Regina, era una mistificación incomprensible, y como Luciano no creia en mistificaciones, preferia poner la proa á otra playa más hospitalaria.

Hé aquí por qué buscaba á Camilo; porque antes que la casualidad se cansara de servirlo, y él sabia cuán poco se puede fiar en la volubilidad, queria fijar la rueda de la fortuna.

Cuando llegó á la habitacion que ocupaba Al-

varez en el *Hotel de Embajadores*, halló al joven, medio tendido en una butaca junto á la chimenea, con un periódico en la mano.

Al ver á Luciano se levantó con viveza, arrojó el cigarro que tenia entre los labios, y se adelantó á recibirlo tendiéndole la mano.

—¿Cómo tan solo?—preguntó Luciano apresurándose á estrecharla.

—Hace un horrible frio, acabo de almorzar, y no he tenido ganas de salir.

—¡Estas flores de los trópicos no se acostumbran á las brisas del Guadarrama!...

—¡Oh! ¡son irresistibles!...

—Nosotros, menos delicados, las arrostramos con valor y vamos á buscar las flores en su invernadero!

—Gracias por el símil y por el hecho: ¿quereis tomar una taza de café conmigo, ya que ha tenido usted la bondad de venir?...

—Con mucho gusto.

—Charlemos entre tanto: confieso que no tengo fuerzas para dejar este *confortable* invernadero, ya que place á usted llamarle así.

—Perfectamente: aquí se está muy bien, y además tengo mucho que contarle.

—¿Sí?—preguntó Camilo en tanto que tiraba del cordon de una campanilla.

—Sí; hay novedades.

—¿Políticas?

—¡Al diablo la política! ¡Eso no nos importa!

—Pues entonces no sé; á nadie conozco aquí.

—Pero si usted no conoce, es conocido.

—¡Yo!!...

La puerta se abrió y apareció un negro.

—Joaquin,—dijo Camilo,—tráenos café, cigarrillos y vinos.

—¡Oh, mi bravo Joaquin! ¿Cómo vá?—preguntó Luciano.

—Bien, señor,—contestó el negro inclinándose y desapareciendo.

—Siempre que veo á este valiente negro me acuerdo de aquella horrible noche... ¡diablo!! ya no sentirá usted entusiasmo por las tempestades en alta mar!

—Lo mismo: ¿usted las teme aún?

—¡Más que nunca!

—Pues yo siento no haberlas visto en su grandeza...

—¡Oh! ¡aún me dá frio el pensarlo!... un golpe más de aquel maldito oleaje, y no lo contamos.

El negro apareció de nuevo.

Llevaba una bandeja con una cafetera, dos tazas y cuatro botellas que colocó en un velador, volviendo á traer una cigarrera con la mecha encendida, unas copas y un tirabuzon.

Joaquin, despues de colocarlo todo, miró á su amo como si le interrogase.

—Puedes irte, mi buen Joaquin,—dijo este con bondad,—te llamaré cuando tè necesite.

—Pues, sí,—dijo Luciano tomando una taza de café que Camilo le alargaba;—aun no he podido olvidar el susto de aquella noche!...

—Pues yo, amigo mio, á no ser por el desagradable accidente de la pérdida de aquella cartera, y de mi incomprensible caida, la recordaria con placer.

—¡Pardiez! ¡incomprensible llamais á la caida, cuando el buque saltó en el aire!...

—Yo estaba asido, pero creo que usted me arrastró consigo.

—No diré que no: si hubiera encontrado á mi lado una de las pirámides de Egipto creo que la arrastro tambien; tal mareo sentí, y tan angustiado estaba.

—Afortunadamente no hubo otras consecuencias.

—Sí, pero la cartera se perdió.

—¿Y está usted seguro que fué en aquella maldita noche?

—Sí, completamente seguro: la llevaba aquella tarde; y además, es natural que al bajarme Joaquin al camarote, al desnudarme, ó al volverme, se me cayera.

—¿Pero cómo no fué hallada?

—No es extraño: en esos momentos de confusión rodaría al mar entre las cuerdas; es lo más fácil.

—¿No había usted hablado á nadie de ella?

—¡Creo que no!

—Porque pudiera ser muy bien que alguno de los marineros se la guardase, con esperanza de una recompensa.

—¡Oh, no!—dijo con nobleza Camilo;—la hubiera presentado desde luego.

—¡Tal vez no! ¿Por qué no hace usted publicar un anuncio en que ofrezca una fuerte cantidad por ella?...

—Sería inútil.

—¡Tal vez no!—repitió Luciano, y añadió con ese acento efectivo que indica el interés:—porque debe ser muy triste para usted no poder cumplir la misión que aquí le trae, y que según me dijo, dependía de los documentos que esa cartera guardaba.

—¡Oh, no! ¡amigo mio! Mi padre me recomendó verbalmente el asunto que deseaba encargarme; y aunque siempre es sensible la pérdida de esa cartera, yo espero en Dios que podré realizar sin esos documentos mis deseos.

—¡Ah!—murmuró Luciano inclinándose á encender un cigarro.

—Yo puedo hacer por mí, lo mismo que hubiera hecho con aquellos papeles; y ahora que recuerdo lo que usted me dijo, le ruego que me explique de quién soy yo conocido...

Luciano, perdida su esperanza de hacer pagar á Camilo la cartera, asió con alegría la ocasion que él mismo le presentaba de hablarle de Regina, cambiando de relacion.

—¡Ah! ¡tiene usted razon, lo habia olvidado: anoche en el teatro de la Opera produjo usted una gran sensacion!

—¡Yo!—exclamó riendo Camilo.—¡Yo! por qué?

—¡Diablo! Hé aquí una pregunta difícil de contestar. ¡Qué sé yo! ¡Deme usted vino!...

—¿De cuál?

—¡Jerez!

—Bebamos antes, y expliquémonos luego; tengo deseo de saber en qué concepto produzco sensacion.

—En el mejor de todos: en el de la simpatía.

—¡Es extraño!

—¿Por qué? ¿No es usted jóven y gallardo? ¿No es usted, además, americano?

—¡Ah! ¡Perdone si me rio! Pero los americanos somos acaso en Madrid unos antípodas raros, que todos miran con extrañeza?

—No ¡pardiez! ¡no es eso!...

—¿Pues, qué puede ser?

—Los americanos tienen fama de ricos: y esto es una atraccion: además, tiene usted esa figura que tanto agrada á las mujeres.

—Me confunde, y calumnia usted á la culta sociedad, en sus bellas damas.

—¡Dios sabe que no! Y la prueba es que casi todas las que saludé anoche despues de hablar con usted en las butacas, me pedian noticias de "aquel gallardo jóven, pálido, interesante..."

—Se bromea usted!

—Doy á usted mi palabra de que es verdad.

Camilo se echó á reir.

—Y la prueba de ello,—continuó Luciano,—la tendrá muy pronto.

—¡La prueba!

—¡La prueba! ¡Sí, señor! ¡Encerrada en una esquila de invitacion!...—dijo Luciano con énfasis.

—¡Se me invita á mí! ¡Pero si no conozco!

—No importa, por lo mismo la sociedad le abre sus puertas.

—Es mucha amabilidad, y sin duda lo debo á usted ; pero no podré aceptar.

—Todo está previsto ; se trata de una reunion de confianza en una casa encantadora : allí conocerá amigos que le hagan grata su estancia en

Madrid. Además, si trae á él una mision difícil no debe aislarse: cada persona que se conoce facilita con un dato, con una palabra, el descubrimiento del hecho que se busca.

—Es verdad, y tiene usted razon: aceptaré; pero ¿no podrá decirme quién me invita?

—Pronto lo sabrá usted: en cuanto á mí, mañana á las seis estaré aquí para acompañarlo.

—¡Tanta bondad!

—Es un deber: soy amigo de la casa, y le presentaré: no olvide usted que es una comida de confianza.

—¡Temo parecer un poco záfio! ¡Apenas conozco los usos de sociedad!

—Yo respondo de que será usted muy bien recibido; y ahora, adios, hasta mañana, si es que antes no necesita usted de mí.

—Gracias, y adios: ¡hasta mañana!

Luciano salió, y Camilo, muy pensativo, esperó la anunciada invitacion con alguna impaciencia.

V.

De lo que puede aprenderse en una comida.

A las seis de la tarde del siguiente día Camilo era presentado á Regina, la cual le recibió con una amabilidad de buen gusto, que la sencillez del jóven tomó por una incomparable distincion.

Regina vestia sencillamente de negro : un cuello de encaje, bastante bajo, y terminado en un gran lazo rosa, dejaba descubierta su garganta y parte de su pecho, blanco y suave como la batista que le acariciaba.

Muy sóbria en adornos, y muy sencilla en joyas, parecia que habia querido mostrar su belleza exenta de galas para realzarla más.

Luciano, apenas cambiadas esas primeras palabras, siempre iguales, en su cualidad de ami-

go íntimo, fuese junto á un velador á hojear unos libros.

Regina y Camilo quedaron solos.

El jóven, tímido por carácter, y más aún por la falta de costumbre en frecuentar la sociedad, miraba absorto á aquella hermosa mujer, sin atreverse á hablarla el primero.

La idea de parecer ridículo por su silencio, hacia agolparse la sangre á su cabeza; pues lo que más atrae el ridículo es la idea de él, que coartando todas las facultades de educacion é inteligencia, facilita su temible apariencia.

Pero Regina no era mujer que guardarse por mucho tiempo esa inmovilidad penosa.

Una sonrisa dulce vagó en sus lábios; despues, como la mujer tiene la habilidad de encerrar una historia en una frase, un poema en un suspiro, una promesa en una mirada, y una gloria en una sonrisa, á Regina la fué muy fácil contar á Camilo en dos palabras un resúmen de historia, que muy bien podia ser la suya; al menos el americano lo creyó sin vacilar.

Se trataba de un esposo ausente en Filipinas; y el jóven estuvo á punto de suspirar ante la pena que la esposa solitaria sentia; pero no suspiró, porque apenas le dió tiempo aquella pasajera tristeza, que se deshizo en una graciosa risa, á propósito de nada, pero encantadora, porque

al entreabrir aquella fresca boca, mostraba una bonita dentadura.

La fisonomía de Regina era movable como la superficie de un lago.

Ora expresaba el pesar, y sus hermosos ojos brillaban con un reflejo de lágrimas; ya la alegría, y su frente se mostraba tan serena, tan pura como la de una niña.

Lloraba con gran facilidad, pero con ese llanto bonito que consiste en hacer rodar las lágrimas por las mejillas como las gotas de lluvia en las hojas de la rosa; llanto que no se parece en nada al que arranca el dolor, y que contrae el rostro y le desfigura.

Reía también con frecuencia, ó más bien, sonreía, porque solo movía los labios graciosamente.

Y, obedeciendo á su voluntad, sus mejillas enrojecían ó palidecían.

Era la artista, que estudiándose á sí misma, sabía combinar el mejor efecto de su belleza para hacerla irresistible.

Camilo, que apenas conocía las mujeres por haberlas visto en los floridos patios de la Habana recostadas indolentemente y envueltas en nubes de nipsis y batista, estaba asombrado ante Regina.

Aquella movilidad encantadora, aquel sonreír sin causa y entristecer sin motivo, aquellos

ojos brillantes que, ora buscaban sus miradas, ora huían de ellas; aquella mano blanca, suave, fina, que jugaba con las cintas de sus lazos, con el pañuelo, con el abanico, y hasta con algunas violetas y pensamientos que arrancaba distraída á un pequeño ramo que llevaba en el pecho, producían una gran influencia sobre Camilo, que contestaba torpemente á sus preguntas, y comenzaba á sentirse inquieto.

Afortunadamente Luciano vino en su ayuda.

—Amiga mia,—dijo á Regina,—¿por qué no toca usted un poco el piano? Camilo tendrá mucho gusto en oír cantar algún aire de su país.

Regina accedió.

Tenía una dulce y flexible voz; su método de canto era excelente, y aunque esta voz no fuera más que de salón, sabía modularla de una manera tan bella, timbraba con tal suavidad y encanto, que al escucharla por primera vez producía una viva sensación.

Después de cantar una balada sencilla y triste, preludió un tango americano, y le cantó con una gracia, una facilidad y una propiedad tal, que Camilo creía ver ante sí las hijas de su país cantando á media voz al mecerse suavemente en la hamaca, suspendida de las ramas de un cocotero.

Cuando entusiasmado y sorprendido pedía á Regina que lo repitiese, la puerta del saloncito

se abrió, y un jóven de mediana estatura, pero proporcionada y elegante, apareció en ella.

Saludó con desembarazo, y Regina, volviendo el taburete del piano con un movimiento, sin levantarse de él, dijo al recién llegado, en tanto que estrechaba su mano:

—¡Ah! ¡Cómo se hace usted desear!

Después, volviéndose á Camilo, dijo presentándole al jóven:

—Mi amigo Amadeo de Osorno.

Y completando la presentación, añadió:

—Don Camilo Alvarez de Leon.

Los dos jóvenes se estrecharon la mano, y al murmurar las frases usuales en sociedad en tales casos, cambiaron algunas de simpatía.

—Acabo de oír,—dijo Amadeo,—la más graciosa de las habaneras desde el recibimiento, y sentiria haberla interrumpido con mi presencia.

—¡Oh, no!—contestó Regina:—terminaba en este instante. Alvarez es americano, y para recordarle su país cantaba...

—¿Y hace mucho que ha venido usted?—preguntó Amadeo.

—Un mes escasamente.

—¡Oh! ¡Qué mala época ha elegido! Este frío le será molesto...

—Sí, lo extraño mucho; pero confieso á usted

que, por más que me sea muy agradable cuanto aquí veo, yo no he elegido ni la época ni el viaje: sin un importante asunto que tengo en Madrid, jamás habria dejado á la Habana.

—Debemos alegrarnos de ese asunto que le ha traído, y desear que le retenga mucho tiempo,—dijo alegremente Regina.

—Probablemente será así,—dijo Camilo;—se presenta difícil...

—Me ofrezco á usted con mucho gusto, si cree que en él puedo servirle de algo,—dijo Amadeo con una finura de buen gusto y una franqueza simpática.

—Acepto con todo mi corazon, y le doy las gracias.

Regina comenzaba á oir con interés esta conversacion, cuando los convidados que esperaba empezaron á llegar.

Ocultando su impaciencia por esta contrariedad, llamó y pidió la comida.

Camilo encontraba muy agradable aquella sociedad, en que se oian algunos nombres notables, ya en las letras, ya en la política, ó bien en la aristocracia.

Casi todos eran prófugos del gran mundo, que, invitados por una hermosa mujer que tenia el talento de hacerse desear, acudian con gusto á pasar á su lado algunas horas, agradables siem-

pre en aquella morada, en que el placer aflojaba los lazos de la etiqueta.

De ser Camilo menos sencillo, habria comprendido lo que significaba aquella amable confianza con que se presentaban todos.

Entre los convidados habia algunas mujeres de belleza muy problemática, y Regina descollaba entre ellas como un gallardo lirio entre humildes yerbecillas: podia creerse que habian sido llamadas allí para hacer más visible la belleza de la dueña de la casa.

Regina tomó el brazo de Camilo para ir al comedor, y sentóle á su derecha, animándole suavemente con sus palabras á vencer su timidez.

Luciano entre tanto deslizaba algunas frases dando á entender que Camilo era un habanero millonario, semi-selvaje, al cual él se encargaba de domesticar.

A la izquierda de Regina se hallaba sentado Amadeo, y junto á él un jóven literato, de aire distinguido y finos modales.

—¿Cómo está la bella Laura?—preguntó á Osorno.

—Mi hermana está buena.

—¿Cómo es que no la veo ni en el teatro ni en la sociedad?

—Está un poco triste... Ya sabe usted que te-

nia una amiga adorada, y ¡acaba de separarse de ella!

—¡Margarita!

—Sí,—contestó con un ligero tinte de tristeza Amadeo;—Margarita.

—¿Pues á dónde ha ido la bella Margarita?

—Ha marchado al extranjero,—contestó con impaciencia Amadeo.

El literato guardó silencio.

Regina, que no perdía una palabra de este diálogo, dijo á Camilo cuando los jóvenes de su izquierda callaron:

—¿Y tendremos mucho tiempo aun el gusto de tenerle á usted en Madrid?

—No lo sé, señora; depende del mejor ó peor éxito que tengan mis gestiones acerca del asunto que me trae.

—Dicen que las mujeres tenemos una gran facilidad para asir el hilo de un misterio y para esclarecer los puntos oscuros que en él aparecen: me ofrezco á usted tambien de buena voluntad, si cree que puedo servirle de algo.

—¡Ah! ¡Mil gracias!...

—Acaba usted de aceptar los ofrecimientos de mi amigo Osorno: ¿creerá que los míos son menos sinceros, ó que mis ojos no sirven para ver en lo desconocido?

—Ni una cosa ni otra... No tengo motivo

para dudar de su sinceridad; y en cuanto á sus ojos... ellos pueden solo con su luz iluminar un abismo; pero temo causarle una molestia.

—De ningun modo; y si, como creo haber oido á usted hace poco, se trata de una mujer, á mí me será más fácil.

Camilo nada habia dicho; pero como juzgó imposible que Regina lo supiera, á no haberlo oido de él, lo creyó sin vacilar.

—Sí, de una mujer se trata,—afirmó.

—Pues buscar una mujer es cosa fácil.

—No siempre, y ahora creo que lo será menos.

—¿Contaba usted con algunos datos que no tiene...?

—No precisamente eso; contaba con unas pruebas que desgraciadamente he perdido; pero ellas no me hubieran facilitado nada...

—¡Ah! ¿No eran completamente esenciales?

—Para hallar á esa mujer, no.

—Pero sin ellas. .

—Me queda otra prenda preciosa, y acaso más útil.

Regina no se atrevió á insistir. Comprendió que Camilo podia desconfiar de aquel deseo de profundizar un asunto delicado; y con la oportunidad que la distinguia, comenzó á hablar indistintamente con sus convidados, diciendo al uno

una frase amable, enviando al otro una dulce sonrisa.

Camilo la contemplaba encantado:

Regina tenia, más que talento, una imaginacion viva, espiritual, fina; y más que instruccion, una idea de todo: idea superficial, pero suficiente para alternar, sin incurrir en inconveniencias, en cuantas conversaciones se suscitasen.

Habia visto un poco, habia oido mucho, habia leído algo, y esto formaba un total de conocimientos que daba á su conversacion una variedad y una gracia infinita.

Sus frases oportunas, chispeantes, llenas de malicia á veces, y de intencion siempre, eran aplaudidas por sus amigos con entusiasmo. Tenia el talento de hacerse respetar en el círculo galante que la rodeaba; envolvía el vicio en una especie de velo delicado que ocultaba á las miradas su aspecto repugnante...

Así Camilo no dudó ni por un momento que Regina era una dama distinguida que recibia de una manera encantadora á sus amigos.

Cuando se levantaron de la mesa, ya estaban puestas en el saloncito las mesas de juego.

Regina dirigióse á una é invitó á Camilo á jugar.

El jóven no habia jugado nunca: no sabia lo

que hacer; pero la voz de Regina le dominaba, y tomó asiento en la mesa. Comenzó á jugar con Luciano y un caballero de alguna edad, en tanto que Regina, apoyándose en el brazo de Amadeo, se dirigia al piano.

Las horas se pasaron de una manera nueva para Camilo. No recordaba jamás una noche más agradable, de más impresiones fascinadoras.

Cuando se levantó á las doce para retirarse, habia perdido algun oro; pero Regina le estrechó la mano dulcemente, y le dijo con una sonrisa que la embellecía:

—Todos los martes recibo á mis amigos, y espero que no faltará; además estaré en casa para usted á las doce todos los dias.

Camilo la dió gracias con una inclinacion, y se dispuso á salir.

Amadeo tomaba el abrigo al mismo tiempo que él, y le preguntó dónde vivia.

—Mañana iré á ver á usted,—contestó al oir á Camilo darle las señas de su casa;—debe usted aburrirse en Madrid sin amigos.

—Tendré mucho gusto en verle y en contarle como mio,—dijo Camilo estrechando su mano y disponiéndose á bajar con Luciano.

—¿Eh, qué tal?—le preguntó éste.

—Muy bien: es una reunion encantadora, y

doy á usted mil gracias por haberme proporcionado un rato tan agradable. ¿Quiere usted que le lleve en coche á su casa?

—Tengo algo que hacer antes de ir á mi casa; buenas noches, amigo mio.

Camilo entró en el coche y se dirigió á su *Hotel* pensando en Regina.

VI.

De cómo Regina fué bastante diplomática para comprar barata la cartera.

Cuando el último de los convidados de Regina hubo desaparecido, ella se dirigió á su tocador y llamó.

Casimira, la viejecita que ya conocemos, apareció al punto.

—Casimira, reanima el fuego y dame una bata.

—¡Qué! ¿No te acuestas todavía?

—No: espero visita.

La vieja murmuró algo que ni al lector ni á mí nos importa gran cosa; y despojando á Regina de su elegante traje, la presentó un amplio peinador de merino gris, forrado de seda de color de rosa.

Regina se envolvió en él, abrochó sus botones hasta el talle, dejándole abierto sobre una fina enagua, y tomando una pantalla recostóse en una butaca junto á la chimenea.

—Casimira,—dijo,—cuando venga Luciano que pase aquí.

—¿Quién? ¿Ese maldito, más feo que el hambre, y más malo que el cólera? Yo no sé, hija, yo no sé qué gusto tengas en hablar con semejante hombre.

—¿Qué mal hay en ello!—dijo riendo;—no sé por qué le tengas ese odio.

—¿Él tiene la culpa de todas nuestras desgracias!

—¿Él! ¡No! La tiene otro...

—¿La tiene él! Tú eras hermosa como un rayo de sol, y podías estar casada muy honradamente, sin ese ..

—¿Bah! No he perdido nada en no casarme... ¡Mira qué feliz fué mi madre!...

—¿Ah! ¡Tu madre! ¡Bien se lo decia yo! Pero no quiso creerme; ¡y aquel hombre que parecia tan bueno, fué un infame!...

—¿Cobarde!—murmuró Regina con la voz ronca y la mirada ardiente;—¿cobarde! ¡Abandonar á una santa como era mi madre, y hacerla morir de pena!

—Dios me ha oído,—dijo la vieja,—porque le pedí no verle nunca: creo, Dios me perdo-

ne, que no me hubiera podido contener, si le veo.

—Dios no se ocupa de eso, Casimira; no le has vuelto á ver por la mejor de las razones: porque salió de Madrid.

—Siempre lo he sospechado yo: ¿y se llevaria la niña?

—No.

—¿Cómo sabes tú todo eso?...

—Yo sé todo lo que necesito saber cuando se trata de mi pobre madre; te juro que cada dia está más vivo en mi memoria el recuerdo de lo que sufrió.

—¡Desgraciada! ¡Y era tan hermosa! Te parecia á tí; solo que tenia los cabellos rubios y los ojos azules... ¡Y tan buena!

—Sí; ¡por lo mismo que era buena y hermosa, fué tan infeliz! ¡Qué agonía la suya!...

—Te pedia, hasta en sus últimos instantes, que perdonases al hombre que la mataba...

—¡Oh! ¡Es en lo único que no puedo obedecerla!...

Un golpecito dado á la puerta interrumpió á Regina.

La vieja abrió y apareció Luciano.

—¡Diablo!—dijo;—¡qué frio! Será preciso hacer comprender á tus convidados que la pesadez es de mal tono... ¡Hola! Abuela de Lucifer, ¿cómo estamos?

—Si yo soy su abuela, usted es su hijo por línea recta,—murmuró Casimira.

—¿Siempre con tan buen humor?

—Vamos, Casimira, déjanos...

—¿Qué tal el americano, Regina mia?—preguntó Luciano cuando quedaron solos.

—Muy bien.

—¿Se presenta accesible? ..

Regina hizo un gracioso mohín y no contestó, ocultando su rostro con el abanico de chimenea.

—¿Cómo!—exclamó Luciano al ver aquel gesto de indiferencia;—¿no te importa?

—Te confieso que, después de conocerlo, nuestro contrato es imposible.

—¿Por qué?

—Ese joven me ha impresionado: creo que, si le veo con frecuencia, llegaré á enamorarme.

—¡Tú! ¡Tú enamorarte! ¡Ja, ja, ja!

—¿Te hace reír la idea de que yo pueda enamorarme? ¿Pues no soy joven, y tengo el alma virgen?

—Pero no tienes corazón, ni sientes... ¡Ah! ¡Si tú tuvieras corazón!

—¿Qué?

—Serías inapreciable.

—Pues hé aquí que le encuentro...

—No lo creo.

—Bien: eso nada nos importa; pero figúrate por un momento que yo, que no he amado nunca, llegue á enamorarme de ese jóven... ¿crees tú que podré venderle por nada del mundo?

—Hija mia, ¿me pides mi parecer con franqueza?

—Sí.

—Pues bien: yo no creo en esas conversiones que Dumas ha puesto de moda con su *Dama de las Camelias*. Yo no creo que la mujer que miente el amor pueda sentirlo de veras... Cuando se tiene la costumbre de beber, una copa de más ó de menos no embriaga...

—Es decir, un hombre más ó menos, nada supone.

—Exactamente: tienes mucho talento; así, pues, cuando se ha arrancado al corazón toda esa sávia, que tanto puede ser nécia como útil, según sepa emplearse; cuando se le ha desecado del jugo de los sentimientos, para convertirle en una bolsa donde pueda arrojarse el oro, ni más ni menos que se arranca la sabrosa pulpa del coco para que sirva la cáscara, entonces, hija mia, ni Dios mismo puede cambiarle y volverle á su primitiva forma, porque todo su poder se estrella ante el *hecho*, que hecho queda.

—Te estoy oyendo admirada: ¿no sabia que fueses tan gran moralista!

—¡Bah! Conozco el mundo; y aunque sea des-
preocupado en el grado más alto, sé las ventajas
y desventajas de cada situación.

—Es decir que, según tú, yo no puedo enamo-
rarme.

—No.

—Pero como tengo veinticuatro años, no me
negarás que puedo sentir una pasión, un deseo...

—Eso sí, ¡pardiez!... Lo que te niego es que
sientas el verdadero amor... nada más.

—Pues bien: siempre resulta lo mismo, por-
que de todos modos me interesa ese joven y no
le vendo.

—Es decir, que te reservas todo derecho, co-
mo dicen los autores respecto á sus obras.

—Todo.

—¿No quieres ya la cartera?

—¡Phs! Solo por curiosidad deseo verla... Me
ha dicho Camilo que no la necesita.

Luciano se puso pálido: comprendió que su
soberbio negocio se reducía á proporciones mise-
rables, y tembló, porque después de oír él á Ca-
milo, contaba con Regina para hacer valer los
papeles...

—Dice Camilo,—dijo ésta con calma,—que lo
primero es hallar la persona, lo cual no es fácil,
y que ese reconocimiento... puede hacerlo el
mismo...

—Sin embargo, no creo que sean despreciables las pruebas de la cartera.

—Guarda él otras más importantes.

—¿Es decir, que no la quieres?

—¡Oh! Si te es fácil... Por curiosidad, ya te lo he dicho.

—¿Y en cambio?...

—¿Qué es lo que quieres en cambio?

—Un segundo trato, puesto que el primero está deshecho.

—Veamos; pero no seas muy exigente.

—Me recomendarás á uno de tus amigos que tenga influencia con un ministro para que me dé un destino en Madrid.

—Con mucho gusto.

—Además, por mucho que ames al cubano, no te opondrás á que le enseñe á jugar: es una obra de misericordia enseñar al que no sabe.

—Corriente.

—Mañana tendrás la cartera, pues no dudo de tu palabra,—dijo Luciano poniéndose de pié.

—Tan pronto como la tenga recibirás tu nombramiento: ¡buenas noches!

—¡Adios, bruja!—decia Luciano á la vieja, que le acompañó hasta la puerta.

—¡Adios, cuervo! No habrás dejado de robarle algo,—murmuraba ella.

Regina, entretanto, decia:

—Mañana la cartera con su secreto estará en mi poder; despues su fortuna, despues su honra, y despues su vida. Es una rama de un tronco maldito y la debo exterminar.

VII.

De que el odio, como la flecha lanzada del arco, no se detiene hasta llegar á su objeto.

Regina acababa de recibir la misteriosa cartera perdida por Camilo Alvarez á bordo del *A. Lopez*.

Encerrada en su gabinete, tenia extendidos algunos gruesos papeles sobre su falda, y la cartera abierta en su mano izquierda.

Una alegría infernal se pintaba en el brillo de su mirada y en la loca risa que se escapaba de sus labios.

Miraba un pliego despues de otro, volvia á leerlos temerosa de haberse engañado, y contemplaba un retrato de mujer y otro de niño que volvió á colocar en la cartera.

—¡Ah!—decia entre carcajadas nerviosas y

gritos de rabia,—todo está aquí, ¡todo! Tengo en mis manos la suerte de esa niña... ¡de la hija de mis entrañas!

Aquí está el acta de reconocimiento, el testamento por el cual comparte la colosal fortuna de su hermano, y un grueso legado para la pobre madre que murió en la miseria...

Aquí están las señas de la niña Margarita... ¡Ah! las conozco, las conozco mucho... por desgracia no puedo olvidarlas...

Era blanca, rubia, con ojos azules, y sobre el hombro derecho un lunar grande como una violeta...

Sí, aquí está; en este retrato se vé esa marca extraña que heredó de su madre... ¡Oh! que ella fué la privilegiada por la naturaleza y por el corazón... ella lo heredó todo, la hermosura y el amor. Ella fué la predilecta, la bien amada, y yo... yo... ¡Oh, madre mia, tú fuiste bien culpable para mí!...

Pero no era tuya la culpa, no; tú tuviste un demonio que te enloqueció, que te arrastró consigo... Tú eras buena, pero fuiste débil... Tú, que acaso llegaste á odiar la memoria de mi padre, no podías amarme á mí.

¡Ah! aquí habla de un medallon que Margarita debe tener, igual á otro que tiene Camilo... Dice aquí: «Una gruesa esmeralda con un ligero

cerco de oro, que en el anverso tiene grabado mi escudo de armas, y en el reverso mi nombre: *Mauricio*."

Yo recuerdo, yo no sé dónde he visto un medallón así; me extrañó por su forma antigua, y lo miré con atención; ¿cómo era, Dios mío, cómo era?...

Apoyó su frente en su mano y cerró los ojos como para hacer un enérgico llamamiento á su memoria.

—¡Ah, sí!—exclamó,—tenia un escudo acuartelado, con leones y castillos... Sí, sí, ya lo sé; solo que no sé á quién lo he visto...

¡Ah! aquí hay dos cartas cerradas con un sello que reproduce ese escudo; sí, es el mismo, no tengo duda que lo he visto... A *Margarita Medina* y á *doña Margarita Alvarez de Leon*... ¡Oh, madre! mira cuándo espera á escribirte el gran señor que pisoteó tu corazón en el mundo y te hizo morir de pena. ¡Cuando estás en el sepulcro!... Margarita Medina no existe ya, y es inútil esperar que su hija olvide el odio que profesa á los vástagos malditos de esa rama, que por vil y miserable debe extinguirse.

¡Alvarez! Yo te he buscado siempre en vano, y te encuentro muerto... pero si me ves desde esa eternidad en que te ocultas; si me oyes desde ese mundo inmaterial en que dicen que se nos

reserva el premio ó el castigo de nuestras acciones, yo te juro que me vengaré en tus hijos del daño que me has hecho; que los haré tan desgraciados, tan miserables y tan infames como por tí lo he sido yo.

Y tú, madre, no me maldigas,—continuó, en tanto que brillaban sus ojos y sus manos temblaban,—si mi venganza me lleva hasta destrozar á la que era tu ídolo, á la hija de tu amor... no me digas que esa mujer es mi hermana; si lo fué, esos malditos lazos que debieron formarse, los rompe mi voluntad y mi odio...

¡Oh! si tu querido cuerpo, por un milagro de Dios, se pusiera ante mí para impedirme el seguir adelante, pasaria sobre tu cuerpo, como pasé sobre tu voluntad, como pasaré sobre todos los deberes divinos y humanos.

¡Ah! el gran señor, el noble caballero que te robó tu hija y te abandonó en la miseria, ha muerto ya, y ha escapado de mis manos; pero viven sus hijos... ¡sus hijos!... ¡Oh, yo los despedazaré, como el padre despedazó tu alma!

¡Y qué hermosa eras, madre mia,—dijo mirando el retrato encerrado en la cartera,—qué hermosa y qué apasionada!... Qué feliz debió ser ese hombre á quien tú amabas, y qué infame en abandonarte...

¿Y tu hija, tu Margarita, esa niña de cuyo

cuello pendia el blason de su padre, como una marca infame tallada en una rica piedra? ¡Qué hermosa debe ser tambien!... ¡Oh! ¡mejor!... ¡mucho mejor!...

Todo está completo, todo está previsto por ese hombre, y Dios pone estos papeles en mis manos... Dios, sí, porque si como Juez supremo se reserva el extender nuestro castigo hasta la quinta generacion, si los pecados de los padres caen sobre los hijos, yo no debo ser castigada, porque el odio que el padre me inspiraba lo hereden esos hijos malditos!...

Nada, nada ha olvidado, prosiguió, ni siquiera al pedir á Camilo que busque por sí á la niña, y que solo en un último caso apele á la publicidad...

Esto me explica que Alvarez guarde el mayor misterio en todo lo que concierne á Margarita...

Bien ¡qué importa! yo sabré encontrarla... si vuelvo á ver el medallon misterioso, sabré en donde está... ¡pero, y si la niña ha muerto y el medallon se ha vendido como una cosa inútil!... ¡Ah! ¡entonces,—dijo,—queda Camilo, y él pagará por los dos!...

Guardemos estas cartas; puede que un dia las arroje entre Camilo y Margarita, unidas á otra que yo, como hija de Margarita Medina,

escribiré: guardémoslo todo,—dijo, uniendo la acción á la palabra,—tengo en mis manos todos los resortes, y muy torpe habia de ser, si no lograra moverlos á mi voluntad.

Encerró la cartera en el cajon de un mueble, y poniéndose de pié ante su tocador, arrancó indolentemente la redecilla blanca que contenia sus hermosos cabellos; movió la cabeza con un movimiento lleno de gracia, como el ave que sacude sus alas en cuyas plumas tiemblan las gotas de rocío, y dejó flotar por su espalda aquella soberbia crencha, más brillante y ondulada que una madeja de seda.

Ajustó su bata de terciopelo negro forrado de raso de un color rojo-claro con un cinturon del mismo color, y pasando una cinta igual por debajo de sus cabellos flotantes, la anudó sencillamente sobre su cabeza.

Despues, temiendo que el contacto de aquellos papeles hiciese perder á sus manos su transparencia suave y perfumada, las lavó ligeramente, y fué á descorrer los pasadores de las puertas.

Nadie al verla habria creido que aquella mujer risueña, tranquila y hermosa, pensaba en otros planes que en los que pueden conducir á un placer, y es que se encubre muchas veces el volcan con las flores de las praderas, y el mal con las apariencias más encantadoras.

VIII.

Dé que no siempre sirve la táctica para ganar batallas.

Regina estuvo sola algunos momentos; Casimira apareció anunciando á Camilo Alvarez de Leon.

—Recoje esa red, cierra ese lavabo y deja caer un poco más esa cortina rosada; me incomoda el reflejo del sol.

—¿Pero has de recibirle aquí?—preguntó la vieja con la familiaridad que ya conocemos.

—¿Por qué no?—dijo Regina con una carcajada que interrumpió su exclamacion....—¡es amigo!...

—¡Qué contenta estás, hija mia,—dijo la vieja al oir la alegre risa de su dueña,—qué contenta y qué hermosa!...

—¡Vamos, vamos, Casimira, no me adules!

Dame aquel periódico, reanima un poco el fuego, y ya sabes que no estoy para nadie... ¿qué hora es?

—Las doce y media serán.

—Haz entrar aquí á ese caballero.

Regina extendió sus pequeños piés ante la llama en un almohadon, abrió la publicacion ilustrada que habia pedido, y se puso á contemplar sus grabados con indiferencia.

Camilo apareció y se detuvo un poco turbado.

—Mi querido amigo,—le dijo Regina tendiéndole la mano á la inglesa,—me he permitido tratarle con la confianza de un amigo antiguo, y le recibo aquí: ¿me perdonará esta libertad en gracia de la simpatía que me inspira?

—No solo la perdono, sino que la agradezco, pues con ella me honra.

Regina señaló á Camilo una silla, y este la ocupó despues de haber dejado el sombrero sobre un mueble.

—¡Oh! ¡cómo me olvida,—dijo Regina con una sonrisa pérfida que casi aturdió al jóven!—¡Yo creia que, solo en Madrid, sus primeros amigos tendrian el privilegio de verle más!

—¡Olvido! No, señora; á usted no puede olvidársela, cuando se ha tenido la dicha de verla una vez; pero he creido que podria molestarla,

abusando del permiso que me concedió de venir á verla.

—¡Dios mio, no! A mí me gusta hacer un poco el papel de protectora... usted, como nuevo en Madrid, necesita, no consejos, pero sí advertencias, y yo tendré el mayor gusto en encargarme de ello.

—Soy muy feliz en tener tan amable consejera, y la doy mil gracias.

—Veamos, qué ha conseguido usted en sus negocios...

—Bien poco, por desgracia, señora; sin conocer aquí, y habiendo perdido casi todos los documentos que podrian guiarme, no sé á dónde dirigir mis pasos.

—¿Por qué no hace usted publicar anuncios?...

—¡Ah, no! ¡Se trata de un secreto sagrado!

—Tiene usted razon: ¿y en la amistad es usted más afortunado que en los negocios?...

—¡Oh, sí! Tengo un amigo al cual quiero con todo mi corazon: él me acompaña á todas partes y me ayudará en mis pesquisas.

—¿Quién es?

—Amadeo de Osorno.

—¡Ah! el hijo de los marqueses de Costa-Rica, un gallardo y amable jóven, al que yo estimo mucho.

—Un corazon de oro,—dijo Camilo con calor.

—¡Sí en verdad! ¿Y conoce usted á su familia?

—Amadeo me ha hecho el honor de presentarme en su casa; conozco á sus padres y á su hermana.

—Láura de Osorno es bonita.

—¡Más que bonita es simpática, atractiva; es una niña preciosa!

—¿Veo que la hermana le inspira tanto interés como el hermano?—preguntó Regina mirándolo fijamente y con un ligero sarcasmo en el acento.

—Es una familia muy digna,—dijo Camilo,—á la cual debo mil atenciones.

—¿Sin duda por eso se olvidaba de mí?

—¡Ah, Regina! ¡De usted no puedo olvidarme nunca!

—Es que la amistad palidece ante el amor,—dijo ella con una leve inflexion de tristeza que hacia su voz más armoniosa, más insinuante.

—¡El amor!—exclamó con extrañeza Camilo,—¡el amor! ¡no comprendo!...

—Pudiera ser que esa *preciosa niña* se enamorara.

Camilo se quedó silencioso, como si no quisiera protestar ni afirmar, y al fin dijo sonriendo y como bromeando:

—¡Qué extraña idea!

—¿Por qué se admira tanto,—dijo Regina con voz ligeramente trémula y dulce como un suspiro,—por qué encuentra extraño el que esa niña le inspire amor?...

Inclinóse ligeramente hácia el lado en que estaba Camilo; su talle fino y flexible marcó así sus graciosas ondulaciones, bajo el terciopelo de su bata... la cabellera suelta, magnífica, ondulante, pareció obedecer su movimiento, cayendo como una cascada sobre su hombro, y arrollándose en su brazo.

Por entre el blanco encaje que bajo la bata entreabierta cubria el pecho de Regina, se veia el movimiento de una respiracion ardiente, como se vé á través de la espuma la palpitacion de la ola.

Sus ojos se humedecieron con un brillo extraño, y sus lábios, entreabiertos y rojos, parecian el pequeño cráter abrasado por un aliento de fuego.

Una de sus manos blanca y perfecta caia sobre el terciopelo negro, y destacaba brillantemente sobre aquel fondo oscuro; la otra sostenia su hermosa cabeza inclinada.

Camilo, sorprendido por aquella emocion tan hábilmente fingida, miró á Regina en silencio.

— ¡Ó es,—dijo ésta como siguiendo una con-

versacion, y con voz ya tranquila,—que en vuestro hermoso país ha dejado usted el corazon?...

—¡Oh! ¡Allí solo amaba á mi padre!... Muerta mi madre hace tres años, y enfermo mi padre desde entonces, la sociedad no ha existido para mí...

Regina se habia puesto muy pálida; pero siguió mirando á Camilo sin variar de postura.

—¿Es decir, que usted no ha amado?

—No.

—¿Y no cree tampoco amar?

—¡Ah! Perdone usted... Yo no he dicho...

—Pero ha extrañado usted el que yo lo suponga.

—Porque hoy no me pertenezco: si algun dia, terminada la mision que me encargó mi padre, mi corazon se interesa por una mujer, la haré mi esposa y procuraré hacerla feliz.

—¡Ah! ¿Y si la mujer que despertara ese corazon no pudiera ser su esposa?

—Entonces renunciaria á ella.

—¿Es decir, que el amor como pasion no existe para usted? ¿Que hace de ese sentimiento una costumbre, una necesidad de la vida social, una especie de cinta con la cual se forma el lazo de la familia, pero que tanto dá que sea verde como rojo!

—Al contrario, admitiendo la metáfora, no

me es lo mismo que sea de un color ú otro, sino que quiero que sea como debe ser.

—¿A qué llama usted *deber*, en las cuestiones de amor?

—El deber es igual en todas las cuestiones, Regina; él es siempre el límite que separa el bien del mal; la razon de la locura.

—¿Usted cree que el que ama conserva el poder de juzgar si es bueno ó malo su amor?

—¿Por qué no! El amor es un sentimiento, y los sentimientos caben en la razon.

Regina, incorporándose con un brusco movimiento de impaciencia, apoyó sus piés, graciosamente cruzados, sobre el almohadon, sin cuidarse de ocultarlos.

Camilo, absorto por aquel despecho que no se explicaba, guardó silencio y contempló con asombro aquellos bonitos piés, encerrados en zapatitos de raso, y cubiertos por una media de batista tan fina, que, no logrando ocultar las venas azules que le cruzaban, hacian que aquel pié pareciese escultado en un bloque de mármol blanco con vetas oscuras.

—¿He ofendido á usted?--preguntó el americano.

—No: ¿por qué? ¡Si yo no hablaba de mí!... Yo creo, como usted, que el amor se contiene en ese cauce que se llama razon; pero para conseguir ese triunfo se sufre tanto, tanto, que

no todos tienen valor para aceptar esa lucha.

—¿Usted ha sufrido?—preguntó Camilo sencillamente.

Regina se puso muy pálida; pareció dudar, y al fin contestó con una voz que la desmentía:

—No.

—¡Ah, perdon! Yo no he debido preguntarla... Bien veo que he sido indiscreto; pero ¿cómo usted, tan hermosa, tan digna de ser amada, ha sufrido por amor?

Regina se levantó bruscamente y dió algunos pasos; pasó su mano por entre los cabellos sueltos, y luego la llevó á su frente, yendo á apoyarse contra el cristal del balcon.

Algunos minutos permaneció así, y luego volvió sonriendo al lado de Camilo.

—Perdon, amigo mio,—le dijo dulcemente;—hay heridas en el alma que no se pueden tocar. Despues, como dominando por completo su emocion, dijo:

—Hablemos de usted.

Y con una ligereza que, despues de su dolor, parecia bella como un rayo de sol despues de una tempestad, dijo sonriendo:

—¿No es verdad que la vida de Madrid es muy grata? Sus fiestas, su instabilidad para todo lo que es sentimiento, hacen que la vida pase ligera, sin grabar esa huella profunda

que permanece visible á nuestros recuerdos.

—Sí, esto es muy agradable, sobre todo para los espíritus serenos; á los que están tristes como yo nos produce una especie de vértigo doloroso: esta soledad, en medio de la multitud, pesa sobre el alma.

—Pues, mi querida amiga,—dijo Regina al ver que Camilo se ponía de pié para retirarse,—cuando quiera hallar un corazón que comparta su tristeza, ya sabe dónde lo encontrará.

—Gracias, no lo olvidaré.

—Todos los días á esta hora estoy sola y puede verme.

Camilo se inclinó, estrechó la mano de Regina y salió.

—¡Ah!—murmuró ésta al verse sola;—me has vencido, puesto que me has visto indiferente, cuando otro hombre hubiera caído loco á mis pies... ¡No importa!... Nada se ha perdido, y lo que has visto es bastante para impresionarte. ¡Oh! Yo no quiero enamorarle, porque le odio demasiado para poder fingirle amor; pero quiero conocer lo que hace y lo que piensa, quiero ser una influencia para él, ¡y... ¡por Dios! que lo seré!...

IX.

De cómo una palabra dicha al acaso suele ser como la semilla que lleva el viento.

Camilo, preocupado é inquieto, al salir de casa de Regina se fué á buscar á su amigo Amadeo.

Las palabras de aquella hermosa mujer, sus actitudes, las sensaciones que él habia visto reflejarse en aquel rostro movible y expresivo, como se refleja una nube en el agua de un lago, aquel dolor que no habia podido ocultar, aquella amargura descubierta en un momento, y vencida en otro, flotaban sobre el cerebro del jóven, inspirándole mil distintas ideas, aturdiéndole con encontradas impresiones.

Y como el corazon es expansivo en sus primeros sentimientos; como los pensamientos rebosan de nuestros labios en esa edad del entusias-

mo y la confianza, cual una ebullicion misteriosa del espíritu al verterse sobre la estrecha copa de vida, hé aquí que Camilo tenia necesidad de hallar una persona querida á quien confiar cuanto acababa de sentir.

Conocido ya en la casa del jóven Osorno como su amigo íntimo, fué introducido en su cuarto, en tanto que avisaban á Amadeo, que estaba en aquel momento en el jardin.

Desde los balcones del cuarto de Amadeo se veia este, y Camilo, abriendo uno de ellos, se apoyó en el barandal, dejando vagar sus miradas por los bonitos cuadros de flores que ante su vista se ofrecian.

Bien pronto una alegre risa que resonó en el jardin como el gorjeo de un pajarillo, llamó su atencion, y buscó con la vista á la persona que reia.

Por entre las flotantes hojas descubrió los pliegues de un traje rosado que ondulaba ligeramente.

No veia más, pero aquel traje semejaba una de las nubes de rosa de la mañana, que hubiese bajado á la tierra para besar las flores.

Despues, sobre un talle graciosamente inclinado, vió dos hermosas trenzas negras, y al fin, el rostro fino y espiritual de Láura, animado con el reflejo de la dicha.

Huyendo de su hermano la linda niña corría con las manos llenas de flores, y Amadeo, esperándola oculto en un macizo de lilas la cogió en sus brazos y cubrió su frente de apasionados besos.

Camilo los veía conmovido; él acababa de perder á su padre, su única familia, y no sabia lo que habria sido de aquella hermana que su padre le habia encargado buscar, para amarla y protegerla.

Los ojos del americano se humedecieron, y siguió contemplando con ternura el gracioso grupo del jardin.

Entonces aquella palabra de Regina dicha al azar y de cualquier modo, volvió con fuerza á su memoria.

En todas las cosas, en todos los sentimientos, la primera idea es la que decide: sin duda que el gérmen duerme en nuestro ser, pero necesita esa palabra encantada, que ha de abrir, como Sésamo, las puertas de lo desconocido.

Es la chispa necesaria para la explosion, y muchas veces, casi siempre, esa palabra brota de labios indiferentes, que no saben el valor de lo que dicen.

Es la semilla que arroja el viento al acaso, y que oculta en la tierra germina y florece.

Las palabras de Regina: «esa preciosa niña

puede enamorarle, vibraban no ya en los oídos sino en el alma de Camilo, con una misteriosa armonía llena de promesas y de esperanzas.

Su corazón sintió esa ráfaga purísima que produce en él una dulce sensación de frescura, y que inicia su florecencia, como las ráfagas húmedas de la primavera la de los campos.

Algo nuevo, algo desconocido despertaba en su alma; lo sentía sin comprenderlo: su pensamiento se agitaba como se agita la mariposa, para romper los velos de la crisálida.

Cuando sumido en esta especie de éxtasis se olvidaba hasta del sitio en que estaba, oyó la alegre voz de Amadeo que le gritaba desde el jardín:

—¡Eh! ¡Camilo! ¡eres tú! ¿Quieres bajar aquí ó subo á acompañarte?

—Bajaré,—le dijo Camilo desapareciendo del balcón.

Un momento despues se reunia á su amigo, que le decia alegremente:

—Láura huye de tí.

Camilo enrojeció y preguntó con voz balbuciente:

—¿De mí? ¿Por qué?

—Son bromas de mi hermano,—dijo la graciosa niña ruborizándose tambien,—me iba para hacer un ramillete.

—Hazle aquí,—dijo Amadeo,—ó si te vas no te marches sin darnos antes una flor á Camilo y á mí...

Camilo parecia tímido y turbado como si hubiesen de leer en su frente los pensamientos que acababan de agitarle.

Láura, con una encantadora sencillez, presentó las flores para que eligiesen.

—¡Oh no!—dijo Amadeo,—no sirve esto, señorita. El presente ha de venir de su mano!

Camilo nada decia, pero contéplaba con una especie de éxtasis la carita ligeramente morena de Láura, embellecida entonces por las tintas de rosa del rubor, nubecillas preciosas del alba de la vida, é iluminada por sus hermosos ojos negros, más brillantes que nunca.

La amable niña unió algunas violetas en dos pequeños ramos, y presentó uno á Camilo y otro á su hermano, sonriendo con adorable candor.

—Gracias,—murmuró Camilo conservando el ramo en la mano.

En cuanto á Amadeo asió la linda mano que le ofrecia las violetas, y rodeando el talle de su hermana con sus dos brazos, besó sus labios, tan rojos y tan frescos como una fresa madura.

—¡Loco!—murmuró la niña, procurando desasirse.

—Bésame tú; no te dejoir sin que me des un beso.

Láura, confusa, intentó escapar, pero al ver que su hermano la vencía, levantó la cabeza, y posó sus labios en los labios de Amadeo, diciéndole:

—Toma, y déjame en paz.

Camilo estaba muy pálido; las caricias de los dos hermanos hacían un efecto singular sobre aquella organización delicada, tan ajená á las sensaciones de la juventud.

Amadeo dejó al fin á su hermana, que saludando graciosamente, se alejó hácia la casa donde en breve desapareció.

—¿No es verdad que mi hermana es encantadora?—preguntó Amadeo á su amigo.

—Sí,—contestó este, dominando un estremecimiento nervioso que hacía insegura su voz.

—¿Pero qué es lo que tienes? ¿estás triste?

—Me he acordado al veros de lo que habrá sido de mi pobre hermana, de esa hermana que cada día creo más difícil hallar!...

—Perdóname si te he dado un mal rato.

—¡Oh, no!

—En cambio te propongo un paseo á caballo: ¿aceptas?

—Con mucho gusto.

—Charlaremos durante el paseo y olvidarás esa idea.

—No es una sola la que me hace sufrir.

—¡Las olvidarás todas, pues!... Ven á sa-

ludar á mamá, y en segunda diré que arreglen los caballos.

Camilo colocó en el ojal de la levita el pequeño ramo de violetas, y siguió á su amigo hablando de cosas indiferentes.

X.

En que se prueba que el corazon de un hombre puede muy bien fluctuar entre dos mujeres.

Cuando Amadeo y Camilo bajaron á tomar sus caballos, ya esperaba á la puerta el coche en que la marquesa y su hija debian ir al paseo á que los jóvenes iban.

Camilo, sin darse cuenta de ello, se alegró de volver á ver á Láura, y ya olvidadas sus tristes reflexiones, se ocupó en preguntar á su amigo quién era cada una de las hermosas mujeres que ya á pié, ya en coche pasaban á su lado.

Tan cerca del sitio por donde ellos iban, que tuvieron que hacer retroceder los caballos, pasó un coche en que una mujer, elegantemente vestida, iba sola, y casi recostada, con una indolencia graciosa y atrevida.

La dama volvió la cabeza al pasar junto á los jóvenes, y ambos se inclinaron gravemente devolviéndoles su saludo.

Era Regina.

El coche rodaba rápidamente, y Camilo, sin pensar lo que hacia, avivó el paso de su caballo.

Amadeo le siguió sin preguntar la causa, y en breve el carruaje, dando la vuelta, dejó ver de frente á su dueña.

La mirada de Regina impregnada de ternura, fué á posarse en Camilo, mientras una sonrisa imperceptible movia sus lábios, como mueve una ligera brisa las hojas de una flor.

Camilo, turbado, sintió arder su frente, y le pareció que una oleada ardiente flotaba en todo su ser.

La hermosura de Regina nada perdía vista de cerca á las tres de la tarde; al contrario, aumentaba en atractivos.

Regina vestía de negro: un lazo azul en el pecho, y un sombrerito de terciopelo azul, que no ocultaba sus hermosos cabellos, eran el único adorno de su belleza, y esa misma sencillez la hacía brillar.

Tantas veces como el coche de Regina en una rápida vuelta la hacia hallarse frente á frente de los dos amigos, su mirada, como siguiendo un im-

pulso extraño, buscaba á Camilo, produciendo en el sencillo jóven una confusion extrema.

—¡Oh! ¡cómo te mira Regina,—dijo Amadeo bromeando;—¿habrás conquistado su corazon?

—¡Qué idea! Regina es casada.

—Tiene mucho de problemático ese marido á quien nadie ha visto, y que tan poca falta hace.

—¿Por qué dices que es problemático ese marido?—preguntó con curiosidad Camilo.

—Yo hace poco que conozco á Regina, querido mio; pero he oido decir algo que no la favorece mucho.

—Dímelo.

—Hace algunos meses tenia yo una gran tristeza, y los amigos del *Club*, que tú conoces, para distraerme y disiparla, me propusieron llevarme á casa de esa mujer, muy de moda y muy admirada; pero á la cual yo no estrecharia la mano en público, ni permitiria á mi hermana que la saludase.

—¿Segun eso, sabes algo contra ella?

—Yo no puedo afirmar nada, ella se presenta bien; pero su sociedad, su trato, esa soledad en que vive, todo hace pensar que sean ciertos los rumores que acerca de ella circulan.

—¿Y qué dicen?—insistió Camilo.

—Parece que te interesa,—dijo riendo Amadeo,—yo no te respondo de nada; pero aseguran

que ese marido no existe, y que todo ese lujo se sostiene con algunas aventuras galantes.

—¿Y tú lo crees?

—¡Eh! ¡qué sé yo!

—¡Pero á su casa van personas notables!

—Van hombres, y eso nada significa; los hombres vamos á todas partes; pero no tiene ni una amiga... en fin, puede que sean murmuraciones.

—Qué lástima!—dijo Camilo mirando á Regina que en aquel momento pasaba.

—¡Bah! ¡qué te importa!

—¡Es tan hermosa!

—¡Tanto mejor!...

—Dime, Amadeo, ¿le has hecho tú la corte alguna vez?

—No, jamás. ¿Por qué?

—Porque desearia saber cómo te habia escuchado.

—¿Piensas tú emprender su conquista?

—No,—contestó algo turbado Camilo.

—Pues yo tengo en el corazon el recuerdo de una mujer, que me defiende de todos los amores.

—¿Quién es esa mujer?

—Tú no la conoces.

—No importa: dime su nombre.

—Se llama Margarita.

—¡Margarita! ¡Así debe llamarse mi hermana Y dónde está?

—En un colegio de Londres,—dijo con pena Amadeo, y mirando á un coche que avanzaba:—allí viene Laura!—gritó.

Amadeo señaló á un *landó* abierto ocupado por su madre y su hermana.

La casta y poética figura de Laura aparecía más bella junto á la grave y noble de su madre.

Al pasar junto á los jóvenes saludaron con la mano, y siguieron al paso, como esperando que se acercasen.

Lo hicieron así, y rogados por la marquesa á subir con ellas, entregaron los caballos al criado que los seguía, y ocuparon los asientos vacíos del *landó*.

Una impresion de alegría se reflejó en el semblante de Laura; su *cútis aterciopelado*, como lo es generalmente el de todas las mujeres morenas, se hizo trasparente con aquella oleada de carmin que parecia un crespon rosado extendido sobre él.

Camilo la contemplaba con delirio, en tanto que en el fondo de su corazon se alzaba, como una Nereida del espíritu, sobre el inquieto oleaje de sus sensaciones, la imágen de Regina.

Lo que acababa de saber de ella hacia más

viva esta impresion; pues un deseo que aparece de fácil realizacion invita á alcanzarle, como un camino llano y florido á seguir adelante.

El empeño no nace jamás con la sensacion; él llega despues, como una consecuencia natural y lógica del orgullo humano, que toma parte en la accion, pero de ningun modo como la causa misma.

Camilo, al dar los primeros pasos en ese mundo moral cuya fuerza motora se llama passion, se hallaba con dos impresiones distintas é igualmente poderosas.

Laura, con su figura inocente y dulce, le inspiraba un sentimiento vago, indeterminado, como esas brumas inciertas que envuelven en velos de oro los primeros fulgores del alba.

Al contemplarla, al ver aquella frente que enrojecia y palidecia á la más leve emocion, el corazon de Camilo se dilataba en una sensacion de frescura y encanto tan pura, tan nueva, como si un aura de cielo viniese á acariciarle.

Ante el recuerdo candente de Regina, su corazon sentia una sensacion amarga y penosa, pero que le dominaba, como nos domina un dolor punzante y rápido. No hubiera podido afirmarse, sin embargo, que amase á ninguna de las dos: era la primera flotacion misteriosa de esas voluptuosidades de los sentidos cuando despier-

tan á la vida de las sensaciones; era la fluctuacion del deseo, la iniciacion de un anhelo del alma que llega á ser poderoso; el presentimiento de una sed que pocas veces sácia el corazon.

Era la embriaguez que sentimos al tocar por vez primera los bordes de esa copa encantada en la cual creemos que se nos guarda el néctar santo de la felicidad.

La marquesa de Costa-Rica, deferente y amable para con el amigo de su hijo, comenzó á hablar con Camilo de América, en donde habia estado, cuando jóven, con su padre, que ocupó en el gobierno de la rica antilla un alto puesto, y á lamentar los estragos que ha hecho en aquel hermoso país la triste guerra que le aniquila.

En cuanto á Regina, al ver á Camilo en conversacion con la marquesa, y sin ocuparse de ella, no sabemos si por cálculo ó por cansancio, abandonó el paseo para volver á su casa.

XI.

De cómo los recuerdos de amor deben ocultarse cuidadosamente.

Regina, desde el día en que la vimos recibir la visita de Camilo, después de leer los papeles de la misteriosa cartera, no había vuelto á ver al americano *tete á tete*, como dicen los franceses.

Le había visto en el teatro, en el paseo de la Fuente Castellana, y siempre sus miradas, impregnadas de tristeza, pero como obedeciendo á un magnetismo extraño, habían ido á buscarle.

El jóven, sin explicarse por qué, tuvo miedo y dejó de frecuentar la casa de una mujer que era demasiado bella para no impresionar fuertemente.

Lo que habia oido á Amadeo acerca de su dudosa historia le hacia temer más, pues en esa edad no se comprenden las profanaciones del corazón.

Un martes, Amadeo, que acompañaba á su amigo, recordando que era el día de recepcion para Regina, le propuso ir á pasar algunas horas á la calle del Barco.

Camilo, temiendo que su amigo sospechase el motivo de su negativa, aceptó, y ambos se dirigieron charlando y riendo á casa de su linda amiga.

Serian las diez de la noche cuando los dos jóvenes entraban en el saloncito de Regina, lleno ya de ese mundo abigarrado y extraño que rodea siempre á ciertas mujeres.

Regina hablaba con uno de sus adictos, cuando vió á Osorno y Alvarez dirigirse á saludarla.

Una rápida chispa de alegría brilló en sus ojos, y se apresuró á recibirlos con una amable sonrisa, dándoles algunas bromas por sus largas ausencias.

Camilo murmuró una disculpa, y Amadeo, más sereno, más hombre de mundo, la dirigió algunas galanterías, en respuesta de sus quejas. Regina estaba satisfecha: la turbacion de Camilo le habia explicado aquella larga ausencia

que tanto la preocupaba; pues sin su intimidación, sin conocer lo que hacía, le era más difícil realizar sus planes.

Es verdad que contaba siempre con Luciano; pero Camilo, por una extraña intuición, no tenía en su compañero de viaje la menor confianza.

Pero Regina no se desalentaba: como el general experimentado que, ante la primera derrota, cambia de táctica, ella pensaba emplear otros medios para atraerle y dominar su voluntad, único empeño que por entonces tenía.

Poniendo, pues, en práctica uno de esos medios vulgares hasta lo sumo, pero de infalibles resultados, decidió excitar el amor propio de Camilo con su indiferencia, y eligió para que le ayudase en su empresa un coronel que parecía tener más de fátuo que de enamorado.

Correspondiendo á las trasnochadas finezas de aquel tonto envuelto en un uniforme, Regina tomó su brazo y pareció ocuparse con preferencia de él.

Camilo jugaba, invitado por Luciano, el cual quería enseñarle lo que ignoraba, para cumplir, según decía, con las obras de misericordia; y aunque vió á Regina distinguir al coronel, que paseaba miradas orgullosas sobre aquella multitud, como si quisiera parodiar el *llegar, ver y*

vencer de César, nada dijo ni hizo que probara á Regina el haber acertado con el arma elegida para herirle. Recordó vagamente aquel dolor que la hermosa mujer le habia dejado conocer el dia que la visitó, y creyó que acaso en aquella revelacion interrumpida se aludiera á aquel hombre... aunque, á decir verdad, Camilo no se explicaba cómo puede un nécio inspirar amor.

Sin preocuparse del problema, siguió jugando y perdiendo con el mismo donaire y desprendimiento que un inglés que se fastidia.

Regina, viendo el poco resultado de su estrategia, se cansó de oir las rancias galanterías del militar; y separándose de su lado con un pretexto de ama de casa, se acercó á Amadeo y le invitó á que tocase algo en el piano.

—Con mucho gusto,—dijo éste,—si usted me promete que la oigamos cantar.

—Es decir, que se niega á complacerme graciosamente; en ese caso, lo prometo.

Amadeo la ofreció el brazo para conducirla al piano, y ella le aceptó sonriendo, como si estuviera segura de que seria oida con gusto.

—Me acompañará usted,—dijo á Amadeo.

—Con el mayor placer; solo siento que el acompañamiento haga perder al canto.

—¡Oh, no!—dijo Regina buscando entre los papeles de música, y eligiendo un trozo de Be-

llini, —probemos este ária de la *Sonámbula*.

Amadeo ejecutó un preludio en el piano, y comenzó los primeros compases de esa sencilla y delicada jerga artística, cuya armonía, cual si partiera del alma, al alma llega.

Regina, ya lo hemos dicho, tenía una dulce y delicada voz, que se adaptaba de un modo admirable á las notas llenas de tierno sentimiento y de suave ingenuidad, con que revela Amina los suspiros y los sueños de su alma.

Apenas Regina moduló las primeras notas de ese bellísimo canto, cuantos formaban su sociedad se dispusieron á escuchar suspendiéndose todas las conversaciones, y volviendo al salon los que le habian abandonado.

Camilo fué el primero que prestó atencion á los acordes dulcísimos del ária, pues si la música tenía siempre para él atractivos, interpretada por una linda mujer, cuya voz por sí sola era una preciosa armonía, aquel encanto llegaba á ser irresistible.

Regina seguia cantando en medio del mayor silencio; al ir á volver una hoja, Amadeo, que habia intentado lo mismo, hizo caer el papel y, como para reparar su torpeza, se apresuró á cogerlo, en tanto que su mano izquierda seguia recorriendo el teclado.

El movimiento que Amadeo hizo fué, sin duda,

algo violento, porque la doble cadena de su reloj saltó de un lado, y dejó descubierto un medallón de extraña forma, que Amadeo se apresuró á guardar en su bolsillo.

Pero aquel instante bastó para que Regina le viese, y su emocion fué tan grande, que tuvo que dominarse mucho para no dar un grito.

A pesar de todo el poder de su voluntad, no pudo impedirse el palidecer, y tomando hábilmente un pretexto en lo sucedido, murmuró:

—¡Ah! ¡Me ha asustado usted! ¡Ya no sé por dónde iba, no puedo continuar!...

—Perdone usted mi torpeza, —dijo Amadeo, — y empecemos de nuevo.

—¡Oh, no!...

Una salva de aplausos interrumpió á Regina, y algunos amigos la suplicaron que siguiese.

Repuesta ya, y mujer de mundo ante todo, accedió y volvió á empezar su canto, terminándole sin interrupcion alguna.

Apenas hubo acabado, cuando resonaban aun los bravos en el salón, pidió á Amadeo que la acompañase al tocador donde iba á componer el desórden de su peinado.

Cuando llegó al gabinete que ya conocemos, dijo al jóven Osorno que le daba el brazo:

—Descansemos un poco aquí; ¿no es verdad que fatiga el movimiento de una sociedad?

Amadeo que hallaba encantadora aquella soledad, convino en ello, y comenzó á dirigirle sus cumplimientos por la preciosa voz y el notable estilo de canto que le habia dejado admirar.

XII.

De cómo es todavía más expuesto contestar á ciertas preguntas que conservar mal ocultos los recuerdos de amor.

Regina escuchó sonriendo á Amadeo, y al fin, cuando las galanterías fueron cesando, ella fué llevando la conversacion al terreno de lo útil, es decir, allí donde deseaba.

—Amigo mio,—dijo dando á su voz la mayor cantidad posible de naturalidad, —yo soy entusiasta por todo lo antiguo, que por otra parte hoy está de moda, y lo busco sin descanso, sobre todo en joyería; ¿quiere usted decirme dónde ha adquirido ese precioso medallon que le he visto al recoger la música?

Amadeo, turbado por aquella pregunta, no supo qué contestar.

—¿Quiere usted dejármelo ver?—prosiguió Regina viendo que el jóven guardaba silencio.

¡Cómo negarse al ruego de una mujer que lo recibía en su casa!...

Amadeo comprendió que esto no era posible, y además, una prenda puede mostrarse sin que ella revele nada.

Regina contaba con esto al formular su pregunta, pues, en su cualidad de mujer, solo presentaba una batalla cuando estaba segura del éxito.

—Con mucho gusto,—murmuró Amadeo, entregando á Regina el medallon que desprendió de su cadena.

Regina le tomó sonriendo: ella abusaba, y lo sabía, de su situación, pero aceptaba la ocasión tal cual la suerte se la presentaba.

A pesar de su valor, Regina tembló ligeramente al tener el medallon en sus manos.

—¡Ah! ¡qué lindo es!—murmuró en tanto que le devoraba con los ojos: qué extraño escudo... ¿es acaso el de usted?

—No, señora.

—¡Ah comprendo! Será adquirido ahora por su mérito artístico, y no recuerdo de familia?...

—dijo volviéndolo en todos sentidos:—¡ah! ¡qué dice aquí? *Mauricio*. ¿Acaso es el nombre de alguno de sus abuelos á quien perteneció?

Amadeo, impaciente ante aquella insistencia que no sabia esplicarse, contestó con algo de frialdad:

—No ha pertenecido á ninguna persona de mi familia.

—Entonces yo le ruego que me diga dónde le ha adquirido, es una preciosidad...

—No puedo ofrecérselo á usted, y lo siento con todo mi corazon; pero es un recuerdo sagrado para mí.

—¡Ah! ¡comprendo!... ¡Algun recuerdo de amor!—dijo Regina riendo.

Amadeo sintió que enrojecia hasta la raiz de los cabellos; quiso eludir la pregunta de Regina, pero ella le miraba sonriendo, con esa sonrisa páfida que hace arder nuestra sangre, porque parece que se nos burla, y queriendo huir de aquel ridículo que adivinaba, ó acaso por ese secreto placer que sentimos en hablar de un sér querido, se apresuró á contestar:

—¡Oh no! ¡recuerdo de amistad, de cariño fraternal, más bien!... Es de una mujer á quien he llamado mi hermana, y á la cual profeso el mismo cariño que si lo fuera.

—¡Ah! ¡de la hermosa Margarita! De esa niña cuya ausencia entristece tanto á la preciosa Láura.

—Sí,—contestó Amadeo, oyendo con disgusto

en boca de Regina los nombres para él sagrados de Láura y Margarita.

—Y ¿cuándo vuelve la hermosa rubia? porque segun creo es rubia como una Vénus, esa linda amiga de quien guarda usted tan cuidadosamente el recuerdo.

—No lo sé, señora,—contestó ya con acento un tanto brusco Amadeo, que no comprendia por qué le fatigaba Regina con aquellas preguntas;—cuando mis padres, que dirigen su educacion, crean conveniente sacarla del colegio!...

—Mi querido amigo,—dijo alegremente Regina,—le devuelvo su precioso medallon y le doy gracias por su amabilidad en mostrármelo.

—Vuelvo á decir á usted cuánto siento no poder ofrecérselo.

—¡Oh! ¡Mil gracias!... Yo no lo podria aceptar!...

Se levantó y se aproximó al espejo.

Arregló ligeramente los vaporosos rizos de su peinado, ahuecó los pliegues de su falda, y volviéndose á Amadeo, le dijo con visible embarazo, tomando su brazo para volver al salon:

—Téngo que pedir á usted un favor...

—Tendré el mayor placer en complacerla.

—Mañana, á las dos, ¿podrá usted venir á verme?

—¡Mañana! Tengo pensado ir un par de dias

con Camilo al Escorial; pero si usted lo desea, le rogaré que aplace su proyectado viaje.

—¡Oh, no!—dijo Regina con visible alegría,—despues, á su vuelta, quiero que vea unos cuadros que he comprado; pero no tengo prisa.

—En ese caso, el sábado próximo me tendrá usted á su disposicion.

—Mil gracias, y volvamos, que ya debe notarse nuestra ausencia.

Camilo, en efecto, buscaba á Amadeo para retirarse, y al verlo entrar con Regina se aproximó á él.

—¿Nos vamos?—le preguntó en voz baja.

—Cuando quieras,—dijo este.

—¡Ah, Camilo!—dijo Regina con alegre acento,—no le basta á usted el retirarse solo, sino que quiere llevárase á Osorno.

—Señora...—murmuró Camilo confuso.

—Eso puede llamarse egoismo ó ingratitud.

—Ni una cosa ni otra.

—¿Me negará usted que se aburre aquí?

—Sí, señora:—niego ese mal pensamiento, que siento haber inspirado.

—Entonces,—dijo Regina imitando en su acento una dulce tristeza:—¿por qué no viene?

—Crea usted que no tengo un momento mio; pero yo procuraré alcanzar el perdon de mi falta.

—Y yo me apresuraré á concedérselo, en gracia siquiera á su buena voluntad.

Camilo estrechó su mano para despedirse, y salió con Amadeo.

—Camilo,—dijo este al subir á su berlina,—¿qué te ha dicho Regina cuando te hablaba ahora?

—Que vengo poco, y que esto prueba que me fastidio aquí.

—¿Nada más?

—Nada más; ¿por qué?

—Porque creí que te habia dado una cita...

—No: ¿acaso te ha citado á tí?

—Me ha dicho que venga á ver unos cuadros.

—Para eso sin duda te llevó á su gabinete,—preguntó sonriendo Camilo.

—No; fué á componerse el peinado y me ha hecho una porcion de preguntas indiferentes, y hasta necias, pues yo no sé qué diablos tuviera que ver en ello!

El coche de Amadeo llegaba en este momento á la puerta del *Hotel* en que habitaba Camilo.

—Mañana, ¿vamos por fin al Escorial?—preguntó Amadeo.

—Por mi parte éstooy dispuesto.

—¿Entonces hasta mañana!...

XIII.

De cómo la buena fé suele ponerse, con la mejor voluntad, al servicio de la infamia.

Regina, al día siguiente de su precioso descubrimiento, se levantó muy temprano. Hubiera podido asegurarse que no habia dormido, segun la expresion de fatiga y cansancio que se notaba en todo su sér.

Apenas se levantó, llamó, y preguntó por Casimira.

Le dijeron que no habia vuelto aún, y ordenó que fuese á verla en el momento de llegar.

Despues, se peinó por sí misma, de una manera modesta y sencilla, se vistió con un traje negro de cachimir, arregló una porcion de papeles que puso en su bolsillo, y volvió á llamar preguntando por Casimira.

—En este momento acaba de llegar,—le dijeron.

—Que venga ahora mismo.

Casimira entró.

Llevaba puesta aún la mantilla, y sin poder hablar, según estaba de fatigada, sentóse en una butaca.

—¿Qué hay?—preguntó Regina.

—Todo está arreglado.

—La casa es pobre, modesta...

—Tan modesta y tan pobre, que no respondo de poder ir á ella dos veces al día, pues tiene cien escalones.

—¿No importa! ¿Y los muebles?

—Todo en su lugar, y todo muy arreglado.

—Está bien; yo no sé cuándo la casa podrá servir; pero ¿quién sabe? pudiera ser que hoy mismo... En fin, en todo caso, si me entregan á Margarita, necesito una casa donde llevarla, y necesito una persona que la acompañe; ¿tú lo serás?

—¿Yo! ¿pero has pensado, hija mia?...

—En todo. Yo, como hermana, la reclamo; y luego, luego... ¿que la busquen!...

—¿Y para qué quieres tú ese cuidado de niña? ¡Déjala en donde esté!...

—¡Oh, no! ¡es mia! Me corresponde por derecho.

—¿Y por qué no la traes contigo?

—Por razones que ahora no puedes saber; vamos, mi buena Casimira, haz que me den de almorzar, y almuerza tú, tenemos que salir.

Casimira salió y Regina volvió á quedar sola.

La alegría que al tocar por fin la realizacion de sus deseos debia sentir, daba un brillo extraño á sus ojos, y su boca, más que por una sonrisa, se plegaba en una contraccion.

Sin embargo, aquella voluntad fuerte dominó la emocion que sentia, y Regina almorzó tranquila é indiferente, envolviéndose despues en un gran manto de luto, y esperando á Casimira.

—Adelante,—le dijo cuando la vió,—y haz venir un coche de alquiler: si alguno de mis amigos me viera así, se empeñaria en saber á dónde voy.

La vieja obedeció, y Regina bajó poco despues para subir con ella á una berlina.

Llevaba el rostro cubierto con el velo de gasa, y tanto esto, como su peinado y su vestido, la hubiera hecho desconocida aún á sus más íntimos amigos.

—Ten cuidado,—dijo á la vieja en el coche,—yo me llamo Manuela Gomez, y tú Catalina Medina, y eres mi tia.

—En realidad, Manuela es tu primer nombre.

—Ten cuidado de no olvidarlo.

—No lo olvidaré.

El coche se detuvo donde Regina habia dicho, y ambas mujeres saltaron al suelo.

La vieja pagó al cochero, y siguió á Regina que mirando los números iba andando lentamente.

—Aquí es,—dijo entrando.

—Los señores marqueses de Costa-Rica,—preguntó con voz humilde al portero,—¿viven en el principal?

—Sí, señora.

—¿Y estarán en la casa?

—Creo que sí.

—Gracias,—dijo Regina subiendo.

Llamó con mano segura y preguntó por la marquesa.

—No sé si la podrá ver,—dijo el criado dudando ante el aspecto pobre de Regina.

—Esperaré,—dijo ella á que le lleve usted mi tarjeta.

—Y en una tarjeta que decia *Manuela Gomez*, escribió con lápiz: «Para hablar de la niña Margarita.»

El criado tomó la tarjeta y la llevó á su señora, volviendo poco despues á conducir á Regina á un pequeño salon.

La seguridad que esta tenia de que el jóven

Amadeo no estaba en la casa, le daba más aplomo, y más seguridad.

La marquesa de Costa-Rica, vestida de negro, algo sorprendida al parecer de la extraña visita que se le anunciaba, entró en el salón.

Regina y Casimira se pusieron de pie y saludaron modestamente.

La marquesa les rogó que tomaran asiento y le tomó á su vez.

—Aunque no comprendo,—dijo,—á qué propósito quiere usted hablarme de Margarita, creo que, atendiendo á que es huérfana, y usted puede saber algo de su familia, debo escucharla.

—Gracias, señora, por tanta bondad,—dijo tímidamente Regina;—yo soy hermana de Margarita, y vengo á reclamarla, cumpliendo la última voluntad de nuestra madre.

—¡Hermana!...

—Hermana, señora,—dijo Regina echando atrás su velo.

—¡Ah, sí!—dijo la marquesa;—debe ser verdad, porque usted se la parece de una manera extraña.

—De una manera natural, puesto que tenemos una misma madre.

—Tiene usted razon: yo me he equivocado al calificar de extraña la semejanza; pero Margarita era una hija perdida, no conocia á su familia.

—Esa es una historia larga y triste, señora; pero las pruebas que acreditan lo que digo, están aquí.

—Tenga usted la bondad de esperar un momento,—dijo la marquesa;—voy á avisar á mi esposo.

Doña Elvira de Velasco y de Mendoza, marquesa de Costa-Rica, tenia un corazon excelente y una sencillez tan impropia de su edad, que la hacia creerse incapaz de decidir por su propio criterio en ninguna cuestion difícil.

Era una de esas almas puras, de esos corazones delicados que, apoyándose en la obediencia á sus padres primero, y en la obediencia á su marido despues, pierden la costumbre de tener voluntad, y se dejan guiar con esa confianza santa de la verdad, que de nada duda.

Séres á quienes preserva su misma ternura del contacto de los dolores y los desengaños; séres felices que nacen y mueren al abrigo del cariño que inspiran, como la flor á quien el cristal de la estufa preserva del contacto exterior, para hacer más larga y más bella su vida.

Cuando la marquesa salió, Regina fijó la vista en los cuadros que adornaban el salon. Eran retratos de familia, y entre ellos estaba la señora con quien acababa de hablar y su hija Laura. Regina fijó en este retrato una mirada de odio.

—Hé aquí,—dijo,—una niña que nada tiene de hermosa, que acaso vale tan poco en lo moral como en lo físico, y que, sin embargo, será rica, amada y respetada, como su madre; tendrá un lugar en el mundo y su nombre será conocido; y en tanto, yo... ¡yo que valgo más que ella, seré despreciada y olvidada!... ¡Ah!... ¿Y qué he hecho yo para eso? ¿Es esta la justicia y la igualdad con que Dios mide á sus hijos?...

Antes que su soberbio pensamiento se terminase, las cortinas de la puerta se levantaron y los marqueses de Costa-Rica aparecieron.

Don Pedro de Osorno y Melzi tenía un aspecto franco y simpático, pero algo frío y algo altanero.

Regina, al mirar aquella figura varonil y altiva, sintió un temor que esta vez no era fingido, y, como á la entrada de la marquesa, se puso de pie y saludó respetuosamente.

—No se moleste usted,—dijo el marqués devolviéndola el saludo,—y veamos lo que usted desea.

Doña Elvira, pequeña, delicada, de rostro dulce y simpático, contrastaba con su esposo, alto, fuerte, enérgico, de mirada firme, que denotaba su carácter. Se comprendía, sin embargo, que allí no había una obediencia forzada ni una voluntad impuesta, sino un cariño mútuo,

unos deberes cumplidos y una dulce y santa felicidad, compartida como los deberes.

—Esta señora,—dijo la marquesa,—dice que es hermana de Margarita, y que, como tal, nos la reclama.

—No conociendo Margarita á sus padres, ¿como puede usted probar que es su hermana? —preguntó el marqués.

—La verdad se prueba por sí misma.

—¿Alude usted á su parecido con ella? Existe en efecto, pero eso por sí solo no constituye una prueba, puede ser un parecido casual.

—Tengo otras, señor marqués.

—Veamos.

Regina se levantó, y acercando con desembarazo un pequeño velador maqueado, doblado junto á una mesa, sacó y fué estendiendo en él algunos papeles.

—En primer lugar,—dijo dando al marqués un retrato,—este es el retrato de mi hermana Margarita de edad de seis años.

El marqués tomó aquel retrato y le miró fijamente.

Era una preciosa miniatura, y la carita angelical de la niña, los blondos rizos que cubrían su cabeza, y el blanco trasparente de su cutis parecían tener vida propia.

—Este puede ser, en efecto, — dijo el

marqués pasando la miniatura á su esposa.

—Tenga usted la bondad de fijarse, señor marqués, en esa señal oscura, semejante á una violeta, que la niña tiene en un hombro... sin ella mi hermana no puede ser reconocida, porque esa señal que heredó de mi madre, no puede equivocarse con otra: hé aquí el retrato de mi madre.

Y Regina le entregó al marqués el segundo retrato.

—¡Oh! ¡éste sí que se parece á Margarita!...—dijo don Pedro vivamente,—este es su retrato!

—La niña tiene en efecto ese lunar,—dijo la marquesa, devolviendo el pequeño retrato para tomar el otro.

—Hé aquí la partida de bautismo de mi hermana.

El marqués la tomó y la examinó cuidadosamente.

—Resulta aquí, que Margarita es hija de Margarita Medina, y de padre desconocido,—dijo.

—Exactamente: como de esta otra resulta que yo soy hija de Francisco Gomez y de Margarita Medina, hermana, por consiguiente, de esa niña.

—Pues si usted es hija de ese Gomez, su hermana...

—Mi madre quedó viuda de su primer matrimonio; y en cuanto al nacimiento de mi herma-

na, solo sé decir que fué muy desgraciada mi madre!

Regina llevó el pañuelo á sus ojos, perfectamente secos, y la marquesa enrojeció.

—Que segun usted indica ha muerto...

—Sí, señor,—dijo Casimira que hasta entonces habia permanecido en silencio,—mi pobre hermana murió, y tanto su hija como yo, hemos buscado sin descanso á la niña perdida.

—¿Hace mucho que murió su madre de usted? —preguntó el marqués á Regina.

—Un año, señor: además de las partidas de bautismo,—prosiguió,—tengo aquí un documento firmado por los esposos que educaron á la niña.

El marqués tomó aquel papel y lo examinó:

—En efecto,—dijo dirigiéndose á su esposa,—Antonio Gonzalez y Ana García, nuestros pobres arrendatarios de la *Casa Blanca*, se comprometen á entregar la niña que se les confía, si no á su padre, á quien en su nombre les muestre este documento y el retrato de Margarita.

—Esas honradas personas murieron hace once años, y la niña quedó abandonada,—dijo el marqués á Regina;—yo la traje á mi casa, y como era hermosa y simpática, se educó con mis hijos, que la quisieron como á una hermana.

—Y nosotros como á una hija; tiene un corazón de ángel, y su carácter, sus sentimientos y

su rostro guardan una armonía perfecta,—dijo la marquesa con emocion.

—Ya debe tener diez y siete años, señora,—dijo Regina,—será una mujer...

—Una hermosa mujer,—dijo el marqués gravemente, y con un ligero acento de tristeza.

—¿Estará aquí?—preguntó Regina.

—No, señora, no está aquí; pero, ya que no podemos negarnos á los justos títulos con que usted la reclama, le diremos donde está.

—Antes,—dijo el marqués,—debemos rogar á usted que la deje á nuestro lado; ella nos ama y nosotros la amamos; su porvenir está asegurado, y puesto que usted no la conoce le es más fácil olvidarla.

—¡Imposible, señor! Yo he jurado á mi madre en su agonía buscar á la niña y llevarla á mi lado.

—Y yo, como tia de Manuela y su tutora, reclamó tambien á Margarita.

—En ese caso, y puesto que el derecho de ustedes es legal, nos sometemos á entregar á nuestra protegida, aunque lo hagamos con pena.

—Ni ella ni yo podemos olvidar jamás lo que les ha debido, y su cariño y su gratitud seguirá siendo de sus nobles protectores.

La marquesa enjugó algunas lágrimas, y el marqués para ocultar su emocion, se levantó y tiró con fuerza de una campanilla.

—El clarens,—dijo al criado que se presentó.
—¿Pero... tan pronto?—preguntóla marquesa.
—¡A qué esperar!...

Regina se estremeció de alegría; Margarita estaba en Madrid.

XIV.

De como creyendo cumplir un deber, se hace muchas veces una gran tontería.

—El coche espera á la puerta,—anunció el criado.

—Vamos, señora,—dijo el marqués invitando á Regina á pasar.

Ella saludó gravemente á la marquesa, y dándole unas señas cualquiera, de una casa que no existía, y murmurando de nuevo el nombre de Manuela Gomez, salió con su digna tia, que repitió sus saludos y ofrecimientos.

—Acompaña á estas señoras hasta el coche,—dijo el marqués al criado,—soy con ustedes al momento.

—¡Pedro,—dijo la marquesa al quedar solos,—no sé por qué esta mujer me parece una aven-

turera, y poner en semejantes manos á la pobre Margarita, tan inocente y tan buena!

—No tenemos medios de oponernos, mi querida Elvira; si reclama judicialmente se nos obligará á entregarle la niña, porque tiene un derecho perfecto á ello, y en ese caso, Amadeo sabrá dónde está, la buscará, ¿y quién sabe?...

—¡Pero no sabemos quién es esta mujer! ¿Por qué no has dicho que está en el extranjero, como todos creen, y antes de entregarla sabríamos quién la reclama!

—¿Y qué adelantábamos con saberlo? Que perdiendo un tiempo precioso, llegase á noticias de Amadeo que Margarita está en Madrid.

—¿Y si la encuentra?

—¡Eh, no! Esta mujer pertenece, á no dudarlo, á la clase media, y no es fácil que nuestro hijo la busque en esos círculos...

—¡Qué lástima de niña!...

—Nosotros hemos hecho cuanto nuestro deber nos ordenaba; ahora, nada podemos hacer.

—¿Sostendrás á la niña la dote que la tienes señalada?

—Seguramente; pero solo percibirá la renta que esa cantidad devengue, hasta tanto que se case.

La marquesa dió un suspiro, pensando sin duda en el amor que su hijo tenía á la huérfana.

—Adios, mi querida Elvira,—dijo el marqués,—no te digo que vengas por evitarte un pesar.

Estrechó la mano á su esposa y bajó.

Las dos mujeres le esperaban.

—Al convento de las Calatravas,—dijo el marqués al cochero.

Subió, cerró, y haciendo sentar en lugar preferente á Regina y Casimira, sentóse él, sin hablar una palabra.

Los caballos salvaron en algunos momentos la corta distancia que separaba la casa del marqués del convento, y se detuvieron á su puerta.

El marqués dió la mano á las señoras para bajar y entró con ellas en el severo edificio.

Llamó, y dándose á conocer, despues de contestar á los mil saludos de la portera, que como caballero Calatrava y protector de la casa, estaba acostumbrado á sufrir, pidió que llamasen de su parte á la abadesa.

La anciana señora se presentó con toda la ligereza que su edad le permitia á recibir tan noble visita, y no quedó poco parada y confusa, al oir que el marqués venia á reclamar á su educanda.

—¡Dios mio!—dijo,—¿acaso está disgustado de nosotras?

—No, buena madre, la pobre niña dejará con pena esta santa casa; pero esta señora, que es su

hermana, la reclama,—dijo el marqués señalando á Regina.

—¡Ah, Dios mio! ¡Cuánto lo siento y cuánto lo sentirán todas las hermanas! Nuestra educanda es buena como un ángel.

—Haced que la llamen, madre.

La abadesa salió y volvió en breve con la niña á quien buscaban.

Regina, á su vista, no pudo contener un grito.

—¡Ah!—dijo,—¡madre mia; eres tú misma!

Y con la mirada fija en Margarita, pálida y trémula, se acercó á la reja del locutorio para verla mejor.

Margarita, confusa y ruborizada, contestaba á las palabras de cariño del marqués.

Vestia el traje negro de educanda, y sus largas trenzas rubias flotaban sueltas por la espalda como una cadena de oro que se hubiese roto en su extremidad.

Su cútis, animado entonces por el rubor, tenía una suave transparencia de rosa, y el esmalte azul de sus grandes ojos, era brillante y puro.

El tosco hábito marcaba un talle de finos contornos; su alta estatura le daba una graciosa y elegante esbeltez, y la mano blanca y pequeña que tenía asida á la reja, parecía un fragmento arrancando á una Vénus de Praxíteles.

—Hija mia,—dijo el marqués con cariño á la linda rubia:—sé que estás muy contenta entre estas buenas señoras, y siento decirte que vengo por tí.

—¡Por mí!—murmuró con asombro la niña.

—Sí, hija mia, es preciso, y ya sabrás los motivos; despídete, pues, de tus queridas compañeras.

Margarita, que se habia p^uesto encendida, se arrojó llorando en los brazos de la abadesa, y apoyó la cabeza en su pecho.

—Señora,—dijo el marqués,—para evitar á esta querida niña un mal rato, será mejor que usted la despida de las demás y que me la entregue ahora.

—Pienso lo mismo,—dijo la abadesa;—y tomando de la mano á Margarita, dijo al marqués, que entró á recibirla:

—Espero que la veremos pronto.

—Creo que sí,—dijo el marqués conmovido.

—Adios, hija mia; que Dios te bendiga y te haga feliz,—dijo la abadesa llorando.

El marqués asió la mano de su protegida y la llevó dulcemente hácia adelante.

La puerta se cerró.

Regina, al ver aparecer á su hermana, la tendió los brazos.

Estaba muy pálida, y esta misma palidez la hacia semejarle más á Margarita.

—No hay duda,—murmuró el marqués, mirándolas á ambas;—son hermanas.

—Margarita,—dijo á su protegida,—esta señora es tu hermana: ¡abrázala!

—¡Mi hermana!—dijo con asombro la niña:—yo no tengo otros hermanos que Laura y Amadeo.

—Aquellos son tus hermanos del corazon, y esta es tu hermana de sangre.

Margarita se dejó abrazar y devolvió con frialdad los besos ardorosos de Regina.

—Tu hermana te reclama, hija mia, y yo tengo que entregarte á ella...

—¡Ah, no!—dijo asustada la pobre niña;—yo me quiero ir con usted.

—Es imposible, mi querida Margarita; pero yo iré á verte.

El marqués abrazó y besó á la niña, que lloraba, y dijo á Regina:

—Señora, el coche queda á su disposicion.

Regina le dió gracias, y haciendo subir á Margarita, dió al cochero las mismas señas que ella dió á la marquesa: calle de Valverde, número ***

—¿A dónde ha de enviarse el equipaje de Margarita?—preguntó el marqués.

—Con estas señas, ó yo enviaré á recogerlo.

—Como usted guste,—dijo el marqués saludando; y viendo que el coche partia, murmuró entre dientes:

—Puede que Elvira tenga razon, y que, creyendo cumplir un deber, haya hecho una tontería en entregar esa niña... en fin, ¡Dios vé mi intencion!...

El marqués se alejó pensativo y triste hácia su casa.

Entretanto, el coche, rodando rápidamente, llegó á la calle de Valverde.

Regina bajó con Margarita, y la supuesta tia dió una propina al cochero y entró en una casa, llevando de la mano á Margarita.

Cuando llegaron al segundo piso y Regina calculó que el cochero ya estaria lejos, dijo como reparando en la casa:

—¡Dios mio! No es aquí: debe haber equivocado la calle; baje usted, tia, y detenga, si pasa, un coche.

Casimira no se hizo repetir la órden.

Margarita no reparó en aquella equivocacion, que tenia visos de ser verosímil, y bajó preocupada y triste, como habia salido.

Casimira detuvo á la primera berlina que vió pasar con la tarjeta levantada, y dándole las

verdaderas señas de la casa que en la calle de Jesus del Valle habia hecho arreglar aquella misma mañana, entró con las dos jóvenes en la berlina, en que apenas pudo acomodar su respetable mole; y cansada de tanta ida y venida, se durmió tranquilamente, en tanto que Margarita lloraba, y Regina, orgullosa del éxito de su plan, gozaba con la perspectiva del porvenir.

XV.

De lo que puede resultar en un baile de máscaras, despues de dos cartas misteriosas.

—Amigo mio, es preciso que deje usted ese aire de cartujo que tiene, siquiera por estos tres dias: ¡qué diablo! la juventud es el Carnaval de la vida, y en él se nos permiten todas las locuras! Despues... despues... ¿pero á qué hablar de lo que sucede despues? ¡Ya tendrá tiempo de conocer esa triste Cuaresma que se llama vejez!...

Luciano Gonzalez, que así hablaba, esperando convencer á Camilo, que se negaba á ir á un baile de máscaras, suspendió su discurso al oir llamar discretamente á la puerta.

—¡Pardiez! ¡le estorbo aquí!—murmuró.

—No sé quién podrá ser,—dijo tranquilamente Camilo, en tanto que invitaba á pasar á quien llamaba.

Un criado de buena casa, á juzgar por su elegante librea, apareció en el dintel.

—¿El señor Alvarez?—preguntó quitándose la gorra respetuosamente.

—Yo soy,—dijo Camilo adelantándose á su encuentro.

El lacayo se inclinó y le presentó una carta, volviendo á saludar y desapareciendo.

—¡Oh! ¡no conozco esta letra! Es extraño esto, muy extraño,—murmuró Camilo en tanto que daba vueltas en sus manos á la pequeña carta perfumada, que en el cierre del sobre tenía bajo una corona de conde, una complicada cifra.

—Veo que estoy importunando á usted,—dijo Luciano poniéndose de pié,—y me voy.

—¡Oh, no! tan no me importuna que me alegraré mucho pueda darme á conocer á quien me escribe esta carta.

—En ese caso, me quedo.

En tanto que Luciano volvía á sentarse, Camilo, que habia roto el sobre y desdoblado la carta, se echó á reir.

—Vamos,—dijo,—es una broma de Carnaval!

—¿Qué es, pues?

—Véalo usted; sin duda han intentado divertirse...

Luciano miró la carta que Camilo le alargaba.

ba, y examinó la cifra y la corona que, como el sobre, ostentaba el papel.

—No opino como usted.

—¡Eh! ¿cree, entonces, que se me cita en serio?

—Sí.

—Pero eso no es posible.

—¿Por qué no?

—Ese papel, ese criado que traía la carta, parece demostrar que se trata de una persona distinguida, y yo no creo que una señora...

—Ta, ta, ta! amigo mio, las señoras tienen tambien corazon; ese pequeño tirano, que tantas tonterías nos hace cometer, puede muy bien haber inspirado esa carta, lacónica y espiritual como ella sola.

Y Luciano, tomándola de nuevo, leyó en voz alta:

„Hay una mujer que piensa en usted.

Esta noche á las doce en el teatro de la Opera, llevará dominó negro con lazo rosa: lleve usted uno igual.

Hasta luego.”

—Esto es encantador, Camilo; ser citado de una manera tan dulce y tan misteriosa...

—Vamos, no puedo creer que haya en esto nada de verdad,—dijo Camilo riéndose de nuevo: —alguno de mis amigos que ha querido probar mi candidez.

—Pudiera ser, pero yo le aseguro que en lugar de usted iría...

—A recibir un desengaño...

—¿Y qué importa? ¿Acaso no se reciben á cada instante en la vida sin ir á buscarlos bajo un dominó negro y un lazo rosa? Si no es verdad, puesto que le hacen ir al baile, nada pierde, y puede usted divertirse... y si es verdad, entonces ya es cuenta de usted el tomarlo en serio ó en broma.

Camilo quedó pensativo.

Aquella aventura misteriosa le halagaba: el orgullo del hombre, el maldito amor propio, que es en todas nuestras pasiones el móvil más seguro, le impulsaba hácia adelante.

Ser amado, ser buscado por una mujer que sin duda era hermosa y distinguida, lo envanecía.

Además tenía veintidos años, y sentía entonces ese deslumbramiento, tanto moral como material, que ofusca la razon al dar los primeros pasos en la senda de las sensaciones.

—Iré,—dijo al fin levantando la cabeza,—solo que le he dicho á Amadeo que no queria ir, y podrá sentirlo.

—¡Bah! en estas noches no hay formalidad, y para embromar á los mismos que conocemos negamos lo que pensamos hacer; además, ¿quién le

manda á usted descubrirse? Es lo más fácil ir, dar una vuelta y venir, sin quitarse la careta.

—Tiene usted razon; pero ¿cómo haremos para hallar ese dominó?

—¡Oh! ¡es bien fácil! Véngase usted conmigo, yo lo arreglaré todo; son las diez,—dijo Luciano mirando su reló;—á las doce estaremos en el baile.

Camilo abrió una pequeña maleta de cuero y sacó de ella un rewolver que guardó en su bolsillo; tomó un portamoneda con algun oro y unos guantes.

—Vamos, dijo:

Luciano abrió la puerta, y ambos salieron.

—¡Ah!—dijo Camilo,—voy por la carta.

—¿Por qué?

—Pudiera ser que hiciera falta.

Luciano nada dijo y Camilo se le unió en breve.

—Vamos pronto, Gonzalez, no podemos perder tiempo.

—Tomemos un coche,—dijo Camilo.

—Mejor será.

Detuvieron al primero que hallaron vacío, y Luciano le dió las señas de una casa en que alquilaban trajes de máscara, diciéndole al mismo tiempo:

—Por horas.

—Está bien, señorito,—contestó el cochero subiéndolo al pescante y dando un latigazo al caballo, que si hubiera podido hablar hubiera dicho buenas cosas de los bailes de Carnaval, según lo asendereado y hambriento que al pobre le traían.

Una hora después, dos máscaras con dominós negros, entraban en el teatro de la Opera.

La una alta, de aire elegante y fino, llevaba un lazo rosa sobre el hombro izquierdo; la otra, una pequeña cruz blanca en el pecho.

—No os separais de mí,—dijo la máscara más baja á la otra, dando á conocer en su acento á Luciano,—en tanto vienela que le cita, yo puedo hacer que conozca á algunas.

—La careta me da un calor de mil diablos; no conozco á nadie y sin usted me aburriría: no la dejaré,—dijo Camilo.

—Si la dichosa cita le hace conocer á usted una mujer hermosa, daré por bien empleado el calor y el fastidio. ¡Ah! á propósito; si la mascarita del lazo rosa le gusta á usted, prescinda de mí.

Camilo se echó á reír.

En aquel momento su compañero le asió fuertemente del brazo.

—Allí están, dijo.

Dos máscaras, de la misma estatura, y vestidas ambas con trajes de terciopelo y amplios dominós de seda, estaban de pie en un ángulo del

salon; la una hablando con vivacidad y animacion, y la otra escuchando, al parecer, segun su atento silencio.

Como si hubiera sido una sola figura duplicada en un espejo, las máscaras, tan igualmente vestidas, se parecian del mismo modo en la parte del rostro que dejaba descubierto el pequeño antifaz.

Solo variaba en ellas el color de los lazos que llevaban, rosa el uno y celeste el otro.

—Invite usted á bailar á la del lazo rosa,—dijo en voz baja Luciano,—yo me quedo con la azul. Camilo, muy conmovido, se dirigió hácia ella.

—Camilo,—dijo Luciano deteniéndole,—si la convida usted á cenar y acepta, avíseme para que no espere: siempre me conocerá usted.

—Está bien.

La orquesta en aquel momento preludió un wals, y Camilo invitando á la máscara del lazo rosa á bailar, se alejó de Luciano que dió su brazo á la del lazo azul.

Una mano pequeña y fina se apoyó en la de Camilo, y el brazo de este pudo rodear un talle flexible y elegante, que se plegaba voluptuosamente siguiendo las ondulaciones del wals.

A través de la careta Camilo descubria unas pupilas ardientes y lánguidas, y unos labios tan frescos y suaves como las hojas de una rosa.

Las vueltas rápidas, vertiginosas, del wals, hacian al jóven estrechar contra su pecho aquella gentil pareja, que, siendo tan linda, tenia la bondad de pensar en él.

Su corazon impresionable y ardiente, como lo es siempre á esa edad, le hacia dar á aquella aventura unas grandes y sérias proporciones. No tenia ya duda de que se trataba de una mujer distinguida, jóven y hermosa, y aceptaba su buena suerte sin la menor desconfianza.

Camilo en aquel momento no recordaba la impresion que por otras dos mujeres habia sentido. Regina y Laura quedaban olvidadas ante la desconocida.

Despues de recorrer el salon, la pareja de Camilo se detuvo y se apoyó con naturalidad en su brazo.

—Gracias,—le dijo con una voz que, aunque algo fingida, era dulce y agradable;—gracias, Alvarez, por haber venido.

—¡Oh, señora! ¡Yo soy quien debe darlas á usted y á mi buena suerte, por haber tenido la dicha...

Camilo se detuvo vacilando.

—Acabe usted,—dijo la máscara.

—Perdone usted, señora; iba á decir de fijar su atencion, y esto podria parecerle una presuncion insoportable : diré, de que se haya ocu-

pado de mí, lo cual es siempre una felicidad.

—Estaba bien dicho lo que iba á decir primero, y mi carta le autorizaba á ello.

—Esa carta solo me prueba que una hermosa mujer me ha recordado, si bien sea por un capricho; pero ese recuerdo, aun así, tiene un valor infinito.

—Gracias por esa galantería: no es un mero capricho el que me ha hecho escribir á usted...

La mascarita pareció vacilar, y se detuvo.

—Entonces, si lo que yo adivino es verdad...

—Tampoco,—dijo con frialdad la dama del dominó.

—¡Ah!

—Esto es una contradicción, ¿no es cierto? Pues usted verá que resulta muy natural, al saber la causa de ella.

—¿Y podré saberla?

—Sin duda: para eso he citado á usted. Aquí hay dos asientos desocupados, venga usted.

Camilo obedeció, y aturdido porque aquella aventura se le hacia incomprensible, sentóse al lado de la desconocida.

—Yo no sé si usted ha reparado en mí alguna vez, cuando nos hemos encontrado en sociedad; pero yo no he podido dejar de mirar á usted con el mayor interés, porque su rostro me recuerda el de una amiga querida.

— ¡Ah! — murmuró Camilo sin saber qué decir.

— Sí, una amiga de colegio, una amiga adorada, que ha sido una verdadera hermana para mí: se llamaba Margarita.

— ¡Margarita! — dijo con violencia Camilo: — ¿y qué más?

— Nada más. Margarita no conocía á sus padres.

— ¡Dios mio!

— Margarita estaba recogida por caridad por una aristocrática familia que vive en Madrid.

— ¿Cuál? ¡Por favor!...

— ¡Oh, Alvarez! ¿Conocerá usted por ventura á Margarita?...

— Puede ser, señora.

— Pues bien: Margarita, recogida por caridad, fué educada brillantemente; y una vez terminada su educacion, volvió al lado de la hija de sus señores para ser su señorita de compañía.

— ¡Desgraciada! Ilustrar su razon y elevar su alma para reducirla luego á la servidumbre. Pero debe usted saber algo más...

— ¡Oh, sí! ¡Mucho más!

— Diga usted.

— ¡Mucho le interesa esta historia!

— ¡Oh, señora! ¡No sabe usted cuánto!

— ¡Puede que sí! — dijo la dama con intencion.

—Pues bien,—continuó;—en la casa en que estaba Margarita habia un jóven, hijo de los protectores de mi amiga.

—Y bien...

—El jóven se enamoró de Margarita... era verdaderamente una belleza de ángel: aquella cabeza rubia, aquellos ojos azules, hubieran dado envidia á un serafin.

Camilo sufría una angustia infinita: se trataba de su hermana, sin duda, y temblaba por lo que iba á saber.

—Margarita,—continuó la dama enmascarada,—amó tambien al jóven con el candor de sus diez y seis años, ¿y qué más quiere que le diga? Él fué tan vil, que abusó de aquel amor, de aquella inocencia y de aquella proteccion que en su casa recibia... Margarita fué su amante...

—¡Oh!—murmuró Camilo crispando sus manos como si una ráfaga de ira hubiese invadido su corazon y su cerebro;—¿cómo se llama ese hombre?

—Espere usted: los padres del jóven amante de Margarita quisieron evitar un escándalo, y dándole una pequeña suma para sus necesidades, la arrojaron de su casa.

—¡Villanos!...

—Hay más aún: el hombre á quien Margarita amaba la pidió, como prenda de amor, un meda-

llon por el cual la niña debia ser reconocida de su padre...

—Un medallon... ¿cómo era?

—Margarita le llevaba siempre al cuello: antiguo y extraño... no recuerdo bien... creo que tenia un nombre y un escudo.

—¿El nombre era Mauricio?

—Sí, Mauricio era... Pero qué, ¿será verdad que ella es hermana de usted?

—¿Cómo sabe usted?...

—¡Ah! Perdóneme usted; yo buscaba un indicio para hablarla, y sin querer le he dicho muy tristes cosas!...

—¡Perdida!—murmuró Camilo.

—Ella era buena y pura, ese hombre fué un infame; luego se vió abandonada...

—¿Y quién es, quién es ese hombre?

—¡Algun día lo sabrá usted; ahora es imposible!...

—¡Ah, señora! Yo no sé con quién hablo; yo no conozco á usted; pero si le inspiraba algun interés, ¿por qué me ha hecho tanto daño?

—Yo no sabia que le uniese lazo alguno á mi amiga: solo habia oido vagamente, y como un rumor incierto, al preguntar el nombre de usted, que le traia á España un asunto de familia, así como el buscar y reconocer una hermana há largo tiempo perdida... pero no sabia hasta qué

punto ese rumor fuese cierto; además,—dijo la máscara fijando en el jóven una mirada que á través de la careta semejaba el fugaz reflejo de un relámpago sobre la oscuridad de una nube,—además, yo tenia otro motivo para llamarle...

La voz de la dama se hizo dulce y trémula al hablar en voz más baja á Camilo; parecia que sus palabras brotaban por sí solas de su corazón, para dejar escapar un secreto encerrado en él.

Camilo, que temblaba levemente ante el recuerdo de su hermana, se volvió sorprendido al oir aquel acento trémulo.

—Señora...—dijo.

—Y bien, usted no me conoce, y yo puedo decirle la verdad... el hombre á quien ha amado mi pobre Margarita es amigo de usted; y conoce sus secretos... El nombre de mi amiga, es mi nombre, y aún habia quien aseguraba que nosotras nos parecíamos.

—¡Qué extraña coincidencia!...

—Ese hombre que me ofrece su amor, me ofrece tambien un negocio infame... yo soy blanca, rubia, con los ojos azules... él tiene el medallón de mi amiga, y me ha pedido que yo pase á los ojos de usted por esa hermana perdida; que yo recoja la cuantiosa herencia que ofrecen á la niña huérfana en nombre de su padre; y que una

vez reconocida como hermana de usted, yo sería su esposa!...

—¡Oh! ¡cuánta miseria! pero, ¿por qué, señora, usted que parece no amarle, le escuchaba?

—Para hablar por él á Margarita; yo le temia; yo le temo, él me amenaza con un escándalo cada vez que recibe de mí una negativa... ¡Oh! ¡yo le temo!... Pero yo no le amo, no, lo aseguro!

—¡Ah!

—Y bien, sí, ¿qué importa que usted lo sepa? ¡Yo busco á usted porque huyo de ese hombre al que tengo miedo! ¡Amparadme!

—Yo juro que la protegeré; pero no conozco á usted, no veo siquiera el color de vuestros ojos ni la forma de vuestra mano... vamos á donde yo pueda ver á usted... vuestra alma debe ser grande y noble cuando rechaza la infamia, y además, nos une como un lazo simpático nuestro amor á Margarita. Venga usted...

—Busquemos antes á mi compañera, la diré que no me espere... ¡pero, Dios mio! ¿y si nos viera ese hombre?

—¿Tanto le teme usted?...

—¡Oh, sí! Seria capaz de matarnos.

—Dígame su nombre, y yo respondo de que no le molestará.

—¡No puedo; pero acaso él, provocando á usted, se dé á conocer!

—¡Vive Dios, que lo deseo!

—¡Ah! ¡Yo lo temo!

—Voy á quitarme este lazo!

Y la máscara, que apoyada en el brazo de Camilo avanzaba por el salon, arrancó la cinta mal prendida en su hombro, y la arrojó al suelo.

Camilo la recogió.

—Permítame que la guarde,—dijo.

En aquel momento dos máscaras llegaban cerca de ellos, y la más alta arrancó tambien con viveza el lazo azul de su compañera, que arrastraron entre sus piés los que bailaban.

Una oleada de gente separó á Camilo de su pareja, la cual, encontrándose al lado de la que habia llevado el lazo azul, le dijo rápidamente:

—Ese es.

La máscara, como obedeciendo á una orden recibida de antemano, asió el brazo de Camilo que no se apercibió del cambio.

—Es imposible hallar ahora á esa amiga, venga usted.

Camilo la arrastró consigo. La pequeña mano de la mascarita temblaba sobre su brazo, y él creia que era de miedo. ¿No acababa ella misma de decírselo?...

Al bajar la escalera un grupo de gente estuvo á punto de arrollarlos... Camilo, como para pro-

teger á su pareja, extendió su brazo ante ella, rodeando así su talle... En aquel mismo instante un golpe rudo echó hácia atrás el capuchon de la compañera de Camilo, y su careta cayó...

Dos gritos de asombro vibraron al mismo tiempo.

El uno de Camilo, que vió ante sí un rostro admirable, rodeado de rizos rubios como el oro; el otro de un dominó que daba el brazo á otra máscara, y que, dejándola con viveza, corrió hácia la jóven rubia, gritando:

—¡Margarita!...

—¡Tú!... ¡Tú!...—dijo ella;—y vacilando cayó desmayada.

—Caballero,—dijo el que habia llamado á Margarita;—quien quiera que sea usted, tengo que pedirle cuenta de que acompañe á esa mujer.

La ira enronquecía esta voz hasta hacerla desconocida.

—Ahí tiene usted mi tarjeta,—dijo Camilo que habia cubierto la cabeza de Margarita con el capuchon para impedir que los curiosos que se detenan viesan aquella mujer desmayada en sus brazos;—en cuanto á pedirme cuenta de que la acompañe, querria saber con qué derecho lo hará, porque esta mujer me pertenece.

—¡Mentira!—gritó el encubierto adelantándose hácia Camilo con la mano levantada.

Pero antes que esa mano le tocase, aquel brazo fué asido, y entretanto retirada Margarita por una máscara que con ella se confundió entre la multitud.

—¡Vuestra tarjeta!... —gritó Camilo fuera de sí.

—Ahí la teneis,—contestó el del dominó negro, lanzándose en pos de Margarita.

Pero era tarde: un torbellino de máscaras la habia envuelto, y el buscarla allí era tan inútil como buscar una perla entre la arena del desierto.

Camilo la siguió, tambien con el mismo resultado.

Cuando, comprendiendo que era inútil, ambos miraron las tarjetas recibidas, una expresion de asombro y de pena se escapó de sus lábios.

—¡Amadeo de Osorno!—gritó Camilo:—¡el seductor de mi hermana! ¡El infame que quiere robarla despues de haberla perdido!... ¡Ah! ¡Dios permite que le conozca y permitirá lo mate! Porque le mataré, sí, le mataré, y mi pobre hermana será vengada...

¡Y se decia mi amigo, para confiarme, para venderme! ¡Oh, cuánta infamia, Dios mio!

Amadeo, entretanto, decia, al leer la tarjeta:

— ¡Camilo! ¿Es posible? ¿De qué conoce á Margarita? ¡Oh! ¡Por eso sin duda se negó á acompañarme al baile! Pues bien: es preciso que se explique; y si me ha engañado, si la ama y me ha vendido, ¡vive Dios! le mataré.

XVI.

De cómo el hombre no sabe nunca de qué lado parte el soplo que le impulsa.

Un altercado más ó menos ruidoso, tratándose de una mujer, es tan natural en un baile de máscaras, que nadie fija su atención en semejante incidente.

La máscara que detuvo el brazo de Amadeo al levantarse sobre Camilo, nos es ya conocida, pues un momento antes hubiéramos podido verla arrancar de su pecho la pequeña cruz blanca que nos daba á conocer á Luciano.

La que se apoyaba en el brazo de Osorno, que éste abandonó tan bruscamente al conocer á Margarita, era la misma que llevaba el lazo rosa cuando hablaba con Camilo en el salón.

No sabemos si nuestros lectores la habrán ya conocido, pero sin duda que al oirla decir á Luciano:

—¡Pronto, pronto, lleva tú á Margarita! habrían exclamado con asombro:—¡Regina!

Regina siguió á Luciano que llevaba en sus brazos á la jóven rubia, y cuando vió que la depositaba en su coche, que esperaba á muy poca distancia del teatro, le dijo rápidamente al subir á él:

—Vuelve, que no le estrañe tu ausencia; ya sabes, no quiero que le maten, el duelo á florete, dí que la máscara á quien tu acompañaste era una doncella de la rubia; acepta el ser testigo del desafío, y ven luego á verme.

—Comprendo; está tranquila, todo irá bien.

Regina, que al salir del teatro se habia quitado la careta, subió al coche dando las señas de la calle de Jesus del Valle, donde la fingida tia esperaba á Margarita.

Luciano, volviendo á poner en su pecho la crucecita blanca se dirigió de nuevo al teatro.

En breve encontró á Camilo que buscando á la mascarita que se le habia desmayado, revolvía el salon.

—¡Qué diablos hace usted,—le dijo Luciano,—que no he podido hallarle en toda la noche, y ahora le encuentro solo!

—¡Ah Luciano! ¿es usted?—¡Cuánto me alegro de hallarle! ¡Estoy desesperado!...

—¿Pues cómo?

—¡Ah! ¡He sabido cosas muy tristes y muy graves: un hombre me ha insultado; y este hombre era mi mejor amigo!

—¡Cómo es eso, pardiez! Pues, yo que creía á usted cenando tranquilamente con su pareja, que, entre paréntesis, walsaba muy bien.

—¡Oh! ¡mi pareja!... no sé qué diera por hallarla, por saber su nombre.

—¡Diablo! ¿Pues se ha perdido?...

—Ha sido una cosa extraña: ha desaparecido cuando menos lo pensaba yo, y es el caso que sin su voluntad, porque estaba desvanecida...

—¡Ah! Pues ahora me explico por qué la mía, á quien llevaba á cenar, me dijo como una loca...

—¡La de usted! ¡Ah sí! ¡usted puede saber!... ¿Quién eran? ¡dígamelo usted!

—¡Yo! ¡pues si tenía la esperanza de que usted por su parte lo supiera! Mi compañera, que no era otra que la doncella de la señora que le citaba, era tonta y záfia, aunque no parecía fea; no pude sacarle ni una palabra en limpio, sino que *hasia caló* y que se mareaba! ¡Demonio de mujer!... toda la noche diciendo lo mismo, y colgada á mi brazo que me ha dejado señal!... alguna asturiana endiablada, disfrazada de señora,

pero que yo no pude equivocarme como don Quijote equivocó en la venta que él creía castillo, á Maritornes.

Camilo, que miraba con inquietud á todas partes, oía con indiferencia la charla de Luciano.

—Amigo mio,—dijo éste,—¿qué es lo que usted busca?

—Busco á esa máscara...

—¡Já! ¡já! ¡já!—¡Buena está esa!... ¿Cree usted que la niña se esperará para dar lugar á otro lance?

—¿Se habrá ido pues?

—¡Claro está!

—Tiene usted razón, pero no hay ya motivo para que nos ocultemos, quitémonos la careta...

—¿No valdria más irnos á cenar?

—Como usted quiera, yo no tengo gana.

—Entre tanto me contará usted lo que ha sucedido; ¿he creído oír que le han insultado?...

—Sí, Amadeo de Osorno, ese hombre á quien yo quería como á un hermano!...

—Pero ¿cómo ha sido?

—Es un secreto el motivo, pero ha levantado su mano sobre mí, y nos batiremos.

—¡Eso no puede ser!—Se arreglará ese disgusto... Vamos, hay una mujer en este asunto.

—Sí, la mascarita.

—Pero ¿cómo ha sido?

—Una casualidad... la careta de mi pareja cayó al suelo, no sé por qué ni cómo, y Amadeo que iba enmascarado también, la conoció y quiso pedirme cuentas de que yo acompañase á aquella mujer sin conocerme.

Yo me negué á dárselas, y no sé cómo, entre la confusión producida por nuestro cambio de tarjetas y las palabras violentas que nos dirigimos, mi compañera desapareció...

—Ahora me acuerdo: yo me he enterado casi de todo eso, pero no sabía que se trataba de usted... Por eso me dejó mi compañera. ¿Y era hermosa la que á usted citaba?

—¡Oh! hermosísima, admirable,—dijo con entusiasmo Camilo.

—Qué lástima haber perdido su pista...

—Yo la encontraré.

Camilo, que se había quitado la careta, no perdía todavía la esperanza de hallar á Margarita; recorría con Luciano todos los sitios en que creía que podía hallarla. Luciano, descubierto también, le seguía tranquilamente.

Amadeo por su parte había buscado con ansia no á Margarita, que comprendió ser imposible hallarla, sino á su pareja.

Amadeo recibió aquella noche un misterioso billete.

En un pequeño papel habia algunas palabras escritas, dándole una cita para el baile, y prometiéndole que allí veria á Margarita.

La cita era á la una de la mañana, y se le daban las señas de la persona á quien debia buscar.

El nombre de Margarita era tan poderoso para Amadeo, que sin pensar en que aquella cita podia ser una burla, sin detenerse en averiguar cómo Margarita, á quien seguia creyendo en un colegio inglés, podia estar en Madrid y en un baile de máscaras, cumpliendo exactamente las instrucciones que se le daban, llegó al teatro.

Una máscara vestida de negro con un lazo blanco en el pecho, le esperaba sola en un palco, y esta máscara, conociéndole al presentarse, dejó su asiento, y asió en silencio el brazo de Amadeo.

—Señora,—murmuró este,—he recibido un aviso...

—Gracias por haberle atendido,—contestó con voz dulce la dama,—voy á cumplir mi promesa, venga usted.

—¿Me ha dicho usted que veria á Margarita?...

—Va usted á verla.

—¿Pero, cómo, señora, si Margarita no está en Madrid?

—¡Inocente!—murmuró la dama con despre-

ciativo acento,—se le ha contado esa fábula y la ha creído.

—¡Fábula!...

—Fábula, sí, aunque la disculpa el cariño que le profesan los que la han contado.

—¡Ah! No puedo creer que mis padres me engañen... ¿con qué objeto?

—Con el de evitarle un pesar, con el de no tener que decirle que Margarita, esa mujer á quien usted creía un ángel, ha huido de la casa en que la habian puesto sus protectores con un amante.

—Señora,—dijo Amadeo trastornado de ira y de dolor:—no es posible, ¡es una infame calumnia!

—Si usted la ve aquí del brazo de ese amante, ¿dudará?

—No.

—Vamos á verla.

Amadeo siguió la indicacion de su compañera, que atenta á una señal de otra máscara se dirigió á la escalera.

Al poner el pié en el primer peldaño, la máscara que hizo la señal, y que ya conocemos, se adelantó, como para abrirse paso, imitando la marcha irregular de un hombre ébrio: al llegar junto al grupo que detenía á Camilo, su mano tiró bruscamente del capuchon de Margarita y de las cintas que sujetaban su careta:

—Aquella es,—dijo en este momento Regina á Amadeo.

Este, desatinado, loco, se lanzó hácia ella; despues buscó en vano á su pareja.

Desesperado ya de encontrarla, asombrado de ver el nombre de Camilo en la tarjeta del que él suponía amante de Margarita, y tembloroso aún de ira y de rábía, salía del teatro cuando halló á Camilo y Luciano que también se retiraban.

Vaciló y al fin acercóse á ellos.

—Alvarez,—dijo,—¿me permite usted que le dirija una pregunta?

—Puede usted hacerla,—dijo friamente Camilo.

—¿Conoce usted á la mujer á quien daba el brazo esta noche?

—Sí.

—¿Y sabe usted que esa mujer es la que yo amo?

—¿Lo sé también!

—¡Ah! y entonces, ¿qué quiere decir esa intimidad con ella?...

—Alvarez, usted ha sido hasta hace una hora mi mejor amigo: yo le ruego por lo que más ame que me hable con franqueza; mañana podremos matarnos si usted lo desea.

—Una pregunta antes,—dijo Camilo:—¿tiene

usted en su poder un medallon de esmeraldas que lleva grabado el nombre de Mauricio?

—¿El medallon de Margarita?

—¡Sí, le tengo siempre!

—No necesito saber más; entre nosotros toda explicacion es inútil; no puede haber más que odio y muerte.

—Sea: en nombre de Margarita juro matarle.

—No hablemos más; podeis enviar vuestros padrinos á entenderse con los mios.

—Está bien, hasta mañana.

—Esto es más sério de lo que yo creia,—dijo Luciano al ver alejarse á Amadeo.

—Tan sério, que uno de los dos debe morir.

—¡Bah! entre jóvenes, y por una mujer, nunca se llega á tanto.

—¡Oh! ¡hay entre nosotros una ofensa grave, que yo no puedo olvidar!...

—Usted es el ofendido, y le toca la eleccion de armas.

—Creo que sí; usted me hará el honor de ser mi padrino, y de buscarme otro: no conozco á nadie.

—Yo me honro con esa confianza, y como padrino, me permitirá usted que le aconseje.

—Con mucho gusto.

—Amadeo de Osorno pedia una explicacion...

—Es inútil; no estoy dispuesto á dársela.

—Pero reflexione usted...

—Todo está decidido.

—En ese caso, ¿qué arma elegimos?

—Cualquiera.

—¿Tira usted bien la pistola?...

—No: regular.

—Entonces Amadeo le lleva á usted una gran ventaja, porque es un excelente tirador.

—Me es igual.

—A mí no ¡diablo! No puedo comprometer así la vida de mi ahijado, entregándosela gratuitamente á su adversario.

—Haga usted lo que quiera.

—Y el florete, qué tal? ¡Sin modestia!...

—Bien.

—Entonces, elegimos el florete: de algo debe servirnos el haber sido ofendidos.

Camilo y Luciano, terminada esta conversacion, se dirigieron al coche que les esperaba.

—¡Eh, buen amigo!—gritó Luciano al cochero que dormia;—¡vamos!

—¡Caramba, señorito, qué frio que hace!—dijo el cochero tomando el látigo y disponiéndose á guiar el caballo.—¿Qué hora es?

—Las dos.

—Cuatro horas del hielo de Febrero son capa-

ces de matar á cualquiera,—murmuró el buen hombre entre dientes:—¿dónde vamos?

—*Hotel de Embajadores*,—dijo Luciano.

—¡Pero, amigo mio, usted queria cenar, y yo lo he olvidado!...

—¡Eh, no! Yo queria sacar á usted de ese maldito baile, y nada más.

—Gracias, mi querido amigo; le aseguro á usted que jamás olvidaré lo que en él he sufrido.

—¡Y yo, nécio, que casi le obligué á ir! Pero, ¡con mil diablos! ¿Cómo habia yo de pensar que detrás de un billete perfumado, y donde parecia ocultarse una aventura galante, se ocultase un desafío?

—Despues de todo, debo alegrarme de haber ido,—dijo con pena Camilo.

—¡Bah! Amigo mio, ánimo; esto no es nada... ¡Un lance muy natural á nuestra edad! Pero ya hemos llegado...

—Hasta mañana,—dijo Camilo estrechando la mano de Luciano.

—¿Quiere usted que le acompañe?

—Gracias: voy á arreglar algunos asuntos para estar dispuesto mañana.

Camilo pagó al cochero, que se deshizo en reverencias al ver en sus manos una moneda de oro, y entró en el hotel.

—Llévame hasta la calle del Barco,—dijo Luciano,—y allí ya quedas libre. ¡No tendrás queja de la noche!...

—Es verdad, señorito,—contestó el cochero,—y voy á llevarle volando.

Cuando Luciano llegó á casa de Regina, ésta le esperaba apoyada en el borde de la repisa de la chimenea, y calentando tranquilamente sus piés en la llama.

—¿Qué hay?—dijo.

—Nada, que todo está arreglado.

—¡Cuéntame, cuéntame! ¿Sabes que eres una alhaja para ayudar á embrollar un asunto?—dijo Regina riendo.

—¿Nada más que para eso? Vamos, acepto el cumplido porque viene de tí.

—Camilo ha tomado el asunto por lo sério, ¿eh?

—¡Ya lo creo! ¡Quiere matar á Amadeo!

—Perfectamente: no me hace falta que le mate: basta con que le crea su enemigo. ¿Y Amadeo?...

—¡Oh! ¡Lo mismo! ¡Se han dicho algunas palabras que han acabado de arreglar la cosa! ¡Son enemigos irreconciliables!

—¡Magnífico!

—Y la niña rubia, ¿qué has hecho de ella?

—Recetarla una taza de tila para los nervios.

—¡Diantre! ¡Qué tonta es!... No he podido hacerla hablar una palabra seguida en toda la noche... *sí, ó no.* ¡Jesús! ¡Qué mujer!

—Pero, loco, si ella sabia que tú eras un viejo amigo mio, y que te quedabas á su cuidado, en tanto que yo pedia á la máscara incógnita que la habia citado noticias de Amadeo.

—¡Y era eso motivo para no hablarme!

—¡Pues claro está! ¡Qué interés podia tener para ella tu conversacion?

—¡Si vieras cómo me cansé del papel de amigo antiguo que me hiciste representar!

—¡Qué importa!

—¿Y no tuvo tiempo de decir nada á Camilo?

—No; y yo contaba con su timidez... Yo la dije que á ella misma se le darian las noticias de Amadeo; y cuando tomó el brazo de Camilo para escucharle, segun yo le tenia advertido, sucedió la catástrofe de la careta, —dijo Regina riendo.

—¡Ah, qué hermoso demonio eres! ¡Qué lio tan sutil!... Margarita desconfía de Amadeo, Amadeo de Margarita, Camilo de Amadeo...

—Pues aún hay algo más que tú no ves.

—Dímelo.

—Es un golpe de efecto, para el final del drama.

—¿Pero qué te ha hecho ese tonto de Camilo

que le odias, y de dónde te has sacado esa amiga?

—Amadeo me ha dicho que Camilo ama á su hermana; él que me ha visto distinguirle, me ha desairado; y esa es una ofensa que yo no perdono fácilmente.

—¡Tú te entenderás, hija mia, porque yo no te entiendo!

—¡Bah! ¡no hace falta! Ya lo sabrás... ¡Y el desafío?

—Soy padrino de Camilo y será á florete... puesto que tan mal lo quieres, deja que Amadeo le envíe bonitamente una bala á la cabeza.

—No me conviene; le necesito.

—En fin, como quieras.

—Ven mañana á decirme lo que ocurra.

—Mañana ¡nada! que se arreglarán los preliminares del duelo y quedará todo convenido; vendré pasado mañana despues de efectuarse este.

—Está bien: cuida mucho de tu ahijado; no quiero que lo maten.

—Eres una mujer incomprensible; pero ¡tan hermosa!...

—Adulador!

—¡Es la verdad! A propósito, dame algo de cenar; ese tonto de Camilo con su sentimentalismo me tiene muerto de hambre.

—Cenaremos,—dijo Regina riendo,—así como así no me gusta cenar sola.

—¡Comprendo, no tienes costumbre de ello!...

Regina llamó y dió algunas órdenes pidiendo fiambres y vinos.

—¿Y tu vieja?—dijo Camilo,—nunca la veo hace unos días.

—La pobre se ha puesto muy mala, y ha habido que llevarla al hospital.

—¡Me alegro! Era una urraca á la que no podía sufrir!...

XVII.

De cómo en el escenario social la bondad y la inocencia suelen hacer un desairado papel.

—¿Cómo está Margarita?—preguntaba Regina al día siguiente á la vieja Casimira que acababa de abrirle la puerta del pequeño cuarto que ocupaba en la calle de Jesús del Valle.

—Mal, hija, mal: yo no sé qué demonio de embrollo trae con Manuela y Amadeo; pero llora y gime, y los llama sin cesar.

—¡Tonterías tuyas! ¡No he visto en mi vida una muchacha más simple! Anoche la llevo á divertirla á un baile, y no habla una palabra en toda la noche, y luego se me desmaya!

—¡Cuánto mejor era que la hubieras dejado en su convento, Regina!

—¡Bah! ¡Ya te cansas!

—¡Yo no! pero no hace más que llorar y gemir: ¡es una triste compañía!

—¡Ya se acostumbrará, y tú también! Llévame á verla.

La vieja, murmurando, llevó á Regina á través de unos tristes corredores.

Abrió una puerta, y retirándose, dejó á Regina pasar.

Esta al entrar cerró la puerta, y se dirigió al lecho en que estaba acostada Margarita.

—¡Ah, eres tú?—preguntó esta.

Regina se inclinó sobre ella y la besó en la boca.

—¡Margarita mia! ¡Qué tienes!—la preguntó.

—¡No lo sé! Me duele la cabeza y el pecho...

—Tienes calentura, hija mia, voy á hacer que venga un médico.

—No, no; esto no será nada; háblame tú, Manuela, cuéntame lo que tanto deseo saber.

—Pregúntame.

—¿Qué pasó anoche?

—¡Ah! ¡En verdad que yo no te sé decir!... Despues de haber intentado en vano saber por aquella máscara misteriosa otra cosa sino que Amadeo estaba en el baile con otra mujer, y que solo á tí te diria quién era ella, y dónde estaba él, cuando yo te dejé tomar su brazo, y te seguia con nuestro buen amigo don Miguel, que el po-

bre se fastidió y no poco, veo que se cae tu careta, que una máscara se abalanza hacia tí, y que tú te desmayas; pero no pude saber qué te hizo desmayarte...

—Aquel era Amadeo...

—¡Amadeo!

—Sí, yo conocí su voz...

—Y bien: entonces lo que la otra máscara me dijo era verdad, pues iba con una mujer.

—¡Ah, Dios mio!—dijo Margarita llorando;— ¡qué pronto se ha olvidado de mí!

—Mi querida Margarita,—dijo Regina besando dulcemente la frente de la jóven,—esos señores no quieren más que como un capricho, como un entretenimiento, á las pobres mujeres de la clase media, á que nosotros pertenecemos.

—¡Ah, no! Amadeo me quería: yo no lo dudo...

—¡Qué niña tan inocente eres tú! Amadeo te quería como quieren ellos... Ya ves qué pronto se ha consolado de tu ausencia.

—Pero eso no puede ser: yo quiero verle, déjame que le vea, y yo sabré la verdad.

—Es imposible, mi querida Margarita, tú no puedes verle más, y yo, tu hermana mayor, tengo el deber de cuidar que no le veas.

—Pero, entonces, ¿por qué me llevaste anoche?...

—¡Ah! Porque tú debes olvidarlo, y yo quería curarte de esa loca pasión con un desengaño. Amadeo no te ama, y tú debes pagar con desprecio ese olvido.

Margarita se incorporó en la cama: sus ojos, húmedos por el llanto, brillaban con tonos oscuros; sus cabellos, esparcidos en desorden, parecían un velo de gasa de oro mal prendido en su cabeza.

Estaba pálida como una azucena, y su blancura nacarada se hacía más densa con esta palidez.

La chambre, entreabierta, dejaba descubierto su pecho, y sobre su hombro redondo y suave, como si fuese de mármol, se destacaba la pequeña mancha oscura.

—¡Oh, Margarita! ¡Cómo te pareces á nuestra madre!—gritó pálida y temblorosa Regina; —así, tal como tú estás ahora, la ví por última vez, cuando iba á morir y me pedía que te buscara!...

Margarita, que sin duda iba á oponer una enérgica protesta á las palabras de Regina, al oír hablar de su madre, las lágrimas subieron á sus ojos y unió sus manos con ternura.

—¡Mi madre!—dijo:—¿por qué no me hablas de ella y de mi padre? Yo quiero saberlo todo.

—¡Imposible, Margarita! Tú solo puedes saber

que eres mi hermana... Despues, cuando tengas veinte años, lo sabrás. Esa es la última voluntad de tus padres, que yo he jurado cumplir...

—¡Tus padres! ¿Por qué dices eso, Manuela? ¿Acaso no son los tuyos?

—Tenemos una misma madre, pero un padre distinto.

—Y dime, dime: ¿vive mi padre?

—Nada puedo decirte, hija mia; no te fatigues, y puesto que ya me tienes á tu lado, deja todo lo demás.

Margarita, desalentada, volvió á recostarse...

—¡Qué angustia, Dios mio!—dijo,—no saber quién es mi padre, y si vive ó no! ¡Por qué seré yo tan desgraciada!...

La niña volvió á llorar.

En la juventud, en esa época en que la sávia vital afluye exuberante del corazon, las lágrimas brotan con una facilidad tal, como si rebosasen sin esfuerzo del depósito en que se guardan.

Generalmente, en esa edad se llora más que se siente, como luego, por una consecuencia lógica y natural, se siente más que se llora.

Regina envolvió en una rápida mirada de odio á la dulce niña que se entretenia en marti-

rizar, como el gato al pobre ratoncillo; pero instantáneamente aquella mirada cambió, se suavizó y se hizo simpática.

—Vamos, Margarita, no llores más: sé razonable; te quejas de que vengo poco á verte, y es porque me afliges cuando vengo.

—No puedo evitarlo, Manuela: ¡todo es tan triste para mí!

—¡Dios mio! ¡Porque tú te empeñas en hacerlo todo amargo!... ¡Parece imposible que unos ojos tan bellos y tan claros lo vean todo negro!

—No es culpa mia. Todo cuanto amo lo pierdo: todo cuanto espero me engaña...

—¿Y qué has perdido que amases?

—Mis padres...

—Eso es natural, hija mia; en la vida humana como en la vida vegetal, la vieja corteza cae para que brote la nueva, llena de sávia y de vida.

—Yo amaba tambien con todo mi corazon á los que he creido mis padres, y ellos me olvidan.

—¡Oh! los grandes señores son siempre grandes ingratos y grandes inconsecuentes.

—Yo no creo que me hayan olvidado, ellos eran muy buenos.

—¿Y quién les impide venir? No saben dónde vives?

Margarita bajó afligida la cabeza.

—Pero el coche de los marqueses de Costarica,—siguió implacable Regina,—no puede detenerse ante la humilde casa en que vives con tu tia. ¡Ah, los grandes señores no se rebajan!...

—No creas eso, Manuela...

—¡Qué niña eres!... ¿Porque te han permitido jugar con su hija, y comer las sobras de su mesa, quieres decirme que eran muy buenos?...

—¡Ah, no! ¡Ellos han sido unos padres para mí!

—¡Niña! ¿Te han presentado en sociedad al lado de su hija? ¿han aprobado el amor de su hijo hacia tí, siendo tú un ángel de bondad? ¡Ellos, los orgullosos, los egoistas, te han encerrado en un convento, donde te hubieras muerto si Dios no me hubiese guiado á mí! ¡Ah, los miserables!... Creen que hacen mucho con arrojar una limosna, y nos pisotean y nos insultan...

—Manuela, por Dios, me estás haciendo morir de pena.

—¡Desprécialos como yo! Tú no tienes ya más que á mí... Tú has soñado, tú debes olvidar esos primeros años de tu vida...

—¡No puedo... no debo!

—Y bien; ¿qué gratitud les debes?

—¡Oh, no hablemos de eso!

—¡Ah! ¿será por Amadeo por quien no puedes olvidarlos?

—Y bien, sí, yo le amo yo no puedo, yo no quiero olvidarle... sin su recuerdo me moriría, él es la vida para mí!

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Qué bonito es todo eso, mi pobre hermana!

Y le amarás todavía, cuando le veas unido á otra mujer que pertenezca á lo que ellos llaman su clase, y que sea tan odiosa, tan despreciable como él.

—¡Eso no puede ser!

—¡Ah, mi pobre Margarita!... Si él te amara como tú crees, ¿no te habria buscado con empeño? El no pensó jamás en hacerte su esposa, tu amor era un pasatiempo: eres tan hermosa, qué bien podias fijar la atencion de un noble; pero no el corazon.

—Tú te engañas, Manuela. Amadeo no me querría por hermosa...

—¿Pues por qué?

—Yo no lo sé; como yo le quiero á él, porque Dios quiere que no podamos vivir el uno sin el otro.

—Hija mia, hija querida, yo siento mucho que sufras con lo que te digo; pero amar por amar, solo se comprende en los ángeles como tú... los hombres aman...

—¿Por qué?

—No quieras saberlo; pero Amadeo no merece que le recuerdes.

—¿Y si tú te engañas?

—No hablemos más de ello, puesto que tú sufres; pero algun día me comprenderás. Ahora cuídate mucho, recobra la salud y olvida todas esas ideas negras que empañan la luz de tus ojos azules, como las nubes empañan el cielo.

—¿Por qué no quieres que me vuelva al convento? Si todo en el mundo es mentira, si no puedo vivir á tu lado, déjame volver...

—Cuando tengas veinte años, y sepas cuál era la voluntad de tus padres, serás dueña de la tuya, y aquello que decidas, yo lo respetaré.

—Pero entre tanto...

—Entre tanto, Margarita mia, vendrá mi marido de Filipinas, pondremos una casa aceptable y te vendrás conmigo: ahora ya sabes que yo vivo con sus padres, y que me es imposible: nuestra tia te quiere mucho, y con ella estás bien.

Margarita suspiró.

—Sea lo que Dios quiera,—dijo con desaliento.

—Vamos, ponte buena y no te aflijas... Irás conmigo á los bailes, á los teatros, eres muy hermosa, y encontrarás un buen marido.

—¡Oh, no!

—Ya verás como en enamorándote no estás triste; es el gran remedio.

—¡Manuela, no me hables así, yo te lo ruego!

—Bien, ya me voy; si quieres vendrá un médico, aunque esto no es nada, un poco de cansancio y pena, está tranquila, y hasta mañana.

—¿Te vas? ¿tan pronto?

—Me esperan mis suegros, y tú no sabes qué fastidiosos son los buenos señores; el marido que te elija cuidaré que no tenga padres.

Regina besó riendo á Margarita que le devolvió tristemente sus caricias, y salió.

En el corredor encontró á Casimira.

—¿Qué se hace?—preguntó la vieja.

—Nada, darle un ligero alimento y dejarla descansar.

—¿Y yo sigo sin salir?

—Por supuesto, y cuidado si escribe alguna carta.

—No escribe; ¿cuándo acabará esto?

—¡Cuando Dios quiera! Adios.

—Adios, Regina; si sales con bien de este embrollo voy á creer que tienes algo de bruja.

—¡Chist! Déjalo todo, no soy yo quien tiene la culpa!...

Y echándose el velo de la mantilla sobre el rostro, hizo una señal con la mano á Casimira, y bajó con ligereza la escalera.

XVIII.

De cómo la verdad ayuda muchas veces al artificio.

Los marqueses de Costa-Rica estaban consternados y afligidos.

La casa toda estaba en desórden, en ese desórden que indica una desgracia imprevista.

Criados iban y venían sin saber á qué; coches partían en busca de médicos, y los dueños de aquella morada, lloraban con desconsuelo, sin saber á qué lugar acudir.

Amadeo de Osorno, el único heredero de su ilustre nombre, el que debía perpetuar los timbres y blasones de su casa, acababa de ser conducido á ella gravemente herido, sin duda en un desafío; aunque los padres ignoraban cómo, y mucho menos, con quién, ni por qué.

Amadeo, como casi todos los jóvenes de su

edad en esta época, se habria creido deshonorado por intentar, antes de ofrecer su vida al azar, saber por qué la ofrecia.

Aun admitiendo, que no pueden admitirse en una sociedad civilizada, las leyes estúpidas del duelo, en estas mismas leyes debia encarnarse el deber de depurar la ofensa antes de prevenirle el castigo; porque, ¡cuántas veces solo la habrá en la apariencia, y esta se habrá combinado hábilmente con un fin que se desconoce!

¡Cómo la debilidad humana hace de las más hermosas palabras y de los más nobles sentimientos el velo con que oculta sus pequeñeces y miserias!...

¡Cómo ante el orgullo se olvida el deber, y ante la vanidad la conciencia!

Manchar su honor, llama á buscar por medio de la razon el deshacer una ofensa, y lavar esa mancha á la concesion cobarde de que se hace á la opinion pública, contra todas las leyes divinas y humanas!

¡Palabras con que á sí mismo se engaña el hombre, ó finge engañarse, y que todos fingen creer, por miedo á ser el primero que levante en esa cuestion, mal llamada de pundonor, la primera palabra razonable!

El pensamiento es el ser, la idea es el todo; esa masa de carne y sangre que le envuel-

ve, no puede por sí misma ofender ni vengar.

La vida humana, la vida material, sabemos que no nos pertenece, que Dios nos la entrega como un depósito que debemos ennoblecer y elevar; pero de ningun modo como juguete de nuestras iras y arrebatos.

La inteligencia ofendida, debe buscar una satisfaccion á la ofensa por los medios que ofrece la razon y el corazon, pero de ningun modo matando ó muriendo.

En una sociedad salvaje se comprende, no que se batan, sino que se maten.

Que al ofenderse dos hombres salten el uno al otro, como los tigres de sus desiertos, y se despedacen para saciar su rabiosa ira; mas, no se comprende en una sociedad culta, en una sociedad religiosa.

Pero, ¿acaso en nuestra época puede la religion oponerse como un dique santo á las revueltas olas de las pasiones desencadenadas?

¿Dónde está la fé que hizo grandes á nuestros mayores?

¡Ah! hoy se cultiva el espíritu con las bellezas conquistadas por la civilizacion; se adorna la superficie, y se olvidan de formar la base augusta de todos los sentimientos, la base de las creencias.

Hoy se deja al corazon abandonado á sí mis-

mo, se deja á la juventud, segun la gráfica expresion de los ingleses, *la brida al cuello*, y si salva los abismos que á cada paso se la ofrecen, lo hace por instinto, pero no por conviccion.

De este modo el hombre se entrega desarmado á todas las luchas, y de este modo es vencido casi siempre, porque el escudo de los deberes, ese noble broquel que nos salva y preserva, no sabe sostenerlo su mano, acostumbrado á levantar el ligero estandarte del capricho y el desórden.

No pretendemos que la perfeccion haya sido de otras épocas, sabemos bien que la humanidad no puede alcanzarla; pero si este siglo que tiene la razon por estro, hubiese conservado la fé, que los otros tuvieron por corona, en un grande hubiera podido ser encadenando sus brillantes conquistas á sus nobles tradiciones!...

Amadeo no estaba mejor ni peor educado que lo están casi todos los jóvenes españoles.

Por desgracia, entre nosotros, la educacion es muy limitada, y especialmente en las primeras clases.

Un ligero barniz de buen tono é ilustracion superficial: hé aquí todo.

¡Como si el que ha de heredar un nombre y una fortuna tuviese el derecho de ver abrirse ante él todas las puertas, con solo tomarse el trabajo de nacer!...

De ese modo vá perdiendo lentamente nuestra aristocracia su puesto elevado en todo lugar que se conquista con el trabajo y la inteligencia!

De este modo la segunda clase vá sagazmente sustituyendo á la primera, y hoy hay aristocracia política, aristocracia de la Bolsa y aristocracia del talento...

¡Tres aristocracias que casi ocultan la de la cuna!...

¡Ella se tiene la culpa!...

¡Y aún murmura cuando alguno de los que á ella pertenecen tiene la audacia de querer hacer el nombre heredado, cuyo lustre se pierde entre el polvo de las antiguas ejecutorias, un nombre conocido!...

¡Ah, nécia! ¡Como si cada uno no estuviese obligado á ennoblecer por sí, con su propio esfuerzo y su propia voluntad, esa nobleza que se le entrega!...

¡Como si el valor adquirido hiciese desmerecer al valor heredado!...

Así, al ser sumada esa respetable entidad social, que parece representar una cantidad de inmenso valor, en el total de utilidades generales resulta *cero*; así van perdiendo lentamente los medios de hacer valer su grandeza, y abandonando todos los poderes en manos más hábiles,

se refugian en sus círculos, quejándose del desnivel social.

¡Ah! Por lo mismo que nos interesa esa clase á que han pertenecido todos los seres que hemos amado y en la cual hemos nacido, vemos con pena que ella misma labra su ruina; que, cambiando la dignidad en orgullo, y el orgullo en ignorancia, dá la razon á sus eternos enemigos, y con la razon su influencia y su poder.

Buscad esos nombres que honran la heráldica española en los hombres de Estado, en los grandes oradores. ¿Son los notables artistas? ¡No los hallareis! Alguna excepcion honrosa, ¡y eso es todo!

Y puesto que el talento, el génio, no pertenecen á ninguna clase, debemos creer que no es por una incapacidad material por lo que ellos se alejan de lo que pudiera hacerles brillar, sino por un abandono mil veces culpable...

Perdónennos nuestros lectores esta digresion: como la novela es acaso lo que más se lee hoy, hay que confiar á la novela las impresiones que ante el espectáculo social brotan de nuestra razon.

Volvamos á Amadeo.

Los médicos llamados apresuradamente declararon la herida grave, pero no mortal.

El florete le habia casi atravesado el pecho,

pero sin interesar ninguno de los órganos esenciales á la vida.

Hacemos gracia á nuestros lectores de los detalles del desafío, que no nos hacen falta ninguna.

Baste decir, que Amadeo habia sido herido por su misma impetuosidad, que le hizo arrojarle sobre su contrario, el cual un dia antes era su amigo.

Camilo, consternado al ver brotar la sangre hirviente y espesa de aquella profunda herida, como leal adversario, corrió á sostener á Amadeo y ayudó á vendarle el pecho con un tosco apósito de pañuelos que sus testigos acomodaron.

A la vista de aquel hombre lleno de vida una hora antes, y entonces rígido y ensangrentado, Camilo sintió algo parecido á un remordimiento; pero aquellas palabras fatales que habia escuchado, la idea de su hermana deshonrada, abandonada despues y próxima á ser despojada hasta de su nombre por su seductor, volvieron á enardecer su sangre, y se alejó con frialdad del hombre en quien tanta confianza habia tenido.

Las ligeras confidencias de Amadeo acerca de su amor á *Margarita*, volvieron con fuerza á su memoria, y no dudó que aquella Margarita era la misma con quien él habia hablado en el baile; la misma á quien habia prometido proteger.

Amadeo, que habia perdido el conocimiento, debilitado por la mucha sangre vertida, volvió en sí algunas horas despues de haberle hecho la primera cura.

Confirmando la opinion del médico de no ser mortal la herida, apareció despejada su razon, y relativamente tranquilo.

—Mamá,—dijo al ver á la marquesa junto á su lecho,—¿por qué estás aquí, qué ha pasado?

—Cómo estás, hijo mio,—preguntó doña Elvira con un afan de madre.

—Bien, solo siento un vivo dolor en el pecho, y un gran cansancio.

—Es la herida, no hables, hijo de mi alma.

Y como para hacerle más dulce esta prohibicion, comenzó á besar su boca apasionadamente.

—¡Ah! ¡estoy herido,—dijo el jóven cuando aquellos lábios queridos dejaron libres los suyos; —sí, ya recuerdo, ya recuerdo!

—¿Quién te ha herido?

—¡No puedo decirlo! y de repente, como si le asaltase una duda, asió la mano de su madre y le dijo:

—Mamá, dime que me contestarás la verdad á lo que te pregunte.

—¿Te he engañado alguna vez, por ventura?

—¡Oh, no! Tú eres lo más noble y lo más santo que yo conozco.

—¿Pregunta, pues!

—Dime,—dijo vacilando Amadeo:—¿está Margarita en Madrid?...

—Sí, contestó con un esfuerzo la marquesa.

—¿Y por qué se ha ido de nuestra casa?

—La ha reclamado su familia,—dijo con voz insegura la pobre señora, á quien el recuerdo de Margarita, imprudentemente entregada, pues en vano la habian buscado despues,—hacia estremecer.

—¡Ah! ¿Y sabes tú quién sea esa familia? ¿Sabes tú dónde está?

—No lo sé, hijo mio; Margarita al parecer nos ha olvidado, pues nada de ella hemos vuelto á saber.

Amadeo lanzó una exclamacion de dolor y cerró los ojos, acaso para que su madre no viese que lloraba.

La pobre madre volvió á sentarse junto al lecho, sin comprender que sus palabras acababan de herir de un modo más vivo y más incurable al hijo á quien tanto amaba.

XIX.

De cómo Camilo empieza á tener motivos para volverse loco.

No tenía Camilo mejor ni peor educador misterioso Amadec, pues hoy se cortan por un patron el los maestros de todos los discípulos. el mis-

Pero alejado del trato social por tancias particulares, confiado y el negro desde serlo cantor, de los marqueses de Coria que le sorprendido, y tenía ideas más sanas y r

No habia viajado por Europa con leve al te Amadeo; no sabia clasificar la distinta belleza de las mujeres de cada país, la ventanilla, apenas versas costumbres, ni hablar sin rse de su tallo, mar tables y bellos monum presteza y pero, aunque no con la ser dad

sido de desear, recordaba las máximas de virtud y dignidad que sus padres se habían esmerado en transmitir á su alma elevada y noble; conservaba siempre una alta idea de los sentimientos del corazón, de las delicadezas del sentimiento, de las ternuras del alma.

Era, en fin, sencillo, entusiasta y generoso; tres cualidades que sumadas por la gallarda despreocupación de los hombres de la época, daban poco ó ningún resultado; tres cantidades negativas, que podían muy bien dar un total de inutilidad completa.

No le faltaba el valor ni la dignidad, pero completa y ageno á las luchas amorosas y de la intriga y el odio, estaba desarmado para ellas, oponiéndoles en vez de la maliciosa experiencia su inquebrantable buena fé, o, pero por desgracia frágil.

En manos de sus enemigas, la blanda y dulce cera de sus ideas se deshacía en las formas que se le quitaban.

Además el haber advertido estas cuerdas a los lectores, que expliquen ante la impresión que en ellos produjeron los hechos más sencillos.

En su desafío con Amadeo, y

cuando el jóven americano, solo y triste en la habitacion que ocupaba en su *hotel*, revolvía en su pensamiento todos los estraños sucesos de aquellos dias, estremeciéndose poderosamente ante dos recuerdos, el de la hermosa mujer desmayada, y el de Amadeo, herido y ensangrentado, oyó llamar suavemente á la puerta.

—Adelante,—dijo distraído, y sin alejar por completo sus tristes ideas.

El negro Joaquin apareció en la puerta con una carta en la mano.

—Esto han traído para el señor,—dijo presentándola á Camilo.

El jóven se estremeció violentamente: la letra del sobre era la misma de aquel billete en que se le citaba, solo que esta sobre no tenía ni corona ni cifra, pero como suave perfume.

Hizo una señal con la mano apareció.

Camilo cerró la puerta; temblaban en su lectura.

Su mano temblaba de una manera romper el sobre.

Al doblar la carta, una marginada, como si acabase de cortar, cayó á sus piés. Camilo la recogió y se dispuso á leer.

La carta era muy breve.

—«Os habeis batido por mí,—decia,—¡por mí habeis espuesto vuestra vida!... Gracias, ¡ah! gracias con todo mi corazon!

Vuestra imágen flotaba siempre en mi pensamiento; de hoy más, vuestro nombre vivirá con ella en mi alma, como el de un amigo...

Ya sabeis quién os escribe, no podeis verme todavía; ¡soy tan desgraciada!

¡Si supiéseis, Camilo, cuánto sufro!...

Sed mi amigo, y que vuestra amistad y vuestra proteccion me salven!...

No me olvideis.

MARGARITA.»

«Podeis escribir á M. M. al correo, en lista: es inútil que intentéis saber quién recoge la carta; no seré yo.»

Camilo leyó mil veces esta carta.

La imágen de la hermosa mujer desmayada en sus brazos volvió más insistente, más viva, más fresca á su pensamiento.

Su corazon impresionable volvió á latir bajo aquel dulce recuerdo.

Le parecia sentir el tibio calor de aquella pequeña mano que temblaba sobre su brazo; aquel aliento ardoroso que casi abrasaba su rostro, inclinado para oir mejor; aquella voz trémula y palpitante, que parecia lle-

na de suspiros, de promesas, de deseos.

La imagen de Láura, llorando ante su hermano herido, muerto quizás, que le habia hecho estremecer, se borraba; la imagen brillante de Regina que le sonreia como para alentarle, se desvanecia tambien.

Margarita llenaba por sí sola su pensamiento y su corazon.

Aquel misterio que la rodeaba, aquella delicada reserva en que se envolvía, aquella apariencia de dolor y debilidad que impetraba una proteccion, y aquel perfume de distincion y buen tono, ejercian sobre los sentidos de Camilo una gran influencia.

Á no dudarlo, la hermosa mujer le distinguia con su simpatía, al menos. ¿No le decia en su carta que su imagen vivia en su pensamiento? De la simpatía al amor no hay más que un paso, como suele haberlo de la senda al abismo, y el jóven, sencillo é impresionable, se creia ya amado, adorado por la sublime rubia.

El peor enemigo que tiene nuestra dignidad, y aun nuestra dicha, es nuestro amor propio, especie de espuela que aguijonea nuestro orgullo y nuestra ambicion, y suele llevarnos más lejos de donde querriamos y deberíamos ir.

El amor propio de Camilo, lisonjeado por aquella especie de aventura, que no hubiera des-

deñado el héroe manchego (y es preciso advertir que, si cada hombre no se cree muy conforme en eso de hacer una *triste figura*, tiene sus puntas y ribetes de Quijote, bien ocultas bajo esa especie de *sobre-todo* á que el espíritu moderno llama despreocupacion, pero muy visibles cuando de hacer el protector, el necesario ó el vengador se trata), acogió con toda su alma la idea de inspirar un interés que era para su orgullo el complemento de sus sueños.

Bajo esta disposicion, y verdaderamente aturdido, pues el saborear la primera idea de amor embriaga, como el saborear la primera copa de vino, Camilo contestó así á la carta de su hermosa desconocida:

«He expuesto mi vida por usted, y expon-dria mil que tuviera; no merece gratitud el que sigue los impulsos de su corazon, y el mio me manda defenderla.

«El hombre á quien usted temia no volverá á intentar el molestarla, yo se lo aseguro; y en cambio de esta seguridad, ¡solo le ruego que me deje verla otra vez!

«Yo no puedo olvidar ni sus palabras ni su rostro: usted me pide que sea su amigo, lo soy ya, y sueño con otro nombre más dulce.

«Qué debo esperar?

«La flor de su nombre no se separará nunca de mí.

«Su admirador,

»CAMILO.»

Esta carta, que tan bien pintaba la ligereza y vanidad de nuestro jóven, fué á dar en unas manos muy hábiles, en las manos de Regina, que, al leerla, se sonrió satisfecha, murmurando entre sus bonitos lábios:

—¡Victoria!

XX.

De cómo, por grande que sea el dolor, Dios deja siémpre una puerta abierta á la esperanza.

Como, generalmente, de lo malo hay más que decir que de lo bueno; como la inocencia por sí misma no se defiende, cual si por intuición comprendiera que su defensa está confiada á manos divinas, hé aquí que, al parecer, venimos olvidando á Margarita, la figura más bella, más dulce y más pura de nuestro cuadro.

¡Hay tan poco que decir de una niña que llora!...

Es verdad que su silencio interesa más que toda la actividad de los otros, que se vuelve repugnante; pero es un interés mudo que no se expresa en palabras.

Así, la dulce niña, á quien sin duda aman ya

nuestros lectores, prestándose de una manera pasiva á los deseos de su hermana, poco ó nada nos ha dado que decir, obrando hoy por su cuenta, ó más bien, siguiendo ese impulso del corazon que nos salva en un peligro, vá á ocuparnos por la vez primera.

Margarita era tímida, con esa timidez tan natural del que no ha crecido en el hogar paterno.

Por más que la niñez tenga, como uno de sus dones, la confianza y el cariño, el niño sabe bien pronto lo que le es adicto y lo que le es indiferente, y una especie de temor, que acaba por formar parte de su sér, vá dominando su carácter, cuando no pagan las ardorosas caricias de un padre, y los enamorados besos de una madre, esas graciosas locuras, esos juegos inofensivos con que la niñez ensaya sus alas para volar á la independencia de la juventud.

Margarita, además de esa timidez de costumbre, si se nos permite llamarla así, tenia la timidez de la bondad; su carácter angelical se plegaba sin esfuerzo á la voluntad ajena; su dulce ternura parecia pagar con pedazos de su corazon los beneficios que recibia.

Ligeramente ilustrada, pero educada de una manera perfecta, bajo el punto de vista de la religion y la virtud, el alma de Margarita se con-

servaba pura sobre todos los accidentes de su vida, como la misteriosa flor del soto sobre las algas del lago.

Pero bajo aquella dulce y santa conformidad, bajo aquella sumision plácida y perfecta á la voluntad de Dios, representada para ella en los sucesos que llenaban su vida, habia un sentimiento que no se sometia, exigente, eterno, exclusivo, como que él llega á ser en nuestro corazon, no una parte de la vida, sino la vida misma.

Hablamos de su amor á Amadeo.

Margarita, educada en sus primeros años por una honrada y pobre familia, se vió huérfana por segunda vez á la edad de siete años, cuando apenas conocia á los que le servian de padres, en ausencia de los suyos.

Los marqueses de Costa-Rica, que habian oido á sus arrendatarios hablar de la niña confiada á su cuidado, y tuvieron noticia del abandono en que ésta quedaba á la muerte de sus protectores, la llevaron generosamente á su casa, no con la idea de educarla en ella, sino con la de buscar un asilo digno de la pobre huérfana, que prometia ser muy hermosa.

Los dias fueron pasando, sin resolver nada acerca de la niña, que, en su infantil inocencia, iba amando apasionadamente á la hija de sus señores, á la graciosa Laura, de su misma edad,

pero que parecia algunos años menor, por su endeblez física y su poco desarrollo.

Laurita, delicada y enfermiza, era mimada hasta la exageracion por sus amantes padres, que creian comprometer la vida de su hija adorada con una contrariedad.

Apasionada de Margarita hasta el punto de no poder separarse de ella, ni aun para dormir; de no poder sufrir que se la pusiese un traje distinto al suyo, ni que comiese lejos de ella, bien pronto las dos niñas se amaron de tal modo, que pensar en separarlas hubiera sido imposible.

—Dejémosla á nuestro lado,—dijo la marquesa con su habitual dulzura;—Dios parece haberla traído á nuestra casa, porque con ella nuestra Laura juega, nuestra Laura come, y parece ir adquiriendo la robustez y vida de Margarita.

—Es que cada dia será más difícil el separarla de aquí,—dijo don Pedro pensativo.

—¿Y por qué separarla?—volvió á decir la marquesa, teniendo un empeño por la primera vez en su vida;—los maestros de nuestra hija la educarán, con ella estará siempre como una amiga, y luego, Pedro, bien podemos separar de nuestra fortuna algunos miles de duros para dotar á Margarita: la casaremos, y nos deberá la felicidad.

—Sea como tú quieras,—dijo el marqués estrechando la mano de su esposa;—pero ¿no temes que despertemos en su corazón ideas que luego la hagan mucho daño?

—¡Oh, no! ¡Su carácter es verdaderamente angelical! ¡Si la vieras adivinar los deseos de Laurita, acariciarla y contentarla!... ¡Parece que el pobre ángel comprende y agradece. Además, ¡quién sabe si sus padres en el cielo, al ver lo que hacemos por su hija, alcanzarán de Dios la vida y la dicha de la nuestra!... Desde que Margarita está aquí, vá recobrando la salud.

—No seré yo, Elvira mía, quien te contraríe en tan hermosa obra; haz lo que quieras, y puesto que deseas que esa niña se quede con nuestra hija, yo lo deseo también.

La marquesa abrazó á su marido que recogió con sus labios las lágrimas de alegría que de los ojos de Elvira se escapaban, verdaderas perlas de caridad que un corazón honrado sabe apreciar en todo su valor.

Desde aquel día la huérfana quedó definitivamente adoptada, y tuvo un hogar y una familia.

Sus trajecitos eran en un todo iguales á los de Laura; sus camitas colocadas la una junto á la otra en nada variaban; aprendían las mismas cosas, y juntas jugaban, y juntas también recibían

las caricias de la marquesa, que llegó á querer á Margarita con todo su corazon.

Amadeo á su vez estaba en un colegio, y al venir á su casa, compartia sus pequeños regalos entre sus *dos hermanitas*, como llamaba á Laura y Margarita.

Bajo esta igualdad perfecta con que crecian, los tres niños fueron queriéndose con ese cariño santo de la familia que á ningun otro puede compararse.

Amadeo, seis años mayor que las niñas, fué á viajar por Europa con un preceptor para terminar su educacion, y al volver algunos despues, quedó sorprendido ante la *pequeña Mar* como ellos jugando la decian.

La niña que acababa de cumplir quince años, era ya una belleza perfecta.

Sus ojos oscuros se sombreaban con largas pestañas que se doblaban graciosamente: sus mejillas ligeramente pálidas, se coloraban con los hermosos matices de la juventud; sus formas habian adquirido una suave redondez, y su sonrisa se habia hecho reservada, como si al despertar su razon se velase algun tanto la loca alegría de los primeros años.

Amadeo, que despues de abrazar á sus padres, corrió á confundir á las dos niñas en un mismo abrazo, se detuvo absorto ante Margarita.

—¡Oh!—dijo,—apenas te conozco: cuánto has crecido y qué linda estás!...

Y al notar el hermoso rubor que veló la blancura nacarada de Margarita con ondas de rosa, dijo mirándola fijamente y tomando su mano:

—¿No eres ya mi hermana? ¿Te ofende el que te llame hermosa?

Margarita estrechó la mano del jóven y nada contestó; pero por un exceso de ternura en su alma, sus ojos se llenaron de lágrimas, que por fortuna nadie vió.

Desde aquel día, Amadeo y Margarita se amaron sin decírselo, con ese amor purísimo para el cual no hay palabras, pero que se adivina en el alma, como se adivina una luz oculta bajo un fanal por la transparencia.

Alguna flor cambiada, alguna palabra indiferente dicha en voz baja, ó temblorosa, al mirarse; algun estremecimiento poderoso cuando sus manos por azar se encontraban, esto era todo; pero los dos jóvenes comprendían que necesitaban el uno del otro para vivir.

Laura era la confidente de los secretos de Margarita, y Laura se reía alegremente cada vez que veía á los dos enamorados absortos en una mirada, especie de éxtasis que lleva una nueva vida al corazón.

Los marqueses de Costa-Rica se apercibieron bien pronto del amor de su hijo.

Este no lo ocultaba; jóven y apasionado, al amar, su alma aparecía visible: y es que no hay velo tan espeso que oculte la verdad de un sentimiento.

Consternados ante este resultado que no esperaban, pues por nada del mundo habrían unido á su hijo con la niña huérfana y sin nombre, el marqués decidió alejarla para que Amadeo la olvidase.

Algunos dias antes de este acuerdo, nuestros dos jóvenes se habían hallado en el jardín con Laura, que nunca se alejaba de su amiga.

—Voy á buscar flores para un ramo de prometida,—dijo la niña morena con alegre risa.

Cuando hubo partido, Amadeo, conmovido profundamente, asió las manos de la rubia que le miraba ruborizándose.

—Margarita,—la dijo,—Margarita mia, ¿no es verdad que me amas?

—Sí,—contestó la niña sin esfuerzo alguno, y sin borrar la sonrisa de sus labios.

—¿Me amarás siempre?—preguntó Amadeo con ese ánsia de prolongar su amor, que sienten todos los enamorados.

—Sí,—volvió á contestar Margarita.

—¿Me amarás á mí solo?

—Sí,—dijo la niña ruborizándose aún más.

—¿Por qué tiemblas? ¿No dices que me quieres?

—Sí, ¡y creo que no podré vivir sin tí!

Sobre la mano de Amadeo, que tenía asida la de Margarita, fueron á caer dos lágrimas que ésta no pudo contener.

—¡Margarita mia, Margarita de mi vida, no llores! ¿Por qué has de temer quedar sin mí, si yo te amo, si soy tuyo?

La niña sonrió con la santa confianza de los diez y seis años.

—Toma, Margarita mia,—dijo él poniéndola una sortija en el dedo anular de la mano izquierda;—esta sortija tiene mi retrato: ¿la llevarás siempre, en memoria mia?

—¡Oh, sí!—exclamó con alegría Margarita.

—Dame tú una flor para que yo la conserve en señal de que me amas.

—No,—dijo Margarita con ternura;—¡te daré algo mejor que eso!

Y entreabriendo un poco su traje, tomó un medallon que, pendiente de un cordoncito de seda, tenía en su cuello.

—Esto es lo único que tengo de mis padres,—volvió á decir;—siempre lo he llevado, y siempre lo he amado: guárdalo tú en adelante, para que te hable de mí.

Amadeo tomó y besó aquella extraña alhaja, que aún tenía el tibio calor del hermoso seno de la jóven.

—Te lo devolveré cuando seas mi esposa,—dijo con sencillez.

—Aquí está el ramo de azahar, señorita desposada,—dijo la alegre voz de Laura.—¡Permítidme que os adorne!...

Y comenzó á entrelazar las blancas flores del naranjo en las trenzas rubias de Margarita, en tanto que Amadeo sonreía con placer ante aquel capricho de su hermana.

Pocos dias despues, el marqués dijo á Margarita que iba á salir con él para hacer unas compras; y aunque la niña extrañó que no fuese Laura, acostumbrada á obedecer, salió sin resistencia.

Amadeo no estaba en aquel momento.

El marqués la llevó á las Calatravas, avisadas de antemano, donde la niña quedó como educanda, sin que Amadeo ni Laura supieran su paradero.

Volvemos á encontrarla despues de esta ligera excursion á su pasado, que era precisa para la mayor claridad de los acontecimientos que han de sucederse.

Margarita, que apenas se daba cuenta de lo que la sucedía, comenzó á pensar en que

estaba, más que entre su familia, prisionera.

A nadie veía, á nadie podía ver.

No habia salido sino aquella noche en que recibió un misterioso aviso de que un amigo la daría en el baile noticias de Amadeo.

Su hermana la alentó á ir, y una vez allí, la dijo que ella interrogaría al desconocido, porque si era una burla, Margarita era muy inocente para apreciarla.

Con el encargo de no alejarse de ella, la dejó con Luciano, de quien decía que era un *antiguo amigo*, y en esto no mentía; y advertida Margarita de que, si en efecto, el desconocido hablaba en serio, Manuela, esto es, Regina dejaría su brazo para que su hermana le tomase y pudiese escuchar lo que de Amadeo se decía, la pobre niña no se apercibió de lo que aquello podía significar.

Pero despues de la visita de su hermana, ella comprendió que se trataba de hacerla olvidar á Amadeo, tarea por cierto tan inútil como lo sería la de hacer que el sol no alumbrase.

De todo lo que decía su hermana, ella solo comprendía que Amadeo iba con una mujer; pero ¿y si es Laura?—se preguntaba con su candorosa sencillez.

—No iba yo,—se decía,—con un hombre á quien no conozco.

Y por la primera vez comprendió que el ir á aquel baile habia sido una imprudencia.

Regina tenia al lado de Margarita, á más de la vieja Casimira, una criada záfia y ruda, como buena hija de las montañas.

Margarita ejercia sobre la tosca Teresa el mismo ascendiente que sobre todos cuantos la conocian.

A los quince dias de estar á su lado, la montañesa la queria con todo su corazon.

—Señorita, —la dijo un dia, —la tia Catalina no quiere que hable con usted.

—¿Por qué? —preguntó Margarita.

—¡Qué me sé yo! ¡Ella lo sabrá! Y esa otra señora que viene, le encarga siempre muchas cosas, y una de ellas es que no se fie de usted.

—¡De mí! Tú debes equivocarte.

—¡Eh, no! —¡Creen que yo no lo entiendo! La señorita tendrá algun novio, y no quieren que la vea.

Margarita suspiró.

—Señorita, —siguió Teresa, —¡yo sé mucho de esas cosas! ¡Como que yo tengo novio!...

Margarita no pudo menos de sonreir.

—¿Y dónde está tu novio?

—¿Dónde ha de estar? ¡En la guerra, del otro lado de la mar!... Pero él vendrá: yo le dí un escapulario con la Virgen del Pilar; y como él es

aragonés, es decir, hijo de la Santa Virgen, no le sucederá nada.

—¡Dios lo quiera!

—Dios quiere todo lo bueno, señorita; y si usted quiere, yo, yo...

Teresa se detuvo enrollando en sus dedos las puntas de su delantal.

—¿Qué?—preguntó Margarita.

—Que si usted, señorita, quisiera escribir á su novio, yo podría llevar la carta.

Margarita se puso encendida: no se le habia ocurrido aquel medio tan sencillo.

—No tema usted,—siguió Teresa;—la señora Catalina no se enterará. Cuando yo vaya á la compra por la mañana, la dejo en el estanco de enfrente.

—No tengo, aunque quisiera, papel...

—Yo le daré á la señorita del que me dejó mi novio. ¡Pues poco bonito que es! ¡Con unos ramos y unas palomas!

Margarita volvió á sonreir.

—Señorita, esta noche lo esconderé debajo de su almohada con un poco lápiz, y mañana, cuando vaya á la plaza, lo tomaré de debajo de la puerta, donde usted lo pondrá; lo enviaremos por el correo, y yo sisaré el sello de lo que me encargue doña Catalina.

—¡Ah, no, por Dios!

—¡Bah! señorita, —dijo la muchacha riendo, — los de mi Antonio salen de ahí... Me voy, antes que despierte la señora...

Margarita comenzó á pensar que ella debía hacer algo por saber de aquellos seres á quienes amaba tanto, y se decidió á escribir á Laura.

Hé aquí lo que decia la carta que la Teresa llevó al correo, solo por el gusto de hacer rabiar á la señora vieja y servir á la señorita jóven:

«Laura mia de mi corazon: Desde que me separé de tu lado soy tan desgraciada, que vivo como viviria aquel á quien Dios hubiese querido castigar con el infierno despues de haberle tenido á su lado en el paraíso.

«Dicen que he hallado á mi familia; yo no lo sé, porque esta hermana que dicen que tengo no me quiere como tú me querias, ni yo la quiero tampoco como á tí.

«Estoy siempre sola, encerrada y tan vigilada, que si puedo escribirte es porque la criada, teniendo lástima de mí, me ha dado un poco de papel y se me ha ofrecido á llevar mi carta.

«No sé la calle ni el número de la casa en que vivo, pues solo he salido una noche; si recibes esta carta, si no se me engaña, contesta á Teresa García, al correo, en lista, y entonces yo

te escribiré ámpliamente y te contaré todo lo que me ha sucedido.

«Tu hermana

»MARGARITA.»

Puesto que ya hemos visto aquí cómo Dios ofrecía un rayo de luz entre las tinieblas que rodeaban á la pobre niña, veamos lo que hacían los demás personajes de nuestra historia.

XXI.

De cómo la araña desplegaba hábilmente su tela para envolver á la mosca.

Camilo, desde el desafío en que tuvo la suerte de salir ileso, no habia vuelto á ver á Amadeo. Habia enviado, sí, á preguntar por él, y habia dejado su tarjeta en la casa del que fué su amigo; pero sin subir á verle, con gran asombro de la marquesa y no poca pena de Laura, que, sin explicarse la causa, hallaba muy simpático al jóven americano.

Preocupado con su extraña aventura, ocupado en recibir y contestar diariamente una carta de la bella Margarita, que solo habia visto un momento, pero á la cual amaba, ó creia amar, que tanto monta, en cuestion de amores,

ilusiones como realidad, Camilo salia muy poco, y casi siempre acompañado de Luciano, que apenas le dejaba un momento, contándole historias peregrinas, de cosas que á él le habian sucedido con algunas hermosas mujeres, y que, ¡cosa extraña! casi todas tenian algun parecido con la que tan cuidadosamente ocultaba Camilo; es decir, un amor repentinamente inspirado, una correspondencia misteriosa, y luego, luego una encantadora cita en un lugar solitario, delicioso (al llegar á esta parte de su historia Luciano se permitia poner algunos puntos suspensivos en lo que ocupa este paréntesis). Cuando Camilo le preguntaba qué hacia despues de conocer á la mujer que le amaba, contestaba con una calma y naturalidad perfecta, que hacia á Camilo reir:

—¿Qué diablos queria usted que hiciera? ¡Olvidarla y amar á otra! Las mujeres y los libros solo gustan cuando no se conocen.

Camilo, que no podia aceptar esas máximas que su excéptico amigo creia excelentes, las oia, sin embargo, con gusto, no con la idea de adoptarlas como suyas, sino con la de ilustrarse en una materia en la cual era completamente ajeno á prácticas y teorías.

Pero aquella constante idea de la realizacion de misteriosas promesas y nuevos deseos, se

unia á las palabras enamoradas, tiernas, ardientes, de las cartas que recibia Camilo.

En aquella correspondencia que vimos empezar, se habia cruzado muy pronto la palabra amor.

Camilo, impetuoso y sencillo, habia arrojado su corazon en sus cartas, y habia ofrecido espontánea y francamente sus sentimientos.

La que escribia con el nombre de Margarita nada habia ofrecido ni nada habia revelado; pero sabia emplear las frases que conmueven, los arranques de pasion que hacen estremecer; y Camilo, aceptando todo ese falso entusiasmo como un sentimiento real, se dejaba dominar de aquellas palabras dulces y vagas, de aquel acento que exigia siempre y nunca concedia.

Margarita, y la llamamos así porque con este nombre la conocia Camilo, hablaba de sí misma con una especie de temor, como si, no pudiendo amar libremente al jóven, luchase con sus propios sentimientos.

Esto desesperaba y empeñaba á Camilo.

—“¿Qué misterio es ese,—preguntaba,—que yo no puedo saber? ¿No tengo el derecho de conocer tu vida toda? Si me amas, como tus cartas lo dicen, ¿por qué no me confias todos tus pensamientos? ¿Por qué no te dejas ver de mí?”

—“Vas á verme,—le contestó la oculta Mar-

garita;—vas á verme muy pronto, pero no debes saber el misterio de mi vida. ¡No! ¡Mil veces no! Tú menos que nadie, porque te amo, y tengo miedo de perder tu amor."

—¡Por todos los diablos, que ni sospechaba yo siquiera que existiese una mujer tan extraña como esta!

¡Quiere que la vea, y no quiere que la conozca! ¡Dice que me ama, y se oculta de mí!

Y Camilo estrujaba con rábia entre sus manos el papel en que aquellas palabras se le decían, y volvía á recogerlo, despues de arrojarlo desesperado, para leerle de nuevo.

En esta disposicion de espíritu de nuestro jóven, fácilmente nos explicaremos que se dejase llevar á donde hábilmente le impulsaran, sin voluntad y sin deseo, pero sin resistencia.

Las nebulosidades del pensamiento oscurecen siempre la luz de la razon.

—¡Bravo, mi querido amigo!—decia Luciano al entrar en el cuarto de Camilo el mismo dia en que acababa de leer la carta de que hemos copiado un fragmento;—con esta vida de eremita que usted hace, se pone de moda y no hay dama que no pregunte por el simpático americano.

—Usted es demasiado bueno en creer que inspiro interés.

—¡Pardiez! ¡ya lo creo! despues de ver, ni San-

to Tomás dudó; y eso que el pobre santo no se dejaba engañar!...

—¿Usted ha visto?

—Yo he visto, y he oído.

—¿Y qué es lo que ha oído y visto?

—He visto algunas hermosas mujeres tristes con su ausencia, y he oído que me pedían nuevas de usted con interés.

—¿Quién?—dijo Camilo pensando en su amante incógnita.

—En primer lugar, nuestra amiga Regina, olvidada por usted muy injustamente, porque es una mujer encantadora.

Camilo suspiró.

—¡Ah! vamos, ese suspiro me dice que no la ha olvidado usted! Sería ingratitud; pues, ó yo no entiendo una palabra de achaques de mujeres, ó ella está triste, inquieta...

—¿Por qué?

—¡Oh! apenas sale; está pálida; habla poco, y como disgustada, y ha perdido aquella graciosa alegría que hacía de su cara un pequeño paraíso, con ángel y sin trompeta, porque ese demonio de instrumento chillón me crispera los nervios, y yo no sé cómo el caballero Adán, rey absoluto de sus vastos dominios, por la mejor de las razones, porque no tenía á quien gobernar, no dió su primer decreto aboliendo el uso de la trompeta... se

conoce que nuestros primeros padres tenían los oídos más fuertes.

Camilo se reía oyendo esta disparatada charla, y no se atrevía á interrumpirla.

—¿Y quién más preguntó por mí?—dijo al ver á Luciano suspender su discurso.

—¡Ah! mi querido amigo, hoy he estado á ver á Amadeo.

—¿Y cómo está?

—Bien, fuera de peligro por completo; pero un poco débil.

—¡Oh! me alegro mucho.

—He estado algunos minutos allí, pero en este tiempo he visto una graciosa morena que al oír su nombre de usted se ha puesto encendida como una rosa.

—¿Laura?

—Laura, sí; me pareció que tenía deseos de llorar cuando hablamos de usted.

—¿Y qué hablaron ustedes de mí?

—¡Oh! ¡Amadeo está indignado contra usted! Jura que se vengará.

Camilo tembló y se puso pálido.

—¡El indignado!—dijo;—soy yo quien debe estarlo!

—En fin, no hablemos de eso: nuestro negocio va perfectamente.

—¿Qué negocio?

—¡Pardiez! la compra de acciones en esa famosa mina de plata...

—¡Ah, sí!

—Es cosa segura; aquí traigo las certificaciones de los ingenieros; el director de la sociedad ya formada, es persona de arraigo y de gran representación.

—Yo no quisiera, hasta terminar el asunto que me trajo á Madrid, disponer de mi fortuna.

—Como usted guste; pero no veo ningun mal en centuplicar esa fortuna... es asunto seguro.

—¿Es mucho lo que hay que facilitar ahora?

—No: unos cuarenta mil duros, con los cuales compra una cuarta parte de propiedad, y se asegura una renta de veinticinco mil.

—¿Pero cómo siendo una cosa tan ventajosa no se apresuran á tomarla los capitalistas que la conocen?

—La tomarán: en el momento que se hable de ella como de una cosa seria, se disputarán los dividendos que se hagan. Por ahora solo lo saben unas seis personas, que no quieren dar á los demás una ganancia segura; ellos entran, segun las cantidades que han podido reunir; esta cuarta parte he dicho yo que se me reservara, pensando en usted; pero si no la quiere, la tomará el banquero A***

—Yo no tengo aquí esa cantidad,—dijo sencillamente Camilo;—he gastado mucho; he perdido un dineral en el juego, y tengo que pedir dinero á mi administrador.

—Es igual una obligacion garantizada con su firma, y pagadera á corto plazo; cantidades tan crecidas, ya se supone que no se llevan en el bolsillo.

—Confieso que no sirvo para los negocios; aún no he comprendido bien el que usted me propone.

—Mañana, si usted quiere, le presento al director gerente de la compañía, y él le explicará mejor que yo lo que hay.

—Está bien.

—Entonces puede firmarle ese pagaré, que si no ha de ser á la vista, tendrá que aumentar un poco la cantidad.

—¡Oh! á pagar en la Habana no me importa; allí tengo yo dinero.

—Corriente; y puesto que esto ya está dicho, si usted quiere vamos á dar un paseo.

—Iba á pedirle á usted que fuésemos á ver á Regina: temo que esté ofendida conmigo.

—Vamos, pues; pero yo creo que parair á visitar á una mujer hermosa, es inútil la compañía...

Y Luciano, riendo él mismo de su ocurrencia, y silbando un ária, salió con Camilo del *Hotel* dirigiéndose ambos á la calle del Barco.

XXII.

De cómo todos los sentimientos que emanan de la caridad son nobles y grandes.

Amadeo de Osorno estaba fuera de peligro; pero atendiendo al frío de la estación, y á la debilidad adquirida por la falta de sangre, los médicos le habian prohibido dejar el lecho.

Sus padres, su hermana y algunos amigos, se renovaban junto á él para hacerle menos pesadas las horas de convalecencia.

Cuando volvemos á encontrarle, Laura estaba á su lado, y deshilachaba lentamente un pequeño cuadro de hilo, colocando en una bandejita las hebras que sacaba tan cuidadosamente.

—Mi querida enfermera,—dijo Amadeo mirándola con ternura:—¿quieres decirme qué hora es?

—¡Las cuatro acaban de dar!

—¡Qué días tan largos!

—¡Largos! solo á tí puede ocurrirse esto; ¡pues antes de una hora será de noche!

—¡Es que á mí me parecen largos y tristes!...

La niña dejó la pequeña bandeja, se levantó y se inclinó hácia su hermano.

—¡Tristes! sabes que es muy poca galantería por tu parte teniéndome á tu lado.

—¡Laura mia,—dijo Amadeo rodeando con su brazo el cuello de su hermana:—si vieras cuántos motivos tengo de pena!...

—¡Dímelos!

—¡Oh, no! Te entristecería á tí, y no me consolaría.

—Siempre me has contado lo que sentías; hasta ahora, no me has ocultado nada.

—¿Y qué te he ocultado yo?

—Con quién te has batido...

—No puedes saberlo.

—Ha sido una buena locura, ¡si te hubieran matado!

—¡Puede que fuera mejor!

—¡Mejor!—dijo la jóven llorando;—¡mejor! luego tú no quieres á nadie; mamá se habría muerto de pena, papá y yo...

—No llores, hija mia,—dijo Amadeo besando

aquellos ojos que por él se llenaban de lágrimas;
—yo no quiero morir por papá y por tí...

—¿Nada más?—preguntó melancólicamente la niña.

—¿Nada más!

—¿Has olvidado á Margarita?—preguntó con asombro Laura.

Amadeo se puso muy pálido, y nada contestó.

—¿La has olvidado?—insistió Laura.

—No, y ojalá pudiera olvidarla.

—¡Dios mio! á tí te pasa algo con nuestra pobre hermana: ¡si ella te oyera se moriría!...

—¿Sabes tú dónde está?—preguntó Amadeo.

—Sí, en el colegio inglés: dice papá que es un génio para las artes y que quiere se eduque bien y las aprenda todas.

Amadeo guardó silencio comprendiendo que sus padres nada habian dicho á su hermana.

—Y, á propósito,—dijo Laura apoyando su cabeza en la almohada de su hermano:—te voy á preguntar una cosa que deseo saber.

—¿Cuál?

—¿No has notado que Margarita se parece á uno de tus amigos?

—¡Qué tontería!

—¡No lo es! Mira sus retratos y te convencerás: mamá dice lo mismo.

—¿Pero á quién?

—A Camilo Alvarez.

—¡Ah!... ¡Puede ser! Yo no me he fijado,—dijo Amadeo quedando pensativo.

—Espera, vas á ver,—dijo Laura saliendo del cuarto, y volviendo un poco despues con dos fotografías, dijo á su hermano:

—Mira.

Amadeo tomó aquellos dos retratos con un ligero estremecimiento.

Si era Camilo el que acompañaba á Margarita, si él buscaba á una hermana, y esta habia hallado á su familia, ¿por qué no admitir que la acompañase como hermano?

Pero entonces, ¿cómo explicarse la ira de Camilo; sus palabras, su afirmacion de que aquella mujer le pertenecia?

Todo ello no podia referirse á una hermana: además su madre al contarle que Margarita habia sido reclamada, habló de una mujer, pero no habia nombrado á Camilo.

Luchando con esa confusion de ideas, Amadeo tomó las dos fotografías y las miró fijamente.

Aquellos dos bustos, aquellas dos cabezas admirablemente hermosa la una, gallarda y varonil la otra, tenian en efecto un parecido vago, esa especie de reflejo de una misma sangre que pare-

ce flotar sobre las facciones, dándoles un parecido extraño, pero indudable.

—Sí, creo que tienes razón que se parecen algo, pero muy vagamente.

—No lo creas, fíjate bien; mira el corte de la frente tan gracioso en Margarita, más marcado en Camilo, pero de la misma forma: la nariz fina, la boca...

—Sí, es verdad, se parecen... no hay duda...

—Señorita Laura,—dijo en aquel momento un criado,—la señora marquesa desea que vaya en este momento.

—Ha venido visita?—preguntó la jóven sorprendida.

—La señora está sola, y espera á la señorita.

—Voy, voy al momento...

—Es extraño,—dijo Amadeo;—¿vendrás á contarme para qué te llaman?

—Sí, hasta ahora mismo,—dijo Laura besándole y saliendo.

—Hija mia,—la dijo la marquesa al verla entrar,—acaban de traer una carta para tí del correo interior; y como la letra es de Margarita, no he querido que te la lleven al cuarto de tu hermano: léela y dime qué te dice; debe ser el lugar en que se encuentra.

—¡Margarita en Madrid!—exclamó Laura tomando la carta.—¡Oh, qué alegría!..

—¡No te alegres demasiado pronto, hija mia! ¡Que sea la voluntad de Dios!

Laura rompió el sobre y leyó á su madre la carta que ya conocemos.

La noble señora la oyó con atencion, y, como de costumbre, buscó el consejo de su esposo.

—Vé, Laura,—dijo,—á llamar á tu papá, que está en su despacho; dile que yo le ruego que venga.

Laura obedeció, y el marqués entró con ella.

Doña Elvira le presentó la carta de Margarita.

—¡Ah! ¡Gracias á Dios!—exclamó impetuosamente;—está claro, se han burlado de nosotros; pero yo aseguro...

La marquesa llevó un dedo á sus lábios, y señaló á su hija.

Don Pedro guardó silencio.

—Hija mia, vuelve con tu hermano,—dijo la marquesa;—pero nada le digas de esta carta, dí que yo te llamaba para elegir un traje.

Laura salió, y don Pedro y su esposa quedaron solos.

—Pedro,—dijo la marquesa,—¿no te parece que el haber alejado á Margarita de nuestro lado pueda ser la causa del lance en que han herido á Amadeo?

—Sí: ¡vive Dios! ¡Que me he dejado engañar como un niño por dos mujeres!...

—¿Y no crees tú que los que te han engañado pueden haber engañado á nuestro hijo con alguna infame calumnia?

—Tambien es verdad, y ¡esto lo explica todo! Yo contestaré á esta carta, recobraremos á esa pobre y querida niña, á la cual no debimos entregar, y si Amadeo la ama de tal modo que no puede vivir sin ella, entonces...

—Entonces, los casaremos. ¿Hemos de ver morir á nuestro hijo?

—¡Margarita no tiene nombre!

—Pero tiene virtud en el alma y amor en el corazón: se ha educado á nuestro lado, y sabemos que Amadeo será feliz.

—En fin, lo primero es hallarla, y luego ¡lo que Dios quiera! De todos modos, no volverá á separarse de nosotros: vamos, pues, á contestar su carta...

XXIII.

De que la verdad, como el sol, se abre paso á través de todas las sombras.

Margarita acababa de levantarse cuando la muchacha encargada de servirla entró en su cuarto con aire misterioso.

—Señorita,—dijo,—ya han contestado; aquí traigo la carta...

—¡Ah! dámela, dámela pronto!

—Cuidado, señorita, que no la vea la señora Catalina...

—No.

—Es que, aunque yo soy un poco bestia, comprendo bien las cosas que quiero, y la señora Catalina no la quiere á V. mucho.

—¿Por qué no ha de quererme?

—Eh! qué se yo! Pero yo tengo allá en mi

tierra una tia, y vaya si me trata de otro modo!

—Dame la carta,—dijo Margarita impaciente.

Teresa la sacó de su seno y la puso en manos de su señorita.

—Cuidado que no la vea la vieja,—volvió á decir.

Margarita la hizo un signo afirmativo y la muchacha salió.

Nuestra hermosa jóven abrió con mano temblorosa la carta del marqués, y como sus ojos, llenos de lágrimas, apenas podían leerla, nuestros lectores nos permitirán que la leamos con ella.

Hé aquí lo que decía:

«Mi querida Margarita: Dios te ha inspirado sin duda el dirigirte á nosotros dándonos noticia de tu paradero: desde que me separé de tí en la puerta del convento, me ha sido imposible volver á hallar el menor indicio del lugar en que te encuentras, lo cual me prueba que hemos sido víctimas de una intriga, que yo no me explico, pues juraría sobre mi alma que la mujer que te reclamó es en efecto tu hermana; tanta es la semejanza que contigo tiene.

«Al día siguiente de separarme de tí, fuí á buscarte á la calle de Valverde, con las señas que esa mujer con quien estás dejó en casa, y con las que el cochero me dió del lugar en que te ha-

bia dejado; pero en vano pregunté y busqué por todas partes: nadie conocia á Manuela Gomez, y nadie tampoco me daba razon de quién pudiera ser.

«Esto me hizo sospechar que habia sido engañado, y aunque á nadie participé mi disgusto, te hice buscar; pero todo ha sido en vano.

«Vuelvo á decirte que Dios te ha inspirado el medio mejor de facilitar el encontrarte, dirigiéndote á Laura, que te quiere como siempre y no te olvida.

«Pregunta á esa buena muchacha que te sirve, la calle, el número y el piso en que estás y escíbeme sin dilacion, para que yo vaya á buscarte y te traiga de nuevo á nuestro lado, de donde nunca volverás á salir; pues tú, amada Margarita, eras la alegría y la luz de mi casa, donde sin tí todos están tristes. Laura llora con frecuencia pensando en su hermana; mamá te recuerda con cariño y pena, y pide á Dios verte pronto: Amadeo no te olvida, y yo, hija mia, anhelo estrecharte en mis brazos lo antes posible.

«Animo, pues, Margarita mia: no te affijas y ten esperanza: no dudes que Dios no te abandonará y que volverás á nuestros brazos para ser feliz en este hogar que tú llamas *paraíso*, y que si lo es hoy, falta en él uno de sus ángeles.

Te abraza y te ama

PEDRO.»

Imposible seria expresar el placer que inundó el alma de Margarita al leer esta carta.

Aquellos seres tan amados á quienes habian intentado calumniar, se rehabilitaban con una sola palabra.

Ellos eran siempre unos nobles y generosos protectores, y su caridad no era la limosna ofensiva que se arroja, sino el amor desinteresado, el afecto santo que va á buscar la desgracia para remediarla, y el dolor para consolarle.

Temblando de alegría ocultó la carta en su pecho, y más tranquila, más dichosa con la esperanza de volver al lado de los que la amaban, desató sus cabellos y comenzó á peinarse ante el espejo.

Oía la voz de su antipática tia, y temiendo su presencia no se atrevió á leer de nuevo el querido papel que tanta dicha traía á su corazón.

Doña Catalina entró en efecto en el cuarto.

—Vamos, —dijo, —hoy has madrugado, ¿estás ya buena?

—Buenos dias, —dijo dulcemente Margarita, —ya estoy mejor.

—Hoy vendrá Manuela...

—¿La ha visto V.?—preguntó Margarita que se habia estremecido.

—No, pero hace dos dias que no viene.

—Es verdad.

—Ahí te ha mandado un regalo.

—A mí!

—Sí, dos bonitos trajes de seda, y un sombrero.

—¡Ah!

—Pues, hija, me parece á mí que te debes alegrar; tu hermana no tiene obligacion de vestirse con lujo.

—Yo se lo agradezco mucho,—dijo ruborizándose Margarita;—pero como no salgo.

—Tú saldrás, y no tardará mucho tu hermana en llevarte á todas partes; cuando se tiene una cara como la tuya y diez y siete años, el encerrarse es una tontería!

Margarita nada dijo.

—Es preciso,—siguió la vieja,—que pierdas ese aire de convento. Pareces tonta, y las mujeres simples no le gustan á nadie.

—Pero si yo no quiero gustar...

—¡Eso es! ¡Piensas quedarte para vestir santos! Tú no tienes más que tu bonita cara, y esto no es poco si se sabe utilizar.

Margarita enrojeció, y de nuevo guardó silencio.

—Eso es, cambia de color á cada palabra mia,—murmuró la vieja,—con trabajo se podrá hacer nada bueno de tí, y yo me tengo la culpa que te doy consejos!...

La vieja salió murmurando, y Margarita llevó la mano á su pecho para tocar el papel y convencerse de que no era un sueño la esperanza de verse pronto libre de aquella odiosa mujer.

No habia acabado de peinarse cuando oyó la voz de Regina, y en breve esta apareció en la puerta.

—Buenos dias, mi querida Margarita,—dijo besándola cariñosamente:—¿estás ya buena?

—Sí, ya estoy mejor.

—Veamos esos ojos: ¿has llorado?

—No,—dijo Margarita confusa.

—Sí, no tengo duda, vamos, alguna tontería de nuestra tia; no le hagas caso!... ¡Es tan fastidiosa! ¡El dia que puedas vivir conmigo, verás qué diferencia! ¿Has visto los trages que te he enviado?

—No.

—El negro es mio; pero creo que te estará bien. El azul lo han hecho para tí: es precioso, voy á probártelo.

Regina llamó y pidió los vestidos.

—Veamos cómo sienta el azul á tu pelo rubio y tú cutis de nacar.

—¡Oh! déjalo ahora,—dijo Margarita que temblaba por su carta,—no estoy buena!

—¡Qué tontería! Yo quiero verte adornada.

—Mañana .

—¿Por qué? ¿Qué nuevo capricho es ese?—dijo Regina irritada.

—No es capricho,—dijo con resolución Margarita,—es que no estoy buena y no quiero desnudarme; pero si te empeñas...

—No, no quiero contrariarte, dejémoslo para mañana.

—¿Qué haces aquí?—preguntó á Teresa que habia llevado los vestidos y se habia quedado oyendo á las dos hermanas.

—¡Pues, nada!

—¡Entonces, márchate! ¡Pues, no es poco tonta!...

Margarita no se atrevió á defenderla, y terminado su sencillo peinado fué á sentarse junto á Regina.

—Hablemos seriamente,—dijo esta.

Margarita tembló como si creyera que Regina iba á adivinar que habia recibido una carta del marqués.

Dejó á su hermana que tomase su mano, y fijó en ella los ojos para escuchar.

—Tú amabas mucho á Amadeo, ¿no es verdad?—preguntó Regina.

—Sí, pero ¿á qué viene esa pregunta?

—¿Tienes valor para oír lo que te diga?

—¡Dios mio! Sí, dilo pronto.

—¿Conocias tú entre la sociedad que os rodea-

ba una jóven llamada Rosario, hija del baron de los Rios?

—Sí, es muy amable, y era amiga de Laura y mia.

—Pues bien; Amadeo, que tenia relaciones con ella, ha desafiado á su primo el marino...

—¿Y cómo sabes tú eso?

—Ese marino que se llama Manuel de Vargas, está herido gravemente, y Amadeo ha huido á Francia temiendo que se le busque; sus padres le han seguido, pero antes han pedido la mano de Rosario, la cual ha sido concedida; y el verano se casarán en París.

—Pero eso no puede ser,—dijo Margarita que temblaba;—Rosario amaba á su primo, y Amadeo jamás se fijó en ella!

—No sé decirte de lo que pasaba antes, sino de lo que ahora pasa.

—¿Pero tú cómo lo sabes?

—Por un amigo de Amadeo.

—¿Y, hace mucho que se han ido?—preguntó con angustia Margarita.

—Hará unos cuatro dias,—dijo tranquilamente Regina.

Margarita respiró: una chispa de alegría brilló en sus ojos, pues la carta del marqués, escrita algunas horas antes, le decia que su hermana mentia ó se engañaba.

Una dulce esperanza cubrió el momentáneo dolor que la habia agitado; si todo era mentira, ella no tenia nada que temer de aquella fábula de amores que se la contaba.

Comprendió, sin embargo, con esa rápida apreciacion de las cosas, que Dios ha concedido á la mujer, que debia ocultar sus impresiones, para no despertar la desconfianza de aquella que se llamaba su hermana y que solo gozaba con hacerla sufrir.

—¡Ah!—dijo, sin atreverse á pronunciar una sola palabra.

—Así, pues, mi querida Margarita, yo he decidido llevarte conmigo á todas partes; eres hermosa, y encontrarás muchos hombres que te amen.

Margarita tampoco contestó.

—Yo conozco uno que está enamorado de tí.

—¡De mí!

—Sí; te conoce de haberte visto en casa del marqués, y yo te encargo que si te habla seas amable con él: eres pobre, y necesitas un apoyo.

—Pero si yo no hablo con nadie.

—No importa, en adelante hablarás. Mañana por la noche te presentaré en el teatro y le conocerás.

—¡Mañana!

—Sí: te vistes con ese traje azul que no has

querido probarte. Te pones un lazo azul en la cabeza, y te vas con la tia Catalina ; yo te esperaré en mi casa.

—¡Déjame aquí!...

—¡Oh, no! Seria una injusticia y una crueldad encerrarte. ¡Hasta mañana!

—¡Manuela, yo te aseguro que no quiero salir!

—¡Bah, aprensiones de niña mimada! Mañana á las ocho de la noche, el coche estará á la puerta.

Besó á Margarita, y salió.

En vez de dirigirse á la puerta, se fué hácia el pequeño cuartito que servia de comedor.

Casimira estaba allí.

Regina miró á todos lados, y vió que estaban solas.

—Mañana la llevas á casa de Cármén, ya sabes á dónde es : el coche vendrá á las ocho, dices que vais al teatro y la haces que se vista bien.

—Si puedo. ¡Buen genio tiene la niña!

—¡Vamos, Casimira, un poco de paciencia; ya vamos acercándonos al fin!

—¿Y qué hago yo en casa de la Cármén?

—Nada; la dirás que es mi casa, y que vas á dejarla conmigo : sales para avisarme, y escapas como alma que lleva el diablo.

—¡Milagro será que no me lleve con estos enredos!

—¡Ya lo creo! ¡Con estos y los otros!... Esa

es la fortuna que tienen los condenados, que como ya la cosa no tiene remedio, pueden hacer cuanto quieran.

—¡Regina, no hables así!

—¡Chist! ¡No me digas Regina, y adios! Mañana en casa de la Carmen á las ocho; y luego vete á casa, tengo que hablar contigo.

—¡Ah! —decia la tosca Teresa abriendo mucho la boca y los ojos, porque acababa de escuchar las últimas palabras;— con que la señora Manuela no se llama así, y habla de tú á la tia, y la dice que está condenada!... ¡Lo que es eso, bien me lo sospechaba yo! ¡Jesús, María y José! ¡Yo no quiero vivir en esta casa, que esa mujer huele á azufre! ¡Ave María! ¡Condenada! ¡Y qué querrá hacer de la pobre señorita, tan buena y tan hermosa! ¡Dónde la llevará? No; pues lo que hace por mi parte lo he de saber, porque el sereno es mi amigo, y yo se lo diré... ¡Dónde irá esta mujer condenada? ¡Jesus, el dulce nombre de Jesus! ¡No me llega la camisa al cuerpo!...

En tanto que la buena montañesa tenia este monólogo entre sus dientes, Margarita se disponia á escribir al marqués, aprovechando el pedacito de lápiz y el pliego de papel pintarrajeado que la Teresa guardaba para su bravo aragonés.

Veamos lo que le dice, ya que hemos empezado á ser curiosos leyendo las anteriores.

«Mi querido y respetable padre: Yo no sé explicar á usted la alegría que su carta ha traído á mi corazon, pues yo he sentido al leerla lo que debe sentir el prisionero que recobra la libertad, el ciego que recobra la vista y el desgraciado que recobra la esperanza. ¡Ah, padre mio! mi bueno y querido señor, cuánto he llorado desde que salí del convento!

«Esta mujer que dice que es mi hermana, y esta otra que dice que es mi tia, me tienen como prisionera, en una casa oscura y triste en donde apenas entra el sol, y donde no se encuentra ni siquiera una imágen de la Virgen á quien pedir amparo, ni un Crucifijo de quien esperar proteccion.

«Todo lo que me ha pasado desde que salí del convento es tan extraño, que voy á contárselo á usted, esperando que su talento sabrá adivinar lo que yo, por no comprenderlo, le diga de un modo confuso é imperfecto.»

Margarita contaba aquí todo cuanto le habia sucedido al lado de Regina: aquella equivocacion de casa, que las hizo ir en busca de la que ahora ocupaba, en otro coche que el del marqués; aquel billete misterioso; todos los accidentes de aquel baile, en el que oyó la voz de Amadeo; su desmayo, y luego las palabras de Regina, desde aquellas en que le hablaba mal de sus protecto-

res, hasta estas en que acababa de anunciarle el desafío de Amadeo.

Solo que Margarita, con un temor delicadamente candoroso, excluía de esta amplia confianza las palabras que se referían á su amor á Amadeo.

Después le decía cómo Regina demostraba deseos de presentarla en público, y cómo la hablaba de cosas que la hacían temblar y enrojecer.

Con las señas de la casa, acababa diciendo: «Esto es todo lo que me ha sucedido, padre mio, y yo le ruego que venga á llevarme pronto; esta hermana y esta tía no me quieren, y yo, yo no puedo querer sino á los que han sido para mí unos padres tan buenos, á los que me han enseñado y protegido, á los que permiten á la pobre huérfana que se crea su hija. Yo no sé por qué tengo miedo de que usted tarde. ¡Por el amor de Dios, venga usted pronto!...

«Dígale usted á Laura que á cada hora del día la bendigo; á mamá que no comprendo la felicidad sin estar á su lado, y á Amadeo y á usted, mi querido padre, les envío todo mi corazón.

»MARGARITA.»

La jóven leyó su larga carta, la plegó y la

guardó en su pecho, despues de ponerle el sobre.

Teresa entró para avisarle que la esperaba el almuerzo.

—Teresa, ¿llevarás otra carta?—preguntó tímidamente la jóven.

—¡Ya lo creo! Y ahora mismo, que voy por carbon. ¡Si usted supiera!...

—¿Qué?—preguntó Margarita.

—Nada, nada. ¡Jesús! Si no fuera por usted, no estaba yo aquí... ¡Condenada!...

—¿Qué dices?

—Me voy, señorita; pero cuando esté usted sola con la señora Catalina, haga usted la señal de la cruz.

La jóven salió, y Margarita, que no la habia comprendido, segura del porvenir de su carta, al ver á Teresa abrir la puerta de la escalera, se dirigió al comedor, no sin sonreirse de las tonterías de la montañesa.

XXIV.

De cómo Camilo se cree el más feliz de los hombres.

Si los fenómenos que tienen lugar en el mundo moral fuesen visibles, como los del mundo físico, veríamos que guardan una correlación admirable los unos y los otros.

Las pasiones, especie de nubes de ese espacio ilimitado que se llama pensamiento, el cual oculta, como un éter impalpable, ese cielo que se llama alma, toman tan diversas formas como las que, condensándose en la atmósfera, cruzan á nuestra vista.

Como en éstas, hay nubes rosadas con reflejos de oro; nubes blancas, que semejan una suave manta de algodón; nubes grises, que no encuentran los ojos, pero que no inspiran temor alguno; y nubes negras, cargadas de electricidad, borda-

das de fuego, que forman una bóveda plomiza sobre nuestras cabezas, como una amenaza que flota entre el cielo y la tierra.

Las pasiones tienen tambien esas distintas fases.

Las hay tan poéticas, tan bellas como las nubes rosadas; tan inocentes y sencillas como las nubes blancas; tan desprovistas de encantos, pero tan inofensivas, como las nubes grises; y por último, tan fatales, tan aterradoras como las nubes negras.

Muchas veces un mismo sentimiento vá cambiando en formas diversas, como una misma nube en diversos matices.

¿De qué proviene ese cambio? ¿Quién podría indicarlo?...

La psicología se detiene ante esos efectos, cuya causa será siempre desconocida; porque si las pasiones son siempre iguales, ellas no obedecen á los mismos móviles, y no se demuestran con las mismas manifestaciones.

Cada sér es un universo nuevo; cada inteligencia ofrece con sus sentimientos un *más allá*, eterna desesperacion del fisiólogo, que vé su ciencia incompleta; porque la ciencia, ¡ay! no ha llegado todavía á hacer el molde en que ha de encerrarse el pensamiento humano.

De nada, pues, nos serviría recordar hechos

y hacer consideraciones, para venir á conocer el estado patológico de uno de nuestros personajes: lo presentaremos en escena, y él se dará á conocer mejor que nosotros pudiéramos hacerlo.

La pasión de Camilo habia pasado por todos esos fenómenos de que hemos hablado, trasladando al mundo físico la sensación puramente abstracta.

De una impresion vaga y dulce habia pasado á ser un poético sueño, un empeño real, y por último, una pasión que, avivada diestramente, se convertia en un grave suceso de su vida; era la nube negra que se alzaba en aquel horizonte hasta entonces despejado.

Desde esa cumbre ideal que se llama ilusion, donde la vista descubre nuevos mundos que van surgiendo sobre las brumas de la esperanza, Camilo habia soñado en la superioridad sublime que dá al hombre ese soplo inmortal que le anima, esa impresion misteriosa que sin duda han sentido los ángeles y que se llama amor; pero el sencillo jóven se iba sintiendo arrastrar hasta ese abismo de materialidad grosera en que las alas del ángel, esto es, los sueños celestes que nos animan, se deshacen al choque inmundo de otros instintos; y sin darse cuenta de lo que hacia, sin sentir esa caida moral de que el corazon no suele volver á levantarse, sus generosos deseos, sus es-

peranzas sublimes, sus amores ideales, iban huyendo ante otras sensaciones, más nuevas y más poderosas.

Nuestro jóven ya no amaba á su misteriosa amiga de esa manera dulce y vaga con que amamos una memoria sagrada.

Su amor habia arrojado los velos en que su pensamiento le envolvía, y aparecía grande, exigente, sediento de emociones, como una especie de fiebre del alma.

Camilo, ante la nueva faz de sus sentimientos, sentía la admiración y el deslumbramiento, como un artista novel que hubiese contemplado una de las magníficas estátuas de Atenas velada en riquísimos paños, y al ir arrancándolos con asombro, descubriera al fin las formas, deliciosamente modeladas, del hermoso busto desnudo.

Bien fácil es comprender que ante esta impresión poderosa, las demás impresiones habían desaparecido como las estrellas ante la luz del sol.

Margarita era su único y exclusivo pensamiento, su ambición y sus sueños.

La imagen de Laura se aparecía alguna vez en su memoria; pero tímida y como avergonzada de los sentimientos que descubría, se alejaba con rapidez.

Camilo, sin conocer apenas en la sociedad en

que estaba á otro que á su compañero de viaje, rota su amistad con Amadeo, á él se entregaba en cuerpo y alma, y le dejaba tomar siempre la iniciativa en sus asuntos, como si se tratara de un antiguo amigo de su casa que pudiese dirigirlo con sus consejos.

En la mañana de este dia en que volvemos á hallar al jóven americano, Luciano Gonzalez, el digno amigo de Regina, le habia llevado á ver al director de aquella sociedad minera, que segun habia dicho á Camilo, se formaba en secreto para no verse obligados á repartir las acciones; y convencido por los datos luminosos y las explicaciones claras y precisas del director, Camilo admitió aquella ganancia segura que se le ofrecia, y firmó una letra por valor de cuarenta y cinco mil duros sobre una de las casas más fuertes de la Habana en donde el jóven tenia una parte de sus capitales.

Finalizado ya á satisfaccion de todos este negocio, Luciano dejó libre á su amigo, y corrió, decia él, á ver á los demás socios, entre los cuales se contaba, para ver de activarlo todo y empezar los primeros trabajos.

Pero en cuanto ajustó cuentas con el bribon que habia hecho de director, y cuya presentacion á nuestros lectores escusamos, por creer que para nada les interese conocerlo; en cuanto le

pagó, decimos, el papel que habia hecho, y recogió la letra de sus manos, fué á ver á Regina que le esperaba.

Le dió cuenta de lo fácilmente que aquel negocio se habia llevado á cabo; y mediante un recibo de veinticinco mil pesos que Regina le entregó, puso la letra en sus manos.

—Pienso irme á América,—le dijo la bella pecadora,—y me será fácil cobrarla.

—Y á mí, ¿quién me pagará?—dijo con cinismo Luciano.

—Yo tengo dinero en el Banco; y además, mis alhajas valen más que esa cantidad.

—¡Oh, ya lo sé! ¡Con tal que no des antes cuenta de ellas!

—¡Luciano! ¿Te he engañado alguna vez? Además, ¿qué falta me hacías, si no hubiera querido darte á ganar ese dinero?

—Te diré: yo no veo muy claro para lo que te he servido; pero no hay duda que tú me necesitabas. Sin mí no hubieras dispuesto del sándio americano como lo has hecho.

—¡Lo mismo!

—¡No lo creas! ¿Y le seguirás escribiendo?

—No: ya me cansa.

—¿De modo que no tengo ya nada que advertirle?

—¡Oh, no! Antes me harás el favor de no ir á verle en unos dias.

—¿Y si sospecha?

—¡Bah! ¡Qué ha de sospechar!

—En fin, sea como tú quieras; ¡espero que me pagarás pronto!

—No lo dudes; y acaso, acaso, te dé á ganar mucho más.

—Hija mia, ¡Dios quiera que ese acaso se cumpla segun mis deseos!...

Nuestros lectores nos perdonarán esta digresion, que puede interesarles, y que quizás más adelante no nos fuera fácil hacer, por la rapidez con que los hechos van á sucederse.

Volvamos á Camilo y expliquemos el por qué de su alegría.

La esperada carta, aquella carta que venia á ser la constante preocupacion de su vida, llegó á la hora acostumbrada.

En vez de vagas promesas, de dudas y recelos, de palabras de amor y de tristezas sin motivo, como la generalidad de las cartas que la misteriosa Margarita escribia, esta última, como si fuera el sello de una resolucion suprema, la rotura de algun lazo sagrado, ó el olvido de algun deber, estaba escrita con ese arretrato de la passion que es una especie de locura.

Hé aquí algunos de sus principales párrafos:

«¡Camilo! ¡Camilo! ¡Te quejas de que te amo poco, de que no te pruebo mi amor!

Pues bien: ¡voy á darte la más grande de las pruebas! ¡Voy á olvidar por tí mi porvenir y mi pasado, mi vida entera! ¡Voy á levantar con esta carta un abismo entre mi ayer y mi mañana: el primero pertenece á una fatalidad invencible, el segundo será tuyo!

¡Tuyo, Camilo! ¡Comprendes esta felicidad? Ser tuya, pertenecerte como tu propio corazon, apurar toda la dicha que me ofrece tu amor, y para siempre unirnos en una sola voluntad y un solo deseo."

.....
"Nada te pido, nada puedo pedirte sino que me ames siempre; todo lo dejo por tí; que encuentre en tu amor la compensacion de lo que pierdo!..."

.....
"Hasta muy pronto: esta noche á las nueve estaré en la calle del Florin, núm. ***; pregunta en el segundo piso de la derecha por Marta, es una abreviatura familiar de mi nombre, y allí estaré."

.....
"Perdona si mi timidez te hace dudar de mi amor; perdónalo, y no lo extrañes: en mi carácter es invencible. Esa casa en que me hallarás es la de una amiga que me la cede por algunas horas; despues, como yo saldré contigo y te seguiré, es inútil volver á ella.

«Tú me ocultarás cerca de tí, y me llevarás á ese bello país que yo amo porque es el tuyo.»

.....

«No tardes, y hasta muy pronto.

»MARGARITA.»

Camilo, al acabar de leer esta carta, tenia en sus ojos algo del insensato desvarío de un sonámbulo.

—¡Ella, —se decia,— Margarita me ama! ¡Vá á ser mia, mia para siempre! ¡Todo lo deja por mí, yo soy para ella lo único en el mundo! Dice que su pasado pertenece á la fatalidad; y bien... ¡yo lo acepto tal cual sea!... ¡Oh! ¡Yo no comprendo sus temores y sus dudas! ¿Será que no es libre? ¿Aquella corona que tenia el papel de su primera carta indicaria eso?... Pero no: más bien debe referirse á esos amores de Amadeo, de los que apenas se atrevió á decirme otra cosa que la infamia de éste hácia mi pobre hermana. Sí, eso es; ella se habrá imprudentemente comprometido con Osorno, y de ahí su temor. ¡Oh! ¡Una vez que ella esté á mi lado, nada tiene que temer! Es amiga de Margarita, la buscaremos, y ¡quién sabe si por ese medio hallaré á mi pobre hermana!... ¡Oh, sí! ¡Dios se vale de medios bien extraños!...

Seria inútil, á más de difícil, seguir el vuelo

á los pensamientos de Camilo: basta con añadir que, haciendo preparar habitaciones en el *Hotel* para una hermana, que, segun dijo, esperaba, contó, con esa ansiedad del alma que no iguala á nada, á que llegase la hora venturosa de acudir á la cita.

XXV.

De cómo el hombre, creyendo obedecer á sus deseos, obedece á la voluntad de Dios.

Margarita, inquieta, asustada, estaba sola en la pequeña salita de la casa á que la habia llevado la Casimira, en la calle del Florin.

Todo se hizo como Regina habia indicado; la pobre niña, que creia estar en casa de su hermana, comenzaba á sentir un temor vago, ante aquel silencio y aquella inmovilidad.

Estaba muy bella, muy elegante con el traje azul regalo de Regina, y sus hermosos cabellos rubios, casi flotantes, en uno de esos peinados sueltos y vaporosos, solo tenian por adorno un lazo de seda y encaje.

Cansada de su inmovilidad, dejó el abrigo y

los guantes sobre un sillón, y se dirigió á un espejo para arreglar sus rizos.

Un golpecito ligero dado en la puerta la hizo detenerse; creyó que era su hermana la que llamaba, y dijo con viveza:

—Entra.

La puerta se abrió, y Camilo Alvarez de Leon apareció en ella.

Margarita sorprendida, pero creyendo que se trataba de una visita de la casa, quedó inmóvil y sin decir una palabra.

Camilo, muy conmovido, y muy turbado también, dejó el sombrero y se dirigió hacia ella, que de pie é inmóvil le miraba.

—¡Margarita!—exclamó con pasión tomando su mano,—¡oh, al fin te veo!...

La jóven, separando su mano, le miró con extrañeza, y murmuró:

—¡Caballero!

—¡Oh, no!—dijo Alvarez sin comprender el sentido de estas palabras:—llámame Camilo; ¿acaso no te gusta mi nombre?...

Y al decir esto tendía su mano para estrechar de nuevo la de Margarita, que ruborizándose de las palabras que oía, estaba deliciosamente bella, con las mejillas encendidas y los ojos brillantes.

—¡Caballero, yo no le conozco, no compren-

do lo que aquí sucede; pero sin duda usted se equivoca!

—¿Pero es que no me conoces, Margarita? Yo soy Camilo Alvarez de Leon, el hombre á quien tú esperas, el hombre á quien tú amas; tu amigo, tu...

—¡Oh! esto es una broma demasiado pesada, caballero: yo no tengo amigos, y por último, no le conozco á usted.

—Margarita, —dijo Camilo confuso, —yo no me explico este cambio; yo he venido á buscarte segun tus deseos... ¡oh! ¿es que quieres probar mi amor?—preguntó con apasionado acento el jóven.

Margarita se dirigió á un cordon de campanilla y llamó con fuerza.

Nadie apareció.

Camilo la miraba absorto.

Aquella mujer era la misma que habia visto desmayada en sus brazos; la misma, creia él, que le habia escrito aquellas ardientes palabras de amor, aquellas voluptuosidades veladas en vagas aspiraciones, que habian despertado su corazon al sentimiento; la misma, en fin, que le habia citado aquel mismo dia, advirtiéndole que no extrañase su timidez... pero aquella no era la amante tímida; era la mujer irritada, la mujer digna que no comprende, que no quiere comprender la ofensa.

—¡Oh! ¡no vienen!—murmuró Margarita en tanto que por la primera vez sospechaba de un engaño;—¡no vienen! ¿qué quiere decir esto?

Camilo, ante la actitud pensativa y silenciosa de Margarita, creyó que él se había engañado suponiendo desde lo que era un rubor muy justo ante el amante á quien se vé por la primera vez, y dando un paso hácia ella la dijo con ternura:

—¿Por qué llamas, Margarita mía? ¿tienes miedo de la soledad conmigo, sabiendo que yo respetaré tu voluntad en todo? ¿No has visto cómo siempre te he obedecido?

—¡A mí!

—Sí, recuerda bien; todo aquello que tú desees, es una orden para mí!

—¡Usted se equivoca! Yo no le he visto jamás, y mal puedo haberle dado orden alguna.

—¡Que no me has visto! ¡Margarita! ¡Margarita! ¡Oh! ¡no te comprendo!...

—Lo que yo no comprendo es esa familiaridad con que usted me habla, ni esas palabras con que parece querer recordarme algo! No sé dónde estoy, creo que me han engañado al traerme aquí, y quien quiera que usted sea le ruego que me diga lo que esto significa.

—Ah, señora! perdon por esa confianza que ha extrañado, y que usted misma me ha concedido.

—¡Yo! ¡oh, Dios mio! ¡Estará loco este hombre!...

—¡Margarita!—gritó Camilo sintiendo subir á su cabeza la oleada ardorosa de la ira,—se ha burlado usted de mí, ¡y vive Dios! que no lo consentiré.

Y con la mirada ardiente y los lábios temblorosos, dió un paso hácia Margarita y, antes que la jóven pudiera evitarlo, rodeó su talle con los brazos, y la estrechó contra su pecho.

Margarita dió un grito, un grito de dolor y de sorpresa, y pugnó por desasirse.

Camilo, al ver aquel rostro adorado tan cerca del suyo, al sentir el tibio calor de aquel aliento rozando su frente, sintió una especie de vértigo que empujaba su sangre en oleadas de fuego desde su corazon á su cabeza, tembló convulsivamente, y dejó caer los brazos, que como un lazo de hierro sujetaban á la jóven.

—Ah!—dijo la hermosa niña, mirando fijamente al pecho de Camilo, y olvidando, al parecer, presa de una suprema angustia, su situacion y su terror: ¡Amadeo! ¿Qué ha sido de Amadeo? ¿Cómo es que él no tiene el medallon?...

Estas palabras volvieron á Camilo á la realidad, y un ligero rubor coloreó su frente, avergonzándose, sin duda, de su arrebató.

Al ver que la jóven le preguntaba por Ama-

deo con aquella expresion de terror, no comprendió nada más, y creyó que se trataba del desafío.

—Tranquilícese usted,—dijo con una ligera ironía,—está fuera de peligro.

—¿Con que es verdad? ¿Con que se ha batido?

—¿Lo duda usted, señora?...

—¡Ah! ¡Dios mio, Dios mio! ¿Y por qué? ¿Con quién?

—¡Ah! ¡No creí que me citara usted para pedirme noticias, que sabe, de ese hombre al que me aseguraba usted odiar!...

—¡Yo! ¡Yo odiarle! ¡Imposible!

—¡Ah! ¡Ha olvidado usted sus palabras!...

—¡Mis palabras! ¡Pero yo voy á volverme loca! ¡Esto parece un sueño... mis palabras! ¡Cuándo he hablado yo á este hombre, Dios mio!

—¿No lo quiere usted recordar?

—Y bien, yo no comprendo, yo no puedo explicarme lo que esto es, pero yo le ruego que me hable de Amadeo... ¡Usted lo ha visto, usted sabe algo de él, sin duda; algo muy triste cuando no me lo dice!... ¡Ah!... Yo quiero saberlo todo.

—¡Ah, Margarita!... ¿Le amas todavía?

—Sí, siempre. ¡Oh, siempre!...

Camilo, pálido como un cadáver, con la mi-

rada impregnada de esa luz sombría que precede á la ira, como un relámpago fugaz, miraba fijamente á Margarita.

—Y si le amábais á él, señora,—dijo al fin,—¿por qué me habeis mentido, por qué me habeis obligado á herirle, por qué me habeis enloquecido con vuestras promesas de amor, y por último, por qué me citais aquí?

—¡Oh! ¡Nada de eso es verdad, caballero! Yo juro que no conozco á usted.

—¡Ah señora! No me obligue usted á decirle que el primer paso que nos ha aproximado lo ha dado usted.

—¡Yo! ¡No sabe usted lo que dice!

—¡Ah! ¡Es para volverse loco! ¿No me habeis escrito citándome al baile de la ópera? ¿No me habeis contado allí una historia de infamias de Amadeo? ¿No ha querido este abofetearme á vuestra vista, produciendo vuestro desmayo; y por fin, no me habeis escrito todos los días, hablándome de nuestro amor, y citándome aquí para probarme el vuestro, abandonándolo todo por mí, y huyendo conmigo?

—¡Oh! ¡Imposible, imposible!... ¡Usted, sin duda, me equivoca con otra mujer!...

—No,—dijo con amargura Camilo,—es que he sido un juguete en vuestras manos. ¡Ah! ¡Si no fuéseis una mujer, os despedazaba entre las mias!...

Camilo, ronco de ira, miraba á Margarita, que temblorosa, con los ojos llenos de lágrimas, se habia apoyado en un sillón para no caer.

—Yo no os conozco,—volvió á decir.

—¡Ah! Y entonces, ¿cómo habeis reconocido este medallón; cómo?...

—¡Ese medallón es mío! Amadeo le tenia, y yo sé que Amadeo, de no haber muerto, no puede haberlo dado, ni haberlo perdido; ¡él me lo juró, y él no miente!

—¡Vuestro!—dijo con extrañeza Camilo,—¿que es vuestro este medallón? ¿Qué nueva farsa es esa, señora?

—¡Ah! por favor, ¡dígame usted cómo es que Amadeo le ha perdido!...

—¡Amadeo! ¿Y qué tengo yo que ver con Amadeo, señora? ¿Quereis hacer que me arrepienta de mi generosidad en no haberle matado?

—¡Dios mío! ¡Pero él vive! ¿Y entonces ese medallón? ¡Oh! por Dios, dígame usted, ¿cómo es que está en su poder?

—¡Basta ya, señora! ¡No puedo por más tiempo someterme á vuestras burlas! Este medallón es mío, y usted lo sabe muy bien.

—¡Vuestro!—dijo Margarita arrebatadamente.—¡Vuestro! ¡Mentís! ¡Oh! ¡Mentís! ¡Es el mío!

Camilo, al oirse lanzar aquel mentís, dió un

salto de tigre hacia Margarita, y cogió su mano con violencia.

Pero la indignacion y la cólera de sus miradas, fué á caer sobre un rostro tan dulce y tan bello, que un recuerdo vago y confuso brotó en su memoria.

—¡Ah!—murmuró entre dientes, con voz que temblaba de ira,—parece imposible que un rostro de ángel oculte un corazon de demonio.

—Espliquémonos, señora,—dijo invitando á Margarita á sentarse, y sentándose él mismo;—es inútil que me insulteis, porque sois mujer, y he de oirlo impasible, pero evitemos el herirnos mutuamente: ¿por qué me haceis la ofensa de suponer que miento, al afirmar que una prenda que llevo me pertenece? ¿Me tomáis por un ladron?

—Perdone usted mi ligereza; pero si ese medallon era de Amadeo, ¿cómo es que hoy es de usted?...

—Este medallon no ha sido jamás de Amadeo, y usted sabe muy bien que el que Amadeo tiene es otro igual.

—¿Otro igual? ¿Pero es acaso posible?

—Señora, ¡esto es inexplicable! Ó los dos somos víctimas de un grave error, ó usted quiere someterme á una prueba ó á una burla!...

—No comprendo,—dijo Margarita, abriendo mucho sus cándidos ojos azules.

—¡Y yo empiezo á dudar hasta de mí mismo, señora!

—Para probar á usted que conozco ese medallón, que es el mismo que Amadeo tenía, le diré que en su interior debe tener grabado el nombre de Mauricio.

—Y yo le recordaré, señora,—dijo trémulo y descompuesto de ira Camilo,—que de ese medallón que tenía Amadeo pensó usar para hacer á usted pasar por Margarita...

—¡Por Margarita!... ¡Pero si yo soy Margarita!

—¡Y bien! Margarita, la mujer á quien Amadeo de Osorno sedujo y abandonó, le dió en prenda de amor ese medallón de su padre, y el infame ha querido con él hacer que usted ocupe el lugar de mi pobre hermana.

—¡Su hermana! ¡Qué misterio es este, Dios mío! ¡Yo soy esa Margarita huérfana que ha dado el medallón á Amadeo; pero él no me ha seducido ni abandonado, ¡no! ¡y mil veces no! ¡Él ha sido siempre noble y bueno para mí!

—¡Oh! ¿Qué es esto? ¿Pues no era esa Margarita su amiga, y usted era la que debía ocupar su lugar, engañándome, según pretendía Amadeo? ¡Si es usted misma, entonces usted es la hermana que busco!

—¡Su hermana! Yo no comprendo nada de lo

que aquí sucede: yo solo sé que he tenido toda mi vida un medallon como ese; que este medallon debe tenerlo Amadeo, y no me explico cómo usted tiene otro igual.

—Este medallon era de mi padre; él debía servirme para reconocer á una hermana, que debe tener diez y siete años, ser rubia, blanca, con los ojos azules...

—¡Dios mio! Yo conservo la idea de haberme oído decir, cuando niña, que esa joya era un recuerdo de mi padre, que por ella me conocería... ¡Yo soy huérfana!...

—¡Ah! ¡Seria posible! Perdone usted, pero debe haber otra seña extraña...

—Un lunar sobre el hombro derecho, grande como una violeta, y de esa forma. ¡Sí, yo le tengo!...

—¡Margarita!... ¡Dios mio! ¡Es posible! ¡Todo lo que me sucede es tan extraño!...

El traje de sociedad de Margarita se escotaba en cuadro sobre su pecho: la niña arrolló un poco el escote, y dijo á Camilo:

—¡Mire usted!

—¡Ah!—murmuró Camilo asiendo las manos de Margarita, y mirando con ánsia aquella extraña señal oscura, que tenia exactamente la forma de una violeta disecada, y que se destacaba admirable sobre el blanco cútis;—¡mi hermana!

¡Mi hermana eres tú! ¡Margarita! ¡Tú eres mi Margarita!

—¡Yo su hermana!

—Y bien: yo quiero saber, yo no me explico todavía lo que sucede. ¿Por qué me ocultaste que eras tú? ¿Por qué me hablaste de otra mujer? Si eras tú, ¿qué infamia habia en que Amadeo te hiciera reconocer por tu familia?

—¡Ah! ¡Yo no sé lo que usted quiere decir! ¡Yo juro por la vida ó por la gloria de mis padres, que no he dicho jamás una palabra de Amadeo que pueda creerse una acusacion; que no he dudado siquiera yo misma de su honra y de su amor!

—¡Ah, Margarita! Pero entonces... ¡no te ví. yo desmayada!...

—¡Ah!... ¡Era usted! ¡Ya lo comprendo, Dios mio! Yo no le hablé una sola palabra, yo tomé su brazo al salir del salon para bajar la escalera, y en aquel momento, no sé por qué, se me cayó la careta...

—Entonces, ¿quién habló antes conmigo?— preguntó Camilo, cuyas ideas se confundian.

—¡Mi hermana!

—¡Oh! ¡Acaba usted de decirme que es huérfana!...

—¡Dios mio! Yo creo ver que aquí hay un grande error ó una grande infamia; pero yo

no puedo esclarecer éste ni adivinar aquella.

—Veamos, Margarita ; y en nombre de lo que usted más ame, le pido que me diga la verdad.

—La digo siempre, y le prometo decirla ahora tambien.

—¿No acaba usted de decirme que no conoce á sus padres?

—Sí.

—¿Cómo entonces tiene una hermana?

Margarita contó á Camilo su estancia en una casa de campo, durante sus primeros años; la muerte de sus protectores y la adopcion de los marqueses de Costa-Rica; su amor á Amadeo; su retirada al convento; que una mujer llamada Manuela Gomez, y otra de más edad, Catalina Medina, se habian presentado á reclamarla, como hermana la una y tia la otra; que, entregada por el marqués, la habian ocultado en una casa desconocida; que se negaban á darle noticia alguna de su familia; y, por último, la carta y escena del baile de máscaras, y la extraña manera cómo la habian llevado allí, creyendo que iba á buscar á su hermana para acompañarla al teatro.

Camilo escuchaba profundamente pensativo: la niña le dió, en prueba de lo que acababa de decirle, la carta del marqués.

—¡Ah! ¡Ya no dudo! Pero yo no sé, no com-

prendo este infernal enredo... ¿Dónde vive tu hermana?

—¡No sé, jamás la he visto en su casa, creía que esta lo era!

—¡He sido engañado!... ¿Pero por quién?... He aquí lo que yo no me explico.

—¡Margarita,—dijo con un resto de duda,— hazme el favor de escribir en esta cartera tu nombre y la fecha de este día!

Margarita tomó el lapiz, fechó y puso su nombre, devolviendo la cartera á Camilo!

—¡Ah!—dijo este,—¡no es su letra; pero entonces!... ¿Quién es aquella mujer?

—¿Qué mujer?

—¡La que me habló en el baile; la que me ha escrito despues; la que me ha citado aquí!...

—¡Quizá la que se llama mi hermana!

—¿Conoces su letra?

—No.

—Pues bien, Margarita, yo soy hijo de ese Mauricio Alvarez de Leon, que es tambien tu padre... hé aquí en mi sello las mismas armas que conoces; este medallon es igual al que tiene Amadeo; he venido á Madrid solo á buscarte; ¿dudarás que eres mi hermana?

—No,—dijo muy conmovida Margarita.

—En ese caso, acepta mi proteccion; voy á buscar la mano infame que ha combinado esta

intriga; tú estarás á mi lado y me ayudarás á encontrarla.

—¡Yo no he hecho daño á nadie! ¿por qué me quieren mal!

—¿Tiene Amadeo algun enemigo?

—Yo no lo sé.

—Pues, mira, los infames de quien se trata creen que saldrás de aquí conmigo como amante, dejémoslos en su error!

—¿Qué quieres decir?

—¡Yo, Margarita mia, he creído esa farsa de que hemos sido juguetes! Yo, creyéndote otra mujer, te buscaba como amante...

—¡Ah!

—Sí, esto debe explicártelo todo, como esto me explica á mí que tú no me conocieras; ó han querido perderte, sin saber el lazo que nos une, ó comprometerme de algun modo.

Margarita temblaba.

—Nada temas,—dijo Camilo atrayéndola hacia sí, y besando castamente su frente;—Dios sin duda ha querido que esto suceda para que yo te encuentre; pero vámonos de aquí!

—¡Sí, vámonos!

—Esta casa está abandonada; tengo la seguridad de que no hay nadie en ella... al entrar, una vieja repugnante me ha guiado aquí; sin duda estaba en la intriga, pues

solo he tenido que preguntarle por Margarita.

—¿Cómo es?

—¡Pequeña, arrugada, con un pobre vestido negro y un pañolon grís!

—¡Ah! ¡era la que se decia mi tia!

—Probablemente habrá huido, ¡vamos á ver!

Camilo tomó el candelabro, y Margarita, envolviéndose en su abrigo, le siguió temblorosa y asustada.

El cuarto era pequeño: estaba habitado al parecer por una persona sola; pero, aunque todo estaba en orden, no encontraron á nadie.

—Ya lo ves,—dijo Camilo, dirigiéndose á la puerta de la escalera,—¡no hay nadie!

Dió el brazo á su hermana, y bajó.

Un coche le esperaba algunas casas más abajo, y hablando con ella en voz baja se dirigió hácia él.

La dió la mano para subir, subió él despues, dió las señas al cochero y cerró la portezuela.

Otro coche de alquiler estaba parado en la calle hacia algunas horas.

Cuando los dos hermanos subieron, una cortinilla de este carruaje, misteriosamente cerrada, se agitó levemente, y cuando la luz de los faroles iluminó los cabellos dorados de Margarita, una voz, trémula de gozo, murmuró dentro del coche que esperaba:

—¡Al fin! ¡Oh! ¡La hermosa, la pura, la enamorada Margarita, es ya tan miserable como yo!... ¡Más! ¡Mucho más, porque ella es la amante de su hermano!

XXVI.

De cómo el marqués puede creer de nuevo á Margarita perdida.

El marqués de Costa-Rica leyó á su esposa la segunda carta de Margarita, y ambos decidieron ir á buscarla inmediatamente.

Sin creer ya en el parentesco que habian alegado las dos mujeres que la reclamaron, el marqués se disponia á pedirla legalmente, si no se avenian á entregarla por bien.

Queriendo informarse de lo que debia hacer, en el caso de que le fuese negada, dejó para el dia siguiente el ir á la calle de Jesús del Valle, y fuese aquel á preguntar al abogado de su casa, á quien expuso detalladamente el hecho.

Reteniendo en su memoria las instrucciones

recibidas, dirigióse al lugar donde creía encontrar á Margarita á las once de la mañana.

Consultando las señas que llevaba en su cartera, subió y llamó con fuerza.

Unos pasos lentos resonaron en el interior de la casa, y una voz preguntó:

—¿Quién es?

—Vengo á buscar á la señorita Margarita, abra usted.

—¡Ay, señor!—dijo Teresa abriendo la puerta,—¿y dónde está la pobre señorita?

—¿Que dónde está?

—Anoche salió de aquí, engalanada y hermosa como los ángeles que hay en la iglesia de mi pueblo y no ha vuelto.

—¿Qué dice usted?—preguntó el marqués entrando y cerrando la puerta.

—La verdad, señor; nada más que la verdad. La señorita no ha vuelto, ni esa otra señora vieja, que yo, Dios me perdone, pero no la creo buena.

—¿Y dice usted que salieron anoche?

—Anoche á las nueve.

—Lléveme usted al cuarto de la señorita.

La muchacha guió al marqués á través de unos estrechos corredores, y llegaron al cuarto que Margarita habia ocupado.

Las huellas que deja en pos de sí una mujer

hermosa, son una especie de perfume, que aun se respira en su ausencia.

El peine tenia todavía algunos cabellos dorados, largos y finos; las pequeñas zapatillas, que parecian hechas para los piés de una niña, estaban junto á la cama; y abandonado allí tambien el tosco hábito de lana con que salió del convento.

—Sí,—dijo el marqués,—aquí ha estado la pobre niña; ¿pero dónde está ahora?

Y volviéndose á la montañesa que le miraba absorta, le dijo dándole algunas monedas de oro:

—Esto es para tí, si me dices la verdad.

—Señor,—dijo la pobre chica llorando,—no necesito que me dé usted nada, yo queria muchísimo á la señorita, y lo que siento es lo que puede haberle ocurrido.

El marqués comprendió que Teresa decia la verdad, y la interrogó minuciosamente acerca de las personas que habian guardado á Margarita, confirmando, cuanto dijo, lo que Margarita en su carta habia dicho al marqués.

—Pero, señor,—añadió,—ayer le oí decir á la jóven que la señora Catalina estaba condenada, y se reia diciendo estas cosas tan terribles; y la vieja le dijo á ella otro nombre, que yo no me acuerdo, pero que la jóven la encargó que no se lo dijera más.

—¿Pues no era Manuela?

—¡Oh! No señor, era una cosa así como Marina, ó Delfina, en fin, él acababa en *ina*.

La muchacha se interrumpió y dijo:

—¿Han llamado?

—Si hablas una palabra te mato,—dijo el marqués, saliendo de la habitacion y cerrando la puerta.

La asustada Teresa cayó de rodillas encomendándose á todos los santos del cielo, y el marqués se dirigió á la puerta de la escalera.

Descorrió el ventanillo, separándose para no ser visto y abrió la puerta ocultándose con ella.

Doña Catalina, ó más bien, Casimira, pues ya la conocemos, entró murmurando que la habian hecho esperar.

Pero apenas se hubo cerrado la puerta, una mano fuerte cayó sobre la suya, y el marqués le preguntó en voz alta y colérica:

—¿Qué has hecho de Margarita, infame?

La vieja lanzó un grito agudo, y miró con espanto al marqués.

—¿Qué has hecho, dí?

—¡Ah, señor!—dijo Casimira reponiéndose,—¡buen susto me habeis dado! ¡Creí que se trataba de un ladron!

—De seguro te asustaban menos una docena de ladrones que yo; ¿dónde está Margarita?

—¡Y yo qué sé!—dijo con descaro la vieja,— con su hermana se fué; ¡buen par de bribonas están las dos!...

—Si te oigo otra palabra más de Margarita, te voy á arrancar la lengua; ¿dónde está?—gritó con ira el marqués.

—¡Señor, por Dios!—dijo asustada la vieja;— no dé usted esas voces, que pueden oírlo, y yo soy una mujer honrada.

—¡Oh, infames! ¡Y yo que puse en tales manos á la pobre niña! En fin, Margarita ayer estaba aquí; ¿qué has hecho de ella?

Y el marqués miraba con aire amenazador á la asustada Casimira.

—Yo no lo sé: su hermana quiso llevarla al teatro, y ellas no han vuelto.

—¡Perdida otra vez, Dios mio!—murmuró con desaliento el marqués.—¡Y qué hago con detener á esta mujer, si nada le puedo probar?... Vas á decirme dónde vive esa Manuela...

—¡Ah, señor! Aunque me quemeis viva, y o no puedo deciros lo que no sé.

—Entonces te vas á venir conmigo: puede ser que para la justicia sepas algo.

—Como usted quiera, señor marqués; pero sabré lo mismo que sé ahora.

—Lo veremos,—dijo el marqués;—¡eh, muchacha, ven aquí...

Y como Teresa no apareciera, dió dos pasos en direccion del cuarto.

Cuando volvió la cabeza, la puerta estaba abierta y Casimira habia desaparecido.

—¡Ah!—dijo,—por segunda vez he sido un torpe.

—Señor, yo me voy tambien,—dijo la Teresa;—sin la señorita, no quiero estar en esta casa.

—Vente á la mia: puede que algun dia me ayudes á descubrir á esos miserables...

—¡Ah, señor! Ya temí yo algo para la pobre señorita, y encargué al sereno que siguiera el coche que se la llevaba.

—¿Y le siguió?—preguntó don Pedro con interés.

—¡Ay, no señor! Corria tanto que no lo pudo alcanzar.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!—dijo el marqués bajando con la muchacha y dando orden al cochero, que no dejó de extrañar la compañía, de dirigirse á su casa.

XXVII.

De cómo dos pedazos de papel pueden encerrar una gran alegría y un gran dolor.

Un día después de estos sucesos, y cuando el marqués de Costa-Rica, contrariado y afligido por la suerte que habría cabido á Margarita, consultaba con su esposa entre hacer buscar por sí á la pobre niña, ó quejarse legalmente del engaño de que habían sido víctimas, le entraron una pequeña carta, que le hizo lanzar una exclamación de alegría al ver la letra del sobre.

Era de Margarita.

La abrió con viveza, y leyó:

«Mi querido padre y señor: Estoy salvada, y mi primer cuidado es participarlo á mis queridos y respetados protectores, que siempre ocuparon en mi corazón el lugar de mis padres, así como

en mi vida el de esos ángeles que guardan nuestros pasos, según nos asegura nuestra santa religión.

«Pues bien, padres míos, mis ángeles buenos; Dios no me ha abandonado, y su santa mano ha hecho convertirse en ventura para mí lo que era desventura.

«Esas gentes que me separaron del lado de ustedes, querían sin duda mi perdición; pero Dios las ha dejado obrar, y ha permitido que en el fondo de ese mal yo encuentre el bien y la dicha; la dicha, sí, porque es muy triste, al volver los ojos al pasado, no saber si hay que pedir á Dios por la vida de nuestros padres ó por su gloria; no conocer á nadie que lleve una gota de sangre igual á la nuestra en sus venas. He encontrado á mi hermano, ¡oh! y esta vez estoy segura de no equivocarme.

«¿Se acuerda usted de aquel antiguo y extraño medallón que yo he guardado siempre?

«Mi hermano tiene otro igual, y él me ha dicho que ambos eran de nuestro padre, y que por él, como por la extraña señal que tengo en el hombro, debía reconocermelo.

«Usted conoce á mi hermano, padre mío.

«Es Camilo Alvarez de Leon, hijo de ese Mauricio, cuyo nombre está grabado en la esmeralda en que están también sus armas.

«Ha perdido en el mar los preciosos papeles que podían facilitar mi reconocimiento; pero aun así, él se propone hacerlo, de acuerdo con usted, á quien respeta y ama por su proteccion á mí.

«El intenta descubrir antes á los que, burlándose de su buena fé, le han hecho enemigo de Amadeo, á quien realmente quiere como á un hermano, y me han hecho á mí sufrir tanto.

«Camilo, que no se aleja de mí un solo momento, le ruega como yo que venga, para darnos sus consejos, y la bendicion á su hija que le ama.—MARGARITA.»—*Hotel de Embajadores.*

Camilo escribía por bajo:

«Yo espero que los nobles protectores de mi hermana me ayuden á descubrir y castigar á los que han querido perderla, y les envío la expresion de mi gratitud, saludándolos respetuosamente.

CAMILO ALVAREZ DE LEON.»

Amadeo recibía al mismo tiempo otra carta que decía así:

«Margarita es ya la querida de Camilo, y olvidando toda consideracion, se ha ido á vivir á su lado.»

Imposible nos sería expresar los distintos sentimientos que estas dos cartas inspiraron.

El marqués, conmovido de alegría, fué á buscar á doña Elvira con la carta en la mano, y la noble y caritativa señora, bendijo llorando á

Dios que habia salvado á la dulce niña de tan grave peligro, haciéndola encontrar á su familia, una familia noble y digna, que muy bien podia enlazarse con la de los Osornos, como decia ella, pensando en el amor de su hijo á la huérfana.

Decididos á ir en aquel momento á ver á Margarita, la marquesa entró antes en el cuarto de su hijo, que aquel dia se habia levantado por la primera vez despues de ser herido.

—Hijo mio,—le dijo abrazándolo,—voy á salir con papá, Laura queda contigo... pero ¿qué tienes?—preguntó asustada al ver á Amadeo pálido y convulso, con la mirada encendida y los puños crispados sobre los brazos del sillón en que estaba sentado;—¿qué tienes? ¿acaso estás peor?

—No, no estoy peor,—dijo haciendo un esfuerzo Amadeo,—no tengo nada!

—Hijo mio, Dios permite que las madres lean en el corazón de sus hijos, y yo leo en el tuyo: algo grave, algo triste te ocurre: soy tu madre y tengo derecho á saberlo.

—Te engañas, madre mia, nada nuevo me sucede; solo que me aburro aquí, y quisiera salir.

—¡Salir! ¡imposible!... ¡Eso no puede ser!

—¡Oh! ¡es preciso!

—Amadeo de mi alma, ¿qué es lo que tienes?

—dijo la marquesa rodeando con su brazo el cuello de su hijo y besándolo en la frente.

El jóven se conmovió á esta dulce caricia; dejó caer la cabeza sobre aquel pecho querido, y las lágrimas aparecieron en sus ojos.

—Hijo mio de mi alma, vida de mi vida, mi adorado hijo, cuéntame qué es lo que tienes!

Y la madre, como si Amadeo hubiera sido un niño, comenzó á besar su frente, sus ojos y su boca, con ese ardor casto y puro que solo atesoran los lábios de una madre.

El jóven muy conmovido no ocultaba sus lágrimas, porque cuando el dolor llena el corazon, la dulzura y el cariño abren en él esa válvula misteriosa por la cual se escapa disuelto en llanto.

—Y bien, ¿qué es?—dijo la madre asustada.

—Oh, madre mia, no puedo decirlo.

—Y yo,—dijo la marquesa creyendo á su hijo afligido por la desesperacion de Margarita, ó por falsas suposiciones,—y yo,—repitió,—puedo darte una buena noticia: Margarita está salvada!

—¡Salvada!—gritó con arrebató Amadeo.

—Salvada, sí; en este momento tu padre y yo vamos á buscarla: ha encontrado á su familia, y está al lado de su hermano.

—¿Y quién es su hermano?—preguntó con afán Amado.

—Camilo Alvarez de Leon.

—¡Ah! es una nueva infamia con que se pretende abusar de nuestro noble corazon: ¡Camilo es su amante!

—¿Qué dices?—preguntó asustada la marquesa.

—La verdad, madre mia: hé aquí la prueba.

Y Amadeo dió á su madre el billete que acababa de recibir.

—¡Oh! ¡imposible!... ¡Esto no puede ser! Aquí lo que se prueba es, que Margarita y tú, mis pobres niños, teneis enemigos que ante nada se detienen.

—¡Oh! yo, ¿por qué he de tenerlos?...

—¿Quién sabe! Pero mi corazon rechaza tu acusacion á Margarita: ella ha escrito á tu padre, y en su carta brilla la verdad! ¿Cómo has podido creer semejante infamia en una niña tan buena, que se ha educado en tu casa, con tu hermana, y al lado de tu madre?

—¡Oh! ¡yo la he visto!

—¿Y qué has visto tú?

—A Margarita del brazo de Camilo.

—¿Es su hermano!

—¿Y por qué al pedirle yo cuenta de aquella mujer que acompañaba, me insultó?

—Fué con él con quien te batiste.

—Sí.

—¡Oh! aquí hay una mano infernal, que es preciso descubrir!

—Dame esa carta, hijo mio, tu padre debe llevarla, porque ella quizás sea un dato que aclare ese misterio, y ahora, adios; voy á ver á Margarita.

—¡Ah madre mia! si fuera verdad lo que tú me dices!

—Hijo mio, el mal se puede admitir más fácilmente de aquellos que no conocemos, que de los que hemos visto formarse su corazon, y comprendemos sus sentimientos: quien quiera que sea la persona que esto te dice, te ódia sin duda, cuando no piensa en el daño que te hace.

—Tienes razon, y has llenado mi alma de consuelo: ¡que Dios te bendiga!

La marquesa volvió á besar á su hijo, y encargándole que nada dijera á Láura, salió en busca de su esposo.

—He aquí,—le dijo,—la prueba de esa doble intriga que nos ha envuelto,—le dijo presentándole la carta recibida por Amadeo.

—¡Ah! tienes razon, es un dato más, y creo que ha de servirnos de mucho; pues nos prueba, ó que se han engañado respecto á la situacion de nuestros jóvenes, ó que el ódio es contra nuestro hijo.

—¡Dios mio!

—Sí, y de todos modos es preciso averiguarlo; vamos á ver á esa pobre niña, que hoy más que nunca necesita nuestra apoyo.

Y el marqués, dando el brazo á su esposa hasta el coche, dió las señas al cochero y cerró la portezuela murmurando:

—¡Qué tranquilas vivirían las personas honradas si no hubiera bribones en el mundo!

XXVIII.

De cómo la honradez tiene que usar á veces para vencer á la infamia de armas de mala ley.

Camilo habia hecho traer equipaje á Margarita, y la habia rodeado en su bonita habitacion de todo cuanto pudiera serle agradable.

En su alegría por haber hallado á la hermana perdida, en su dicha por tenerla á su lado, pura y honrada, cuando temia que hubiese sido víctima de una infamia, todo cariño le parecia poco, y toda prueba de él pequeña. La hermosa niña le agradecía con todo su corazon aquellas delicadas atenciones, aquel cuidado constante, aquella ternura no desmentida.

La habitacion que ocupaba Margarita estaba unida á la de Camilo, que temeroso de aquel oculto enemigo que les amenazaba, no se atrevia á separarse de ella.

Los dos hermanos, en sus largas conversaciones, se confiaban mutuamente sus sentimientos, sus recuerdos y sus deseos, pudiendo asegurarse que aquellas nobles almas se habian reconocido, y se unian, no solo con los lazos de la familia, sino con los del cariño y la simpatía, que son más poderosos.

Cuando los marqueses de Costa-Rica llegaron, los dos hermanos acababan de almorzar, y estaban solos, hablando de aquel padre muerto ya, cuyo último pensamiento habia sido para Margarita; de aquella cartera, desgraciadamente perdida, en la cual se encerraban las pruebas legales del nacimiento de la jóven.

Al entrar los marqueses, Margarita saltó al cuello de doña Elvira y la cubrió de besos, despues abrazó al marqués llorando, y dijo á Camilo que conmovido los miraba:

—Mis padres!

—¡Oh!—dijo Camilo tendiendo su mano respetuosamente á la marquesa, y estrechando luego la del marqués,—yo tengo la honra de conocerlos, y es hoy una dicha para mí poderles expresar mi gratitud por sus cuidados para contigo.

—Si algo hemos hecho,—contestó el marqués noblemente,—nos compensa el cariño de nuestra amada Margarita.

—Permitidme que el mio se una al de mi

hermana,—dijo Camilo acercando un asiento para la marquesa.

La explicacion de lo sucedido era algo difícil para Camilo delante de doña Elvira y Margarita, así lo comprendió sin duda el marqués, cuando dijo sin aceptar el asiento que Camilo le ofrecia:

—Si V. me lo permite, pasaremos á su habitacion, dejando en libertad de hablar á las dos señoras.

Camilo se inclinó, y levantando la cortina de una puerta dejó pasar al marqués.

Como nuestros lectores comprenderán que la marquesa y Margarita se besaron mucho, se hablaron de todos los accidentes por que habia pasado esta última, pero no se dijeron nada nuevo, nos vamos á permitir seguir al marqués y Camilo, que sin duda tenian algo más importante que decirse.

Camilo, corriendo cuidadosamente las cortinas, contó al marqués todo cuanto ya sabemos, desde la muerte de su padre, y el encargo que le confiara de buscar á su hermana; la pérdida de la cartera; sus amistades en Madrid; los sucesos de aquel baile; su desafío con Amadeo; la correspondencia misteriosa; y por último, la cita en que Margarita, reconociendo el medallon, se le dió á conocer. Nada le ocultó, ni las confidencias de la máscara que él creia Margarita; ni siquiera

el orgullo pueril que le hizo adornarse aquella noche con la antigua alhaja de su padre, y que fué el rayo de luz que facilitó el primer conocimiento de aquella intriga.

—¿Tiene usted inconveniente en mostrarme alguna de esas cartas?

—Ninguno, señor marqués, aquí están todas, y solo le pido indulgencia; pues como jóven, he prestado crédito á esa indigna farsa.

El marqués tomó aquellos papeles, y el primero que desdobló le hizo exhalar una exclamación.

—¡Ah!... ¡es la misma! ¡la misma mano!

—¿Qué quiere usted decir?

—Que espero podamos descubrirlo todo.

Y sacando la carta que aquel mismo día había recibido Amadeo, la mostró á Camilo.

—Sí, en efecto,—dijo este mirando atentamente los dos papeles,—y por lo que aquí se vé, no se ha cansado de perseguirnos.

—Amigo mio, creo que empiezo á ver claro en este asunto: la persona de quien se trata ha pretendido separar á Margarita de Amadeo, haciéndola vuestra amante; es una intriga largamente combinada, de la cual solo tenemos un hilo; pero puede ser que este nos lleve á descubrir la verdad.

—¿De qué modo?

—Segun yo pienso, no hay más que uno; es indudable que esa persona cree á ustedes unidos por el amor, sin saber que lo están por la sangre; es preciso hacérselo creer así.

—¡Ah! ¡cómo!

—Conservar á Margarita allado de usted, ocultarla y guardarla como un celoso, dar á entender de algun modo que es usted feliz, y si como es de esperar esa persona les espía, veremos el resultado de sus planes.

—¡Sí, tiene usted razon!

—Nosotros, obraremos de acuerdo, pero solo nos veremos cuando algo hallamos adelantado; no conviene espantar la caza.

—Está bien.

—Yo, unido con mi hijo, investigaré en secreto; usted hace lo mismo y me avisa.

—¡Oh señor marqués! Sírvasse usted presentar mis disculpas á mi amigo Amadeo: impulsado por una fatalidad, él me ofendió y yo admití el reto.

—Usted ha obedecido aquí, como él, á otra voluntad, y á ella sola debe exigirse cuenta de lo sucedido.

El marqués se levantó y ambos volvieron á buscar á las señoras.

—¿Me llevo á Margarita?—preguntó la marquesa.

—No es posible todavía, mi querida Elvira,—contestó su esposo, ahora queda con su hermano, pero será muy pronto.

La marquesa besó mil veces á Margarita, y dió la mano á Camilo, así como el marqués.

—Adios, hija mia,—dijo este á la jóven,—así como Dios te ha protegido hasta aquí, te seguirá protegiendo.

—No, dijo al ver que ambos jóvenes se disponían á salir con ellos, no conviene que sepan á quién hemos visitado en el *hotel*.

Y haciéndoles una señal con la mano, dió el brazo á su esposa y bajaron para tomar su coche.

XXIX.

De cómo puede ser á veces engañado el engañador.

Algunos dias habian pasado, observando exactamente Camilo el plan combinado por el marqués.

Ningun rasgo, ninguna huella se habia descubierto en ellos de aquel misterioso enemigo que les habia perseguido tan despiadadamente.

Solo un indicio leve y vago, pudo Camilo comunicar al marqués.

Este era que, habiendo ido á visitarle su amigo Luciano Gonzalez, el cual disculpó su ausencia con los negocios que la sociedad minera á que pertenecia como Camilo, le encomendaba, Margarita, que se habia ocultado en su cuarto, creyó reconocer la voz de aquel hombre, como la del amigo á quien su hermana la confió en las

máscaras; pero sabiendo Camilo que, en efecto, Luciano le habia acompañado, y confirmando la misma Margarita que nada le habló, no era extraño que aquella otra mujer le hiciese creer que se trataba de una criada, como tantas cosas hizo creer á los demás.

Sin haber alcanzado ningun resultado del plan propuesto, hablaba un dia con su hermana de la bonita Láura, que tan dulce impresion le habia inspirado, cuando le entregaron un grueso paquete, cerrado y sellado.

—¿Quién trae esto?—preguntó con extrañeza.

El negro se sonrió con malicia, y dijo en voz queda:

—El mismo que ha traído otras cartas.

—¡Oh! hazle entrar.

—Imposible, señor, él se va en cuanto entrega lo que trae.

Joaquin salió, y Camilo, dijo á Margarita que miraba con extrañeza el paquete, como si comprendiera que de ella se trataba.

—Creo que esto ha de aclarar el misterio.

Sentóse á su lado, y rompió el sobre.

—¡La cartera de mi padre! gritó con extrañeza: la cartera en que se encierran los papeles relativos á tu nacimiento...

¡Oh veamos, veamos!

Buscó con mano febril y fué hallando todos

aquellos papeles, tan cuidadosamente guardados y tan impensadamente perdidos.

—¡Ah! Todo, todo está aquí,—dijo pasando á Margarita cada uno de los papéles;—tu partida de bautismo, el reconocimiento de nuestro padre, su testamento, tu retrato y el de tu madre, la carta que te dirigia, la dirigida á Margarita Medina... ¡Oh! ¿y qué es esto? Es una nueva carta, y yo conozco la letra...

«A Camilo y Margarita.»

—¡Oh! Vamos á ver qué es esto...

Y en tanto que Margarita, con las lágrimas en los ojos, besaba aquellas prendas que hablaban á su corazon de unos séres tan queridos; en tanto que besaba el retrato de su madre y contemplaba, sin atreverse á abrirla, la carta de su padre, Camilo leyó á media voz la carta dirigida á ellos por la misma mano, sin duda, que le habia escrito todas las que antes habia recibido.

Hé aquí la carta:

«Yo tenia una madre honrada y buena, y era amada y feliz: vuestro padre, engañándola, seduciéndola y abandonándola al fin, la robó la paz, la honra y la vida.

«Yo la ví morir, sin una mirada de amor para la hija que la acompañaba en la agonía; sin un pensamiento para la memoria del honrado esposo, que le pediria en la eternidad cuenta de la

mancha que sobre su hija habia arrojado: todos sus pensamientos, los últimos átomos de su vida, eran para su amante y para la hija de su amor.

«El nombre de Mauricio Álvarez de Leon se escapaba de sus lábios, frios ya, y yo juré odio eterno, odio sin límites, odio á muerte, á ese hombre infame, que me robaba hasta el último suspiro del único sér que podia protegerme en el mundo.

«Yo soy hermana de Margarita; pero yo la odio, como hija del asesino de mi madre, como te odio á tí, Camilo, á tí que perpetúas ese nombre infame y esa raza maldita.

«Yo me vengo en vosotros del mal que vuestro padre me hizo.

«Teneis en vuestro sér algo de esa estúpida levadura de honra, que no impide, sin embargo, el cometer grandes infamias, pero que hace ocultarlas á los ojos de los demás; y al saber que sois hermanos, y que estais unidos por un amor incestuoso, si no vuestro dolor, vuestra vergüenza me vengará de vosotros.

«Por si dudais de mis palabras, ahí teneis las pruebas, que yo guardaba para arrojarlas entre vosotros, cuando fuéreis tan miserables, tan infames, tan desgraciados, como yo soñaba veros.

«No me busqueis, es inútil; mi odio, que no se extingue, os alcanzará siempre: yo, que soy una mujer completamente despreciable, os envolveré en mi infamia, de la cual vuestro padre, que maldigo de nuevo, en él y en su generacion, tiene la culpa.

»MANUELA.»

—¡Ah, Dios mio!—dijo Camilo que estaba muy pálido y sentia el sudor de la angustia brotar en sus sienes; ¡qué horrible venganza!

Margarita lloraba silenciosamente.

—Veamos esas otras cartas,—dijo Camilo,—á ver si nos dan alguna luz.

Margarita abrió la que le estaba dirigida, y leyó:

«Cuando tú leas esta carta, mi querida hija, yo no existiré ya, y mi voz llegará á tí como si desde ese mundo en que Dios juzga nuestras acciones, te pidiera mi perdon.

«Yo no sé lo que habrá sido de tí, hija de mi alma, y la idea de tu abandono llena de amargura los últimos instantes de mi vida.

«Te dejé confiada al cuidado de un honrado matrimonio que merecia toda mi confianza, y Dios me es testigo de que solo un imprescindible deber me hizo separarme de tí.

«Si, como pido á Dios con todo mi corazon, mi hijo Camilo y tu hermano tiene la suerte de

encontrarte, que él sea tu protector y tu amparo; que él te enseñe á amar mi memoria, y que él te pida tus oraciones para mí.

«Nada quiero decirte de tu origen: hay misterios muy dolorosos para mostrarlos ante un corazón inocente; sabe solo que te amo, y que te pido que me perdones.

Tu padre,

MAURICIO ALVAREZ DE LEON.»

Margarita lloraba al leer esta carta: besó dulcemente la firma de su padre, y dijo con tembloroso acento:

—¡Oh! ¡padre mio! ¡Yo te perdono con todo mi corazón!

—Puesto que Margarita Medina ha muerto, según nos dice su desgraciada hija, la carta que mi padre la dirige, y según sus instrucciones, debo leerla yo,—dijo Camilo.

Rompió el sobre y comenzó á leer para sí; pero aunque respetando la voluntad del que ya no existía se ocultase la carta á Margarita, no hay por qué ocultarla á nuestros lectores: decía así:

«Margarita: que mi primera palabra al dirigirme á tí sea una súplica para obtener tu perdón: he sido muy desgraciado, Margarita, tan desgraciado como tú, pobre mártir, que habrás

apurado en tu soledad todos los dolores de la vida!

"¡Oh! ¡Perdon! Mil veces perdon, y hé aquí la verdad.

"Yo era casado cuando te conocí y te amé: yo olvidé que á otra mujer me unian lazos sagrados, y bendecidos por Dios, porque yo tenia ya un hijo, para enloquecer ante tí... ¡Ah Margarita! la idea de que hayas dudado de mi amor, me atormenta tanto como la de haberte hecho desgraciada!

"Cuando tú, mi pobre ángel, creías en mis promesas y esperabas que tu hija Margarita, tan semejante á tí como el capullo á la rosa, tendria un padre, yo te la hacia robar para llevarla conmigo, porque yo la amaba tanto, que no creia poder vivir sin ella.

"Mi pensamiento era llevármela á América, pero Dios no lo quiso.

"Cuando mi viaje estaba dispuesto, y yo contaba llevarme la niña, un pariente de mi esposa llegó de Cuba, y se ofreció á acompañarme.

"Rehusar era imposible; imposible tambien llevar á Margarita, y yo tuve que dejarla confiada á unas buenas gentes, que me debian favores, y me juraron ampararla en mi ausencia.

"Yo contaba volver por ella, pero ¡ay! ¡tampoco lo quiso Dios!...

«Enfermo por mis penas y mis inquietudes, no pude abandonar mi país, desde donde intenté en vano tener noticias tuyas ni de nuestra hija.

«Cuando Dios hubo llamado á sí á mi buena y santa esposa, y yo pensaba en pagarte la deuda de honor contraída contigo, la muerte llega y me impide realizarlo; porque ¡ay! la muerte implacable nada tiene que ver con nuestros dolores ni nuestros deberes.

«Mi hijo Camilo te buscará y buscará á su hermana; si Dios permite que os encuentre, él será vuestro amparo: tiene un corazón noble y generoso, y en él confío.

«Si tú vives, si puedes leer estas mis últimas palabras, perdóname, y enseña á mi hija á que rece por mí.

«En mi última hora yo siento pesar sobre mi corazón ese momento de extravío que ha producido tantos dolores, y libre ya mi razón de la influencia de las pasiones, comprende cuán caro paga el hombre el desviarse de la senda que le marcan sus deberes, mandato sagrado que no debe desoir, pues él se apoya en las leyes divinas que nos guían á la perfección por medio del bien, y en las leyes humanas que nos protegen, designándonos el lugar que nos cabe ocupar.

«Adios, Margarita, adios; en la tierra ó en

el cielo, si mi súplica llega á tí, perdona al que te ha amado.

MAURICIO."

Además de esta carta, Camilo leyó la que á él se dirigia, y que le era ya conocida.

En ella su padre, á más de pedirle que buscara á su hermana, y á aquella mujer á quien él habia amado, le decia que esta mujer era viuda cuando él la conoció, que tenia una hija de algunos años llamada Manuela Gomez, y que era su voluntad, si Margarita Medina habia muerto, que esa hija suya heredara el legado que le designaba en su testamento; daba instrucciones á Camilo acerca de las personas que cuidaban de Margarita, y algunos consejos acerca de sus deberes, poniéndole como ejemplo lo que él habia sufrido; añadiendo cuantas señas podian dar á conocer á la hija perdida.

Cuando Camilo acabó de leer abrazó á su hermana y la besó en silencio repetidas veces.

—Margarita mia,—la dijo,—ya tienes un nombre y una familia. Bendito sea Dios que ha cambiado en bien el mal que querian hacerte!

—Pero esa pobre hermana mia,—murmuró Margarita.

—La buscaremos, y haremos que ese odio que nos tiene se cambie en gratitud.

—¡Ah! ¡Bendito seas! ¡Tú eres noble y bueno, y yo te amo!...

—Ahora,—dijo Camilo recogiendo y guardando todos los papeles,—voy á llevarte casa de tus protectores: ya puedo probarles que eres mi hermana.

—¡Ah, sí!—dijo la niña poniéndose encendida: —¡yo deseo ir!

—Te quedarás allí, porque yo temo te alcance alguna otra venganza; y además, necesito libertad para obrar.

—¿Qué vas á hacer?

—A buscar á tu hermana, que solo con serlo, es sagrada para mí.

Y diciendo esto, dió el brazo á Margarita que se habia puesto un sombrero, y ambos salieron para tomar un coche que los llevase á casa de los marqueses de Costa-Rica.

XXX.

De cómo en la trama mejor urdida, queda siempre un cabo suelto.

—¡Cómo!—decía Luciano Gonzalez al portero de la casa que en la calle del Barco habitaba Regina,—¿que no está la señora, y que ya no vive aquí? ¡Eso no puede ser!

—¡Pues eso es!—contestó con flemma el portero.

—¿Pero adónde se ha ido?

—¡Eh! ¡Qué sé yo! La señora Regina ha vendido cuantos muebles de algun valor tenia, y ha marchado con su equipaje... ¡vaya usted á saber hácia qué lado se ha dirigido!...

—¿Pero no ha dejado dicho nada para mí?

—A mí, no, por lo menos.

—¡Qué infamia! ¡Vaya usted á tener confianza

en ninguna mujer! ¡Cargue el diablo con la mejor!...

—¡Eh! ¿Se le lleva algunos cuartos la señora?— preguntó riendo el portero.

—¡Veinte y cinco mil duros!

—¡Diablo!—exclamó el portero, que no creía á Luciano hombre de tanto dinero;—¡eso es serio!...

—¡Y tan serio! ¿Pero no me da usted ningun dato por el cual pueda venir en conocimiento de dónde podré hallarla?

—¡Ta! ¡ta! ¡ta! ¡Ya es fácil la cosa! Hace dos dias me mandó subir á su cuarto, me regaló, porque era muy rumbosa esa buena señorita, y me dijo:

—Juan, me marchó hoy mismo á Santander, donde voy á embarcarme; si alguien viene en estos dias, para que no sepan dónde estoy, y no me molesten, dice usted que estoy un poco mala y no recibo; despues, ¡si te ví no me acuerdo!...

—¿Y se marchó sola?

—No, señor; con una vieja más fea que Lucifer á quien siempre tiene consigo.

—¡Malos tiburones se las traguen!...

Y Luciano, retorciendo los guantes, desesperado, renegando de Regina y de todas las mujeres, empezando por Eva, se fué á ver á Camilo, pensando que así no lo perderia todo.

Cuando llegó al *hotel*, Camilo, solo, hacia su *toilette*, tarareando un aire de moda.

Al ver á su antiguo compañero de viaje, del cual, por instinto, habia desconfiado, reservándole todos sus asuntos, le dijo alegremente:

—¡Hola, y qué perdido anda usted, amigo mio! ¿á qué milagro debo atribuir esta visita?

—¡A un milagro del diablo!

—¡Pardiez! ¡Entonces malo debe ser!

—¡Y malo es!

—Veamos.

—Esa Regina endiablada...

—¡Qué!—preguntó Camilo risueño, pensando que se trataba de algun desengaño amoroso.

—¡Que me ha robado!—murmuró con una horrorosa salida de tono Luciano.

—¡Robado!—exclamó absorto Camilo.

—Robado; ¡esa es la palabra!

—¿Pero el corazon ó la bolsa?

—¡El corazon! ¡Valiente tonto seria yo si me dejara robar esa entraña, la más simple y la más desgraciada de todas!—dijo marcando con la voz un paréntesis.—¡Lo que me ha robado es el dinero!

—Si no fuera porque esa última afirmacion es grave, le pediria que me explicara la desgracia del corazon.

—¡Pues es poca! ¡El infeliz no tiene ni arte ni

parte en ninguna de las muchísimas tonterías que se hacen en el mundo, y apenas se conoce una que no la pague ese inofensivo corazón! pero á la verdad que no tengo humor para ocuparme de eso, pues lo que me sucede es muy sério.

—¿Pero es verdad?

—¡Pues ya lo creo! Figúrese V., amigo mio, que doy parte á Regina de la sociedad minera de que V. es sócio, y me dice que toma una accion: le cedo la mia, y le participo que V. lleva en ella una mitad hablándole del pagaré por cuarenta y cinco mil pesos fuertes, girado á la Habana:—¿Quieren negociarlo? me pregunta.

Como le dije que no era yo el que disponia de ello, sino el director, me propuso que le ofreciese el entregarle los dineros en el acto en Madrid con la rebaja del cuarenta por ciento, y endosarle la letra, que ella cobraria en la Habana, á donde pensaba ir. Se aceptó desde luego, y yo le entregué la letra á cambio de un recibo, que prometió pagarme en unos dias... ¡Pero hoy voy á buscarla, y se ha marchado!...

Camilo no pudo menos de reirse ante la cómica desesperacion de Luciano.

—Es decir, que se nos lleva los fondos...

—A mí es á quien los lleva, pues yo soy el responsable... Pero vea V. el recibo y dígame si podemos hacer algo contra ella.

Camilo acabó de arreglarse el lazo de la corbata y tomó el papel que le presentaba Luciano.

—¡Cómo!—gritó con asombro;—¡era ella! ¡era Regina! ¡Oh! debí haberlo adivinado...

Luciano, asustado ante aquel arranque, se disponía á tomar la puerta, sintiendo miedo sin explicarse por qué.

Cómplice inconsciente de Regina, él no sabia otra cosa sino que su antigua amiga era enemiga del jóven, pero sin comprender de qué modo.

Camilo, al ver aquel ademan de Luciano, se lanzó á él y le asió violentamente del brazo.

—¡Miserable!—gritó con brio,—tú eras su cómplice, y ahora mismo vas á decirme lo que sepas ó te mato.

—¡Ah! Camilo, repare V...

—¡Oh! ¡Ahora mismo dígame V. lo que sepa!

—¡Pero yo no sé nada!

—Ahora veremos,—dijo Camilo llamando,—y presintiendo que habia encontrado la clave de todo aquel misterio.

—¡Oh!—murmuró con una rábia loca Luciano, —¡me va á perder este imbécil! Y sacando rápidamente un revolver del bolsillo, disparó.

—¡Ah, canalla!—murmuró el negro que acudía al llamamiento de su señor, y que arrojándose sobre él desvió la direccion del tiro: ¡vas á matarle?

Luciano rugió de rabia.

Al ruido de la detonacion el cuarto se llenó de gente, y Luciano fué preso.

Camilo habló algunas palabras con el jefe de policía que se presentó, y en ellas le dijo el robo de la cartera en el mar, teniendo á aquel hombre por compañero de viaje, y sus vehementes sospechas de que fuera cómplice de una mujer que venia haciendo mucho daño á una familia respetable y á él mismo; sospechas que se confirmaban con la tentativa de asesinato que Luciano, á pesar de su serenidad y maestría, no pudo negar. Luciano fué puesto á buen recaudo, y comenzó una sumaria que debia llevarlo á presidio.

En cuanto á Camilo, fué á casa de los marqueses de Costa-Rica, como iba todos los dias á visitar á su hermana y á contemplar los hermosos ojos negros de la señorita Laura que se ruborizaba ante aquella mirada constante del hermano de su amiga, al cual, por esta sola razon, ya que no fuese por otras, no podia mirar *con malos ojos*.

Sin detenerse á saludar á las señoras, pasó al cuarto de Amadeo, que, convencido ya de los lazos que unian á Camilo y Margarita, no tenia, no podia tener celos.

—¿Sabes, le dijo al entrar, lo que sucede?

—¡Qué! ¿Estás pálido y agitado, te sientes mal?

—¡No, pero me asombra lo que he visto!

—Acaba.

—Pues bien; la mujer que nos ha puesto al uno frente al otro como enemigós; la que á mí me ha hecho dudar de tí, y á tí te ha hecho dudar de Margarita, la que ha jugado con nuestro corazon y nuestra honra, ¡era Regina!

—¡Regina!—exclamó asombrado Amadeo.

—Regina, sí; esa Regina que tú y yo creíamos una linda é inofensiva amiga.

—¿Pero cómo lo sabes? ¡Apenas puedo creerlo!

—Mira: esta es su letra, y esto representa una estafa en combinacion con ese hombre que yo conocí en mi viaje á Europa, pues era un recibo dado á cambio de un pagaré mio, que yo dí como individuo de una sociedad que no existe!

—¿Y ese hombre?

—Ha querido asesinarme, y gracias á mi leal Joaquin, si no lo hubiera logrado; pero está preso y lo sabremos todo.

—¡Oh! no has pensado una cosa.

—¿Cuál?

—Que Regina, por infame que sea, es hermana de Margarita, y que la pobre niña sufrirá mucho al saberlo.

—Regina ha salido de Madrid.

—Pero ese hombre puede comprometerla en sus declaraciones.

—No temas: ella es demasiado hábil para haber participado sus planes á este miserable... ha sido un instrumento en sus manos, y nada más.

—Acaso tienes razon; pero darás orden de que no paguen esa letra!

—No: voy á escribir á mi banquero una carta que entregará á Regina, cuando ella se presente á cobrarla.

—¡Ah! ¡tienes razon! ¿Y que le dirás?

—La ofreceré perdon y olvido en nombre de Margarita; y en su nombre tambien le haré entregar esa cantidad.

—Tienes un noble corazon, Camilo, y yo por amor á Margarita te lo agradezco. ¡Vamos á verla!

—Vamos, sí, pero ni una palabra de todo esto, porque así le evitamos un pesar! Bien mirado, nosotros tenemos la culpa de todo.

—¡Nosotros!

—Sí, hemos buscado la sociedad de Regina, y una atmósfera inficionada envenena!...

—Tienes razon, así de esa manera prodiga la juventud los tesoros de fé y amor que encuentra en su alma...

—Y el hombre es tan loco en ello, como lo seria el que arrojase las perlas entre el lodo de las calles!

—Felizmente nos hemos salvado á tiempo; yo amo á Margarita!

Camilo suspiró.

—Tú amarás á otra, y serás feliz.

—Amo ya.

—¿A quién?

—¡A Láura!

—¡Ah! ¡ah! lo habia adivinado.

—Me negarias su mano?—preguntó con voz trémula Camilo.

—Yo no soy quien ha de concederla; pero me atrevo á asegurar que no te será negada!... Vamos á buscarlas al jardin.

—¡Oh! ahora, felizmente,—dijo Camilo bajando la escalera al lado de su amigo, —somos *dos para dos!*

XXXI.

En que la autora se despide del lector.

¡Ah, lector!... ¡Qué felicidad que *los seres dichosos no tengan historia!*

Porque, ¡cómo expresar esa especie de éxtasis que envuelve los sentidos, esa dulce embriaguez que apaga el eco del tiempo, haciendo deslizarse las horas como se deslizan las perlas de un collar roto sobre el pecho de una hermosa; como las gotas de rocío sobre las hojas perfumadas de las flores; como las olas espumosas de las olas en una playa tranquila!

• ¡Imposible!

El dolor, tiene las lágrimas; la maldad, la reprobacion enérgica; el bien, el aplauso; pero ¡ay! la dicha es muda, no puede expresarse.

Nada, pues, tenemos que decirte de la her

mosa rubia que hemos conocido como huérfana, y que hoy es doña Margarita Alvarez de Leon, hija natural de don Mauricio, y prometida esposa del jóven Amadeo de Osorno, heredero de los marqueses de Costa-Rica, los cuales aprovechaban este proyecto de boda, bien convencidos de que la mejor de las dotés que lleva una desposada es la virtud y la hermosura, que tan en alto grado poseia Margarita.

De otro proyectado matrimonio podíamos hablarte tambien; pero ¡chist! es un secreto todavía. Solo diremos que Camilo murmuraba palabras dulcemente amorosas cuando hablaba á Laura en voz queda, y que la bella niña se ruborizaba y sonreia como si, al oirlas, presintiese una felicidad celestial.

Luciano, probada la falsedad de aquella sociedad minera, y su estafa á Camilo, no menos que su tentativa de asesinato, fué á presidio por algunos años, sin que le sirviese para librarse de él, ni el oro robado á Camilo en el juego, y con el cual tuvo que contentarse, ni su astucia y sangre fria.

La Teresa habia sido elevada á doncella de Margarita, que le pagó con su proteccion el cariño que le habia demostrado.

De Regina, todo lo que podemos decir al lector es copiar la carta que escribió á Camilo, y

que éste, de acuerdo con Amadeo, y despues de haberla leído á los marqueses de Costa-Rica, entregó á Margarita.

Decia así:

"Señor don Camilo Alvarez de Leon.

"Vuestro cajero acaba de presentarme una carta que me dirigís, la cual, no solo cambia por completo mi resolucion, sino que cambia mi vida entera.

"Os creia desgraciados, desesperados y maldiciendo mi nombre, y veo que, lejos de haber satisfecho el anhelo de toda mi vida, mi venganza, como un arma de dos filos, me hiere á mí misma, puesto que sois felices, y soy yo, vuestra enemiga, quien os ha dado la felicidad...

"No puedo aceptar como dádiva, como caridad, vuestro oro, que quemaria mis manos, y el pagaré que iba á cobrar os le devuelvo para que le inutiliceis. No he tenido valor para saber de cerca lo que era de vosotros, y me he embarcado para Cuba, saboreando mi odio y vuestro dolor.

"¡Me he engañado!...

"¡Ah! ¡Será verdad que hay un Dios que se reserva nuestro premio ó nuestro castigo, y que deshace instantáneamente nuestras obras, que son ante Él como una de esas brillantes bombas de jabon que forma el soplo de un niño!

"Sí: yo siento su mano pesar sobre mi cabeza; yo, que he manchado mi alma, y que, siendo impura, ¡no he querido perdonar la ajena impureza!...

"¡Estoy sola! La mujer que me acompañaba, y que, despues de servir á mi madre, se ha prestado dócilmente á todos mis deseos, ¡ha muerto en el mar!

"La he visto arrojar á las olas, y este espectáculo me ha horrorizado!...

"¡Quería rechazar vuestro perdon, quería arrojaros, en una última palabra, mi odio, y me falta valor!...

"Vuestra generosidad, en cambio de mi infamia, ha tenido fuerza bastante para remover no sé qué gérmenes ocultos en mi corazon, y he llorado!...

"Yo acepto vuestro perdon, y voy á merecerlo.

"Salgo para los Estados-Unidos; voy á buscar mi regeneracion, practicando la caridad; si alguna vez me creo digna de estrechar vuestra mano, volveré á pedir os esa proteccion que me ofreceis; si no me volveis á ver, pedid á Dios alguna vez por la desventurada

»REGINA.»

FIN.

INDICE.

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO I.—De cómo el hombre propone y Dios dispone.....	5
II.—De cómo puede robarse una cartera á la sombra de una tempestad.....	11
III.—De cómo Dios los cria y ellos se juntan.....	22
IV.—De cómo puede una taza de café cambiar una resolución.....	33
V.—De lo que puede aprenderse en una comida.....	44
VI.—De cómo Regina fué bastante diplomática para comprar .	

	<u>Páginas.</u>
barata la cartera.....	56
VII.—De que el odio, como la flecha lanzada del arco, no se detiene hasta llegar á su objeto.....	64
VIII.—De que no siempre sirve la táctica para ganar batallas.	70
IX.—De cómo una palabra dicha al acaso suele ser como la semilla que lleva el viento..	79
X.—En que se prueba que el corazón de un hombre puede muy bien fluctuar entre dos mujeres.....	86
XI.—De cómo los recuerdos de amor deben ocultarse cuidadosamente.....	93
XII.—De cómo es todavía más expuesto contestar á ciertas preguntas, que conservar mal ocultos los recuerdos de amor.....	100
XIII.—De cómo la buena fé suele ponerse, con la mejor voluntad, al servicio de la infamia.	

mia.....	106
XIV.—De cómo creyendo cumplir un deber, se hace muchas veces una gran tontería.....	118
XV.—De lo que puede resultar en un baile de máscaras, después de dos cartas misteriosas.....	126
XVI.—De cómo el hombre no sabe nunca de qué lado parte el soplo que le impulsa.....	144
XVII.—De cómo en el escenario social la bondad y la inocencia suelen hacer un desairado papel.....	159
XVIII.—De cómo la verdad ayuda muchas veces al artificio.....	167
XIX.—De cómo Camilo empieza á tener motivos para volverse loco.....	178
XX.—De cómo, por grande que sea el dolor, Dios deja siempre una puerta abierta á la esperanza.....	185
XXI.—De cómo la araña desplegaba	

- hábilmente se tela para envolver á la mosca..... 200
- XXII.—De cómo todos los sentimientos que emanan de la caridad son nobles y grandes.. 208
- XXIII.—De que la verdad, como el sol, se abre paso á través de todas las sombras..... 215
- XXIV.—De cómo Camilo se cree el más feliz de los hombres.. 229
- XXV.—De cómo el hombre, creyendo obedecer á sus deseos, obedece á la voluntad de Dios..... 239
- XXVI.—De cómo el marqués puede creer de nuevo á Margarita perdida..... 256
- XXVII.—De cómo dos pedazos de papel pueden encerrar una gran alegría y un gran dolor... 262
- XXVIII.—De cómo la honradez tiene que usar á veces para vencer á la infamia de armas de mala ley..... 270
- XXIX.—De cómo puede ser, á veces,

